

SONRIENDO

EN

SERIO

Nos ha llegado esta primera cosecha de lo que promete ser un sustancioso “cuaderno de notas”.

La ironía hacia los demás revierte, oculta y trasluce la piedad consigo mismo. De donde resulta: la piedad es una ironía.

•

Una metáfora del psicoanálisis. La peluquería, ese ateneo del pueblo, es un lugar donde la comunicación se vuelve inseparable del corte.

•

Refrán para obsesivos. El que mucho aprieta, poco abarca.

•

El terror supersticioso viene de creer que no hay bien que por mal no venga:

•

Así como se saca a pasear el perrito por las arboledas y los canteros aledaños, llevamos a dar una vuelta al delirio, lo esponjamos —para nuestra tranquilidad, nunca se volverá demasiado poroso— y lo devolvemos a casa para que beba y se alimente. Siempre fiel, después del paseo dormirá a nuestros pies, con un ojo abierto.

•

Aviso: El logro de la psicología aplicada a la propaganda, es que la gente quiera parecerse a los avisos.

•

La vida de la mamá de Edipo transcurrió bajo el signo de la formación reactiva: le era insoportable llamarse Yo-casta.

A otras madres, sus nombres les permiten una relación más directa con sus hijos. Y éstos no quedan con los pies tan hinchados.

-

De niña la disfrazaban de dama antigua. ¿Por qué reprocharle entonces que llegada la vetustez .se busque un disfraz de niña moderna?

-

Los hijos crecidos, remiten a los padres que envejecen. De ahí esa otra tintura para canas, consistente en impedir que los hijos crezcan.

-

La cuestión del falo. Ella se quejaba amargamente por sus repetidos fracasos:

—Salgo y salgo, pero no consigo pareja.

Sale tanto, que no da entrada.

-

Insight, —Así no se hace —lo enmendaron.

—Llevo treinta años haciéndolo mal —respondió—, ¿por qué no lo puedo hacer treinta y uno?

Tiene sentido preguntarse en qué población encontraremos un mejor nivel de *insight*: si en la constituida por todos los analizandos del mundo, que pagan por su transferencia, o en la que integran los jugadores de fútbol, que cobran por ella.

-

Los pacientes que por bordear la reacción terapéutica negativa anuncian el abandono del tratamiento psicológico, deben ser aconsejados de consultar al urólogo, ya que al menos con este especialista podrán hacer su “mea culpa”.

-

Lo que da al traste con la omnipotencia es aceptar la *ley* de la unicidad del traste, que supone admitir que no se puede estar sentado al mismo tiempo en dos sillas que guarden entre sí el cuadrado de una determinada distancia.

(Esta ley se podría formular también desde la perspectiva de otras zonas eró-genas, pero un analista, aunque tenga conciencia de ello, está inevitablemente condicionado por su base vocacional.)

•

Un factor que contribuye —en el examen compartido de un texto clínico— a que por lo corriente un supervisor parezca más sagaz que un supervisado, es que una parte de la tarea que le toca al primero, consiste en pronosticar el pasado.

•

El superyó es la muela del juicio del aparato psíquico.

•

Por lo común, los actos fallidos son a la vez fallutos.

•

Los exhibicionistas, como las frutillas ponen sus semillas al descubierto.

•

Conversando una vez en el París de los años veinte, el poeta Evan Shipman le dijo a su interlocutor: “En nuestras vidas no hay suficiente de verdadero misterio, Hem. En estos tiempos, lo que más falta nos hace son el escritor realmente desprovisto de ambición, y el poema inédito realmente bueno. Claro que está el problema de comer.”

•

El interlocutor referido en el apócope afectuoso era Ernest Hemingway. La evocación, puede leerse en “París era una fiesta” (capítulo 16).

En otros tiempos y latitudes, la cuestión sigue en pie,

Por eso, un criterio (exquisitamente inédito) de terminación de un tratamiento, es: tener pronto al reemplazante del que se va.

En conexión con esta teoría: no se ha de considerar como una compulsión —y por ende no se la interpretaría como tal—, la de aquellos pacientes que se angustiarían si no pagaran en la última sesión del mes.

La teoría en cuestión, la encontramos en un título también (como aquella conversación) de los años veinte. Se trata de que el analista logre afrontar con éxito “El problema económico del masoquismo”. ..

•

Freud dejó a su prole su legado perenne: dio cuenta de un inconciente inagotable; esto justifica concebir el análisis interminable y todo ello se encara en una teoría que nunca estará hecha de una vez y para siempre.

Magnífico. El problema es que existan suficientes inconcientes dispuestos a analizarse.

•

No es difícil entender por qué en los banquetes totémicos de los analistas, el momento culminante de la fiesta se aprecia al servirse el **super-froid**.

•

Un peligro en psicoanálisis es estar tan pendientes de la interpretación, que se termine perdiendo el disfrute de la narrativa de Freud y de sus espléndidos poemas en prosa, (Así como, va de suyo, de las producciones de los puntuales coautores que son los analizandos.)

Freud tuvo conciencia, desde el principio (cf. “**Estudios sobre la histeria**”, 1895) de su signo literario. Baste recordar el primer párrafo de la **epicrisis** del historial de Isabel de R., donde, entre otras, encontramos estas afirmaciones “[...] y a mí mismo me causa singular impresión comprobar que mis historias clínicas carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan, más bien, un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales.”

Claro está que este último aserto es discutible; no habría dificultad en hacer “de la naturaleza del objeto” y de sus “preferencias personales”, una “serie complementaria.”

Una interpretación sin disfrute es —ya se descubrió en otro terreno— como un beso sin abrazo. Termina siendo el beso de la muerte: se escapó la libido [que, estando en la interpretación, facilita la fidelidad a la **regla de abstinencia** (cf. Freud: “**Observaciones sobre el «amor de transferencia»**“, 1915)]. El analista que así mitológico la “objetividad”, se vuelve un burócrata del inconciente,

Lo que no obsta a que esa interpretación sea parca y haga acordar a los olvidadizos, que la Parca no duerme: al lado del sexo, la muerte. El analista deseante, se lo hace presente al analizando deseante.

•

Un gato idealista, — Ese gato enamorado despreciaba a sus congéneres hasta en las noches de luna llena. Ninguna lo conmovía. Soñaba con la única, la de Ankara, que una vez había huido cuando ya la creía suya.

Como no era melancólico, merodeó vigilante por el puerto, hasta que un día pudo embarcar a Turquía.

Corrió muchos riesgos, los sorteó.

No tardó en sentirse justificado: se frotó los ojos, pero era ella. Otra vez huidiza. Corrió. Y apareció otra. Y enseguida otra.

Quedó sin aliento, desfalleciente al cabo de su primer correría: se había vuelto viejo buscándola —a aquella que desde su cuneta había entrevisto entre cintas, en el balcón, mucho, mucho tiempo atrás—. Había despreciado a tantas, se había privado, dio lugar a burlas y sospechas, se había expuesto a peligros, para terminar descubriendo que en Ankara, todas son gatas de (A)ngor(a).

•

Eufemismos fúnebres. Así como hay quienes prefieren creer que el deceso lo dejó difunto, con lo que se sienten liberados de admitir que la muerte lo dejó muerto, están quienes prefieren excusar una tremenda falta de grandeza, mediante el terrible exceso de pequeñez.

-

Armonía principista; si se concibe el principio de placer, nutriendo el placer por los principios.

-

El ejercicio de la inteligencia puede ser desinteresado, pero no gratuito.

-

A veces el cielo se encapota, de tanto llorar de la risa.

Cuando se logra sonreír del llanto, puede verse el arco iris, otras veces.

Marcos Lijtenstein (Uruguay)

TRANSFERENCIA

Frente a los quilómetros escritos sobre este tema, señalaré sólo unos mojones.

Con el hecho de la transferencia, Freud funda el psicoanálisis como ciencia y como método. Mientras Breuer huye en una segunda luna de miel, Freud permanece en su sillón y observa la repetición del vínculo hija-padre en la relación de la paciente con él.

El misterio de los sueños se revela en la actualidad de la sesión.

Melanie Klein advierte el inconciente en el juego de los niños y destaca en la interpretación la operancia de la fantasía inconciente, articulación de la sexualidad infantil.

Jacques Lacan define función y campo del lenguaje y de la palabra. El medio del psicoanálisis es la palabra.

El dominio del psicoanálisis es el discurso en cuanto campo de la realidad transindividual del sujeto.

El campo de la experiencia analítica es una relación que trasciende el marco dual en cuanto se articula en el registro triádico que polariza el Otro (Maci).

Lacan distingue entre una función primaria y una función secundaria de la historización, *Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconciente es su historia.*

Freud ha encontrado el lenguaje primero de los símbolos. “Jeroglifos de la histeria, blasones de la fobia, laberintos de la Zwangsneurose”. Tales son los hermetismos que nuestra exégesis resuelve en una liberación del sentido atrapado.

La repetición enfoca la temporalidad historizante de la experiencia de transferencia.

El límite de la función histórica del sujeto es la muerte.

Este límite siempre presente es el pasado en su forma real. Este pasado se manifiesta invertido en la repetición.

La transferencia no es un concepto aislado sino que mantiene un vínculo necesario con el automatismo de repetición y el llamado instinto de muerte.

La muerte revela un centro exterior al lenguaje. Entre la exterioridad céntrica y la exterioridad periférica se enrosca la torre de Babel en una dialéctica sin fin (discurso de Roma).

Por eso la interrupción se vuelve siempre retórica: “¡qué hago ahora con mi vida!”, exclama una paciente.

Pero el exilio es otro. !

G. K.

EL NUDO
DEL DISCURSO
ANALÍTICO *

Por GILBERTO KOOLHAAS

“La monumental construcción teórica de Lacan tiene el aire matinal que augura las grandes transformaciones.”

Guillermo Maci

(“Imago”, 2; Buenos Aires, 1974)

La filosofía rebusca la identidad de ser y pensar. Desde el comienzo: Parménides y el logos griego; durante la “oscura” meditación medieval sobre la encarnación del verbo hasta la Iluminación y el concepto en Kant. El saber (Er-fahrung) del espíritu en Hegel camina hacia la autoconciencia.

El *fundaméntum* inconcúsum de Descartes es sacudido por el deseo freudiano.

El *espacio* de la intuición de Kant es invalidado. El espacio de la topología de Lacan es este mismo donde se esquematizan las relaciones de la lógica del sujeto. (Jacques-Alain Miller)

El *camino* del espíritu de la Fenomenología resulta aberrante y termina en el suicidio de Narciso. Las Formas del Espíritu no son más que “les avatars d’un manque”.

“Para el discurso analítico hay un saber que no se sabe: es el saber del Otro en cuanto lugar donde se deposita el significante.” Este saber, es sin

* Presentado en la “Reunión sobre la enseñanza de Lacan y el psicoanálisis en América Latina”, Caracas, julio de 1980, organizada por la “Fundación Campo Freudiano

embargo estructurado como un lenguaje, estructura que se instaura desde una carencia.

El saber inconsciente procede de una ausencia y es topológico en el sentido de que revela de una vecindad. No se trata de sustancia sino de la consistencia donde cada uno de los elementos de la triplicidad se basa nada más que en pertenecer a la misma vecindad. 2

Jacques Lacan utiliza la figura del nudo borromeano para mostrar la relación entre lo real, lo imaginario y lo simbólico, estructura particular de tres aros, donde la ruptura de cualquiera de sus componentes determina la desarticulación de los dos restantes. Es que en su época la familia de los Borromeos mantenía con otras dos familias relaciones tales que si una se retiraba, las otras dos entre sí quedaban libres de compromiso. 6

La misma figura de los tres círculos imbricados se encuentra como símbolo del Misterio de la Santa Trinidad. 3

Es mi opinión que Lacan introduce tres nociones fundamentales: 8

la Carencia
el Significante
el Otro

La carencia es una falta de ser. El niño humano nace prematuro. Sólo después de los seis meses, encuentra, sostenido por su madre en el espejo una imagen ortopédica de su totalidad. El primer año es un año fetal extrauterino.

En la repetición del juego Fort-Da adquiere lo simbólico y empieza a dominar su derelicción.

“Lo que Freud llama instinto de muerte es para nosotros el hecho de que la muerte del hombre es sentida mucho antes de poder ser conocida. La muerte como el límite infranqueable es a cada instante presente.”¹ Esto

evoca la octava elegía de Rainer María Rilke: Es solamente característico del hombre ver la muerte delante de sí. El animal libre siempre tiene el ocaso detrás de sí. Nuestro destino es de siempre estar En Frente (gegenüber sein).

El significante lacaniano no es el de la lingüística. El lenguaje del inconsciente *no tiene una doble articulación sino una doble inscripción*. El significante es el *Wahrnehmungszeichen*. Las imágenes oníricas sólo tienen valor de grama. Se trata de una *Bilderschrift*, ideogramas. En el relato del sueño-lapso-chiste-recuerdo encubridor se manifiesta el inconsciente. “El gigante del lenguaje retoma su naturaleza de ser repentinamente liberado de los lazos gulliverianos de la significación.”⁹ (Lacan)

Por sustitución y por combinación un significante se encadena con otro significante formando la estructura. Pero la lógica del significante no está regida por el principio de *Contradicción* (tértium non datur) sino que la instancia de la letra se rebela contra la *Interdicción*, interdicción del incesto.

El Otro no es sujeto, es tópico, lugar donde ocurren los tropos y un significante por elisión eclipsa otro significante. La subversión del sujeto ocurre en *der andere Schauplatz*. El énfasis es sobre *andere*. *Anderheit* (alteritas). Platón entiende como otro lo opuesto a la unidad. Hegel denomina la naturaleza como alteridad del espíritu. Toda su dialéctica busca alcanzar la identidad de esta diferencia.⁵ Pero no hay un Otro del Otro (Lacan).

El proceso primario es la experiencia de ruptura entre percepción y conciencia: “el inconsciente es la *coupure en acte* entre el cogito cartesiano y el Otro”. El cogito cartesiano es la encrucijada de las coordenadas, de los ejes sintagmático y paradigmático de la lingüística. El descubrimiento de la geometría analítica debe ser entendido como llave de la comprensión de la

problemática de Descartes.⁷ El sujeto del inconsciente *no tiene ubicación*, es “*un-heimlich*”, aunque sin su presencia el significante no opera.

Creo que tan sólo con el nudo borromeano es como se cristalizan los descubrimientos de Freud: a) *la transferencia*, “Über-tragung”, lo que literalmente quiere decir metá-fora, otra escena; b) el método de *la libre asociación* que es metonimia, *mot á mot*, en la cual ocurre el *nachtragen*; c) *la rememoración*, rememoración de la sexualidad infantil. “La realidad del inconsciente es la realidad sexual y es por la realidad sexual que el significante ha entrado al mundo.” (Lacan)

Una paciente joven, casada, sin hijos, encuentra la puerta de entrada de mi casa cerrada (habitualmente está abierta). Mantiene un silencio inicial y luego dice: “Me molestó encontrar la puerta cerrada. Bueno, le voy a contar lo que me pasó ayer. Mi marido trajo de la oficina un álbum dinamarqués de fotos pornográficas. Había una pareja copulando... me fijé que el hombre tenía el dibujo de un ancla en el brazo... un... [no encuentra la palabra tatuaje].” Después ella describe: “Es un dibujo hecho con tinta indeleble. Me acuerdo de esta palabra porque mi madre usaba tinta indeleble para marcar las sábanas que pertenecían a los peones.” Le pregunto qué forma tenía la marca y ella contesta: “Por supuesto, la de la estancia de mi padre, aquella con la cual se marca el ganado. Había un portón en el camino hacia la casa de los peones que mis padres habían prohibido estrictamente pasar.”

Lo sorprendente para mí fue que de repente se encadenó la puerta cenada de mi casa y la foto pornográfica “nachträglich” con lo fantasmático de la sexualidad infantil: los peones, el gran poder económico del padre. “Mi padre era muy autoritario” y evoca la película italiana Padre, padrone. Busca el nombre del autor que en realidad es Leda, pero la paciente se

equivoca y dice Leda, asociando ahora con el mito de Leda y el Cisne y después con los paseos dominicales junto al padre a un lago con cisnes.

Cierto tiempo después de esta sesión comenzó a “germinar” en su cabeza la idea de tener un hijo y *se sacó el diafragma (la puerta cerrada)* sin decir nada al marido. Durante el embarazo soñó con *un desconocido* que encontró durante una excursión a la iglesia de la *Inmaculada Concepción* y empezó a tener la *obsesión de que el niño iba a nacer con la mancha mongólica*. (W. Nölle: “La mancha mongólica es típica de la raza mongólica a la cual pertenecen también los indios de América. Es una mancha rojiza en la espalda que desaparece antes del décimo año.” — *Léxico etnológico*)

Por la coincidencia de puerta cerrada y foto pornográfica del día anterior, la puerta cerrada adquiere una profundidad simbólica: el acceso a la revelación, a la otra escena.

Por la metonimia: marca indeleble - Inmaculada Concepción - mancha mongólica se revela que la foto despertó el deseo del Otro (el *Penisneid* clásico), el deseo de ser el falo. El embarazo materializa lo fantasmático del incesto: el analista, el extranjero del sueño, el peón de la infancia. El tatuaje reaparece en el temor a la mancha mongólica, lo imborrable del incesto y *la castración*: niño mongólico - defecto - tara.

El tiempo específicamente estructural está constituido por el tiempo de la repetición, temporalidad ligada a la llamada cadena significativa. El tiempo estructural es la temporalidad historizante de la experiencia de transferencia. (Lacan) 4

A sí como la *Kehre* de Heidegger cambia la relación con el lenguaje, cambia con Lacan la relación con la memoria. Sólo el psicoanálisis, dice él,

permite diferenciar en la memoria la rememoración “enracinée dans le signifiant”.

Die Sprache spricht (Heidegger)

Agrego: *die Erinnerung erinnert*.

Se descubre toda una nueva magnitud, magnitud que me ayudó tanto en la práctica analítica como a mí mismo a ubicarme en un pasado cosmopolita y políglota.

De ahí mi gratitud al gran psicoanalista hoy aquí presente.

RESUMEN

Según el dualismo, concepto corriente de la metafísica y del sentido común, constituyen lo anímico y lo corporal, espíritu y materia, dos existencias a la vez diferentes e independientes: desde Platón y el ser de la Idea hasta Kant y la cosa-en-sí. Hoy día la relación entre signo y realidad abrió una discusión interminable.

En el pensamiento de Lacan vuelve el modelo de Peirce de una relación triádica.

La introducción del significante en la estructura sujeto - objeto llega a franquear e interpolar la carencia (Fr. Wahl).

El problema de la referencia excede el marco de una perspectiva empirista de las relaciones entre discurso y los hechos externos al lenguaje (Sercovich).

Al introducir Lacan tres nociones: Otro, significante, carencia, se cristalizan los descubrimientos fundamentales de Freud:

la transferencia (metá-fora)

la libre asociación (meto-nimia)

la sexualidad infantil (repetición)

BIBLIOGRAFÍA

1. LACAN, J.: “Écrits”
2. LACAN, J.: “Discours philosophique ét discours analytique”. Scilicet 6/7, Editions dú Seuil; París, 1976.
3. CHEVALIER, J.: “Dictionnaire des symboles”. Sehgers; París, 1973.
4. CARUSO, P.: “Conversazioni con Le-vi-Strauss, Foucault, Lacan.” Mursia; Milán, 1969.
5. EISLERS: Handwörterbuch der Philosophie. Mittler; Berlín, 1922.
6. GEORGIN, R.: “Lacan”. *L 'Age d'Homme*; Lausana, 1977.
7. GLOCKNER, H.: “Die europaische philosophie”. Reclam; Stuttgart, 1958.
8. KOOLHAAS, G.: “Cuerpo sexuado y aparato de lenguaje”. *En “Memoración de Freud”*, Ed. Trieb. Bs. Aires, 1980.
9. LANG, H. : “Das problem der Sprache bei Jacques Lacan”. Suhrkamp; Frankfurt, 1973,
10. MACI, G.: “¿Qué dice Lacan?” Letra Viva; Buenos Aires, 1974.

Recibido: mayo de 1980.

GILBERTO KOOLHAAS, médico, es uno de los fundadores del grupo psicoanalítico en Uruguay, siendo miembro titular de la APU. Ha publicado numerosos trabajos en esta Revista y en revistas extranjeras en todos los cuales pone de manifiesto su preocupación por integrar los conceptos psicoanalíticos en el movimiento general de la cultura. Dirección: Cardona 1007, Montevideo.

PODER, SABER
TRANSFERENCIA*
Por OCTAVE MANNONI

Del trabajo “Astolfo y Sancho” hemos seleccionado aquellos fragmentos que articulan el poder, el saber y la transferencia. A sabiendas de que provocamos la mutilación de un valioso trabajo, no queremos prescindir de estos conceptos expresados por O. Mannoni con la maestría que lo caracteriza.

D. G.

Pero sin duda, lo que es más interesante es el tema del poder. Nos dicen que el poder de los analistas —o el del psicoanálisis— es abusivo y tirano. Pero, parece difícil exponer en qué consiste exactamente ese poder. La primer cosa, entonces, será tratar de desentrañar su naturaleza.

[. . .] El problema del saber es más interesante de tratar. El saber da realmente poder.

[. . .] No se trata aquí de exponer teóricamente cuál es la naturaleza de lo que sería el saber analítico, lo cual no es fácil, ni exigible. Se trata simplemente de decidir si ese saber puede permitir al analista algo así como un abuso de poder.

Hace mucho tiempo (al menos desde el siglo V antes de Cristo, cuando se comenzó a poner en duda el principio de autoridad, y a preguntarse si la

* Publicado en el n° 9 de la “Nouvelle Revue Française de Psychanalyse”.

verdad podía pertenecer o no a alguien), que existen dos grandes orientaciones en este campo. En el sector más próximo al tema de esta discusión, parece, por ejemplo, que la verdad sobre los problemas mentales pertenece por derecho al psiquiatra; mientras que la posición del analista es totalmente diferente sin que podamos hacerle decir, empero, que el “enfermo mental” esté en posesión de su verdad. Siempre hablando de lo mismo, colocándome fuera del análisis, y para mostrar al mismo tiempo qué este problema no es nuevo, voy a poner un viejo ejemplo donde el mismo aparecerá muy claramente —y bajo una forma “simplificada”— lo cual es conveniente en este tipo de discusión.

En el poema que es la gloria de Ariosto, “Oblando furioso”, Orlando, como el título lo indica, ha perdido la razón. Un personaje, Astolfo, que dispone de un medio de transporte maravilloso (un hipogrifo), va hasta la luna y trae, en un frasco debidamente etiquetado, la razón que Orlando había perdido. De ese modo puede devolvérsela. Es un verdadero sueño psiquiátrico y, tal como conocemos a Ariosto, es muy probable que haya inventado esta historia no sin cierta malicia.

Cien años más tarde, exactamente (1516-1616), otro caballero un tanto alterado, no por penas de amor, como Orlando, sino por haber leído demasiado libros del tipo del de Orlando, tiene para ayudarlo a encontrar la razón un modesto paisano escudero que no dispone de ningún hipogrifo sino que debe contentarse con un modesto asno. No podemos decir tampoco que a su disposición tenga saber o poder, por el contrario está bien provisto de gula, grosería y cobardía. .

Todo lo que pueda hacer por su amo —por otra parte, sin ganancia alguna— es repetirle a menudo cosas como: “Mire vuestra merced bien lo que dice, señor”. Esto de nada sirve ya que Sancho apela solamente al buen sentido, y éste no es suficiente. Sin embargo, jamás dice: “Examine bien lo que yo digo.”

Por el contrario, el caballero, su amo, es quien no deja de decir: “¡Escucha bien lo que digo, Sancho!” Quien de este modo se toma como el dueño del saber, es Don Quijote, el loco, no es Sancho. Aun cometiendo el error de invocar el buen sentido, Sancho se cuida bien de acapararlo. No cree tener otro y apela al de su amo. Su modesta intervención representa como el grado cero de la intervención analítica. Será necesario ir más lejos, pero siempre partiendo de ahí: escuche usted lo que ha dicho. (Nos recuerda que las cosas se dan en otra parte, en otra escena —pero no en la luna— y no podemos llegar hasta ese lugar si no es por el camino que abre la palabra de Sancho.) A diferencia de Astolfo —el prestigioso salvador— Sancho no cuenta. Él no pide ser oído, pero también, ¿qué razón tendría Don Quijote para hacerlo? No se puede tratar de comunicación, ni de información, ni de trasmisión de un saber cualquiera, y menos aun, de un comercio del saber. La “persona” de Sancho está fuera del campo. No dirán que estoy montando el hipogrifo de la teoría si digo que sobre su asno este analfabeto dibuja ya —sin obtener por ello gloria alguna— el lugar del gran Otro, aquel que no siendo nadie, no es el sujeto, pero representa el lugar de la palabra. Porque es delante del gran Otro, y no delante de un escudero, que Don Quijote debería de proceder al examen de lo que había dicho. Si se trata de la verdad, Sancho ya no es nadie, porque la verdad no es de nadie, y cada uno tiene la suya; como lo dice Pirandello —y Cervantes—, cada uno tiene su locura: de este modo la situación analítica no sería del todo “dual” como podría parecerle, naturalmente, a un sociólogo, y no podemos de ninguna manera ver funcionar en ella un circuito del saber entre dos personas.

[...] Como al analista no se le ha concedido ningún poder auténticamente oficial se cree ver ahí la prueba de que los psicoanalistas deben poseer algún poder misterioso y oculto que los vuelve sospechosos.

[. . .] En cuanto al otro problema, el de la relación del saber con el poder se plantea en el campo del análisis en forma particular: por un lado tiene un papel en lo imaginario; por otro lado, el analista es capaz de percibir en qué consisten exactamente esos efectos del poder ligados al saber, pero no puede ser un saber, sea cual fuere su naturaleza, sobre el cual, en su trabajo, el analista pueda asentarse; tampoco lo reserva por avaricia, sino, por razones técnicas más radicales. Esto nos conduce, lógicamente, a decir algo sobre la transferencia.

[...] El poder del analista, como lo recuerda Lacan, es el mismo poder del hipnotizador, pero con una estricta condición: que se abstenga radicalmente de hacer uso de él. Lacan escribió también: “Tal es el terror que se apodera del hombre cuando descubre la imagen de su poder, que al verla desnuda en su propia acción se separa de la misma.” Para que esta frase sea más comprensible será suficiente recordar cómo Breuer se separa con verdadero terror de los efectos de su “acción” y de su “poder”. Su paciente Anna Ó. pasaba por una crisis espectacular con todos los síntomas de un embarazo fantasioso o de un parto, y, por otra parte, gritaba su fantasía: que el hijo era de Breuer. (Breuer no había usado jamás la sugestión.) De este modo ella ponía en la cura precisamente lo que Breuer no había querido ver ni oír jamás —a saber, los accidentes de una transferencia que había crecido y se había embellecido por sí sola—. Breuer tomó su sombrero y partió para siempre; estaba tan alterado que también dejó Viena.

Con una idea totalmente distinta de su poder, un psiquiatra se hubiese negado a comprender, le hubiera aplicado una inyección calmante, y todo hubiese “vuelto al orden” (por otra parte, en esa época no se daban inyecciones: se les daba bromuro de clora! y el eminente Paul-Emile Flehsig, en Leipzig, preconizaba para tales casos la ablación de los ovarios). Breuer hacía de aprendiz de brujo y el poder del cual huía,

lamentablemente, era el poder de curar a Anna, precisamente en el momento en que pensamos que esto era posible. Ese poder no es fácil de definir. No es un poder imaginario, es más bien un poder sobre lo imaginario. El objetivo del psicoanálisis no es cultivar ese poder, la historia de Anna O. es suficiente para mostrar que se cultiva solo; al contrario, su objetivo es reducirlo por medio de otro “poder”, si es que aún podemos emplear esta palabra, el poder de lo simbólico. No es para sorprenderse el hecho de que Breuer, siendo el primero, no estuviese preparado.

Ese poder misterioso, que Mesmer había ejercido por la curiosidad de la “filosofía natural”, sobre el cual Charcot había hecho series de experiencias “para ver”, y que Breuer había creído ejercer con toda la prudencia necesaria —la cual, justamente, no había hecho más que reforzarlo y volverlo más “verdadero”—. Fue Freud quien, usando aun más prudencia que Breuer, descubrió la naturaleza de dicho poder —aunque lo cierto es que había comenzado de otra manera, utilizando la sugestión— pero sin asustarse, como Breuer, de los resultados. Renunció a la sugestión cuando descubrió que no daba más que un falso poder. El paciente “sugestionado” se mostraba de una docilidad absoluta, tan grande, dice Freud, “como la de los mejores médiums del hospital” (no sabemos a qué se refiere), pero esta docilidad no se manifestaba más que cuando se trataba de cosas insignificantes. Cuando se trataba de cosas importantes el enfermo “resistía” o se “despertaba”... Freud admitió que esta resistencia era legítima y abandonó hipnosis y sugestión. Obtuvo en cambio otra forma de “poder”, que no podemos decir si era más grande o más pequeña. Era más grande en cuanto a sus efectos terapéuticos, pero infinitamente menos espectacular: era la transferencia.

Esta noción de transferencia no se constituyó fácilmente porque durante mucho tiempo Freud se negó a reconocer que la transferencia era lo que quedaba de la “relación” hipnótica. La mejor definición “exotérica” de la transferencia es la que dice que es el inconciente transferido al analista. Para que esto se produzca no es necesario hacer nada; en la vida corriente nada llega tan sistemáticamente, ni se mantiene tan bien, como la transferencia en un análisis.

En un artículo de 1923, Freud, usando todo el énfasis que permite la imprenta, a saber la bastardilla, advierte que no se debe analizar la transferencia (salvo que ésta se convierta en un obstáculo). Pero no se puede analizar más que en la transferencia. Cada vez que un analista olvida estas reglas de base debe atenerse a las serias complicaciones, a veces insalvables, que pueden surgir. El “poder” que la transferencia da al analista es únicamente el poder de analizar.

AL MARGEN

ANIQUILACIÓN,

ANGUSTIA

PRIMORDIAL

Lo instintivo, la impulsividad, oscila entre la fusión y la polaridad según Melanie Klein (Teoría de la ansiedad y la culpa, 1952), y esta oscilación implica la correlativa integración o disociación del propio sujeto con sus mociones.

La fusión supone univocidad de metas y certeza de medios, algo tan improblematizado como puede ser la activación instintiva para el animal. Pero esta relación está lejos de ser la más típica para el hombre y su situación más bien se caracteriza por el conflicto, manifestado de varias maneras. Por un lado, porque el hombre puede des-solidarizarse y poner en

suspense (y hasta oponerse a) los imperativos que lo tientan o lo acosan. También porque estos imperativos no se dan aislados, sino en el marco de una temática más amplia que - le propone otras metas con las cuales la impulsividad debe cotejarse. Todavía porqué estas mociones aparecen tanto como proposiciones del sujeto como solicitudes de la situación.

Se trata de “lo que hay que hacer” y esto es esencialmente oscuro porque lo es la demanda del objeto y el motivo del sujeto. Es que solicitud y motivo se inscriben en una relación triangular, *mediada*. El hombre puede estar vocacionado hacia la afirmación de su vida, pero le es problemático saber qué es lo que la afirma y cuál es la mejor vía para hacerlo y sólo hay claridad al precio de una mayor disociación.

A esta oscuridad responde la desfusión instintiva, la polaridad entre instinto de vida o muerte o cualquier otra: ella no es original, lo original es la impulsividad oscura y esta oscuridad se ordena con la duplicidad. La ambigüedad se resuelve entonces como conflicto entre direcciones para la acción, conflicto que angustia, que hace presente una angostura fundamental. Es la que Klein llama angustia de aniquilación —de la vida, del ser. Aniquilación refiere a nadificación, a *nada*, que se origina en ser *nato*, nacido. Por lo tanto, precible y contingente, que tiene por destino la muerte. Esta angustia se relaciona con el nacimiento, es que por nacer nuestro ser es nada y es ser para la muerte. Que sea experiencia de nacimiento (y no trauma) implica que no se trata de un momento, de un *ya hecho* que luego se recuerda o revive, sino de un acontecimiento originario que, como angustia de aniquilación, está presente siempre como retomable, como fondo de nuestro ser en el mundo. Y se relaciona con el nacimiento porque esta angustia es lo que da nacimiento y hace lo que llamamos humano.

Varias pueden ser las vertientes por las cuales esta angustia se presentifica. Como angustia de estallido, como respuesta del instinto de

vida a la “acción interna” del instinto de muerte —lo que hace de la integración la meta de lo anímico. También en experiencias de compromiso para la vida, en las que se desvanece el poder frente a los acontecimientos. En situaciones de exclusión que recuerdan la futilidad del propio proyecto. En relaciones signadas por la envidia en la que la esencial revelación del *otro nadifica* al propio ser. Es decir, nace tanto en el contexto del mundo natural como en el relacional.

Esta angustia primordial será elaborada y Klein nos enseña dos caminos “espontáneos”.

Uno es el del narcisismo negador, otro el de la relación de objeto esquizo-paranoide. Aquí la angustia pasa a ser angustia ante otro que le hace al sujeto y lo que le hace lo define como inamistoso y merecedor de su odio.

Pero Klein también nos enseña que un odio similar es generado por la bondad del objeto.

Pero con esta nueva *posición* del conflicto entramos ya en la racionalidad, en otra *historia*.

Saúl Paciuk

EL FETICHE EN LA TRANSFERENCIA*

Por SÉLIKA ACEVEDO DE MENDILAHARSU

A) “...Pero, ¡mire qué interesante!; ¡qué curioso que yo reaccione así!...” marca, siguiendo a una interpretación, la voz desde el diván.

El paciente, de 33 años, con prácticas perversas desde los 15, ha presentado como demanda explícita de análisis el verse liberado de diversos síntomas obsesivos.

B) “Tengo una necesidad de conocer a fondo el funcionamiento de todo el establecimiento, qué hacen en cada sección (¿sesión?). Eso es algo que me pasa siempre [. ..] Es una necesidad de un plano total, pero además de mostrar que estoy al tanto de todo. Aquí quisiera saber todo lo que usted sabe sobre mí, saber cómo funciono, es raro, pero es como si me tratara a mí mismo como a ese establecimiento.”

Quien así habla es un artista de 35 años, perverso voyeurista que está por colocar una obra suya en un establecimiento público. Desde que se analiza ha disminuido en forma notable la intensa masturbación que data desde la infancia.

C) “Anoche con mi amigo X y una mujer tuvimos relaciones de tres.” A esto sigue la larga y habitualmente detallada descripción de distintas prácticas que le posibilitan el acceso al placer sexual. “[...] de niño me masturbaba delante del espejo y también delante de la ventana de mi madre. Elegía un lugar donde pudiera verme; quería que me viera, nada más. Esto no lo sabe mi analista anterior, sólo lo sabe usted ahora.”

* *Presentado al XIº Congreso Psicoanalítico Latinoamericano, México, 1978.*

El paciente de 33 años ha estado en análisis varios años con otro analista por síntomas fóbicos e impotencia. .. ;

D) El cuarto paciente, de sexo femenino, 38 años, que consultó por fobia a la desfloración, exclama al entrar: “[...] en la sala de espera recordaba mis sueños de anoche...” Se sumerge, diría yo con fruición, en el diván y en sus sueños, que ya interpreta muy bien. Esto con su habitual estilo, declamatorio, la articulación precisa y perfecta sintaxis. Frente al silencio que recoge sus últimas palabras, se irrita: “[...] cómo, ¿no le gustan los sueños?”

Cuatro instantáneas, cuatro primeros planos intentan fijar un momento preciso de la relación transferencial en que dos posiciones, la del analista y del analizando, corren el riesgo de perder su imprescindible y radical asimetría.

Un analista con experiencia no dejará de considerarlas situaciones comunes e inevitables en cualquier análisis. Sí, siempre que haya tenido la experiencia de un vínculo que lleva en sí la inutilización sistemática y solapada de toda la tarea analítica.

Para situar aquellos elementos que puedan guiarnos en el camino, tratemos de analizar:

En la primera observación el desacostumbrado silencio inicial antecediendo al “pero” ilusiona al analista por unos instantes. Al fin se abre en algún punto el habitual discurso coherente, cuidado, elaborado y no exento de cierta belleza, que viene del diván. Pero inmediatamente, el “mire qué interesante” anula toda posible emergencia de angustia como un eficaz y preciso obturador. Dando razón al paciente, es interesante y agregaría necesario saber quién es ese *yo* que “reacciona así” y situar el lugar donde se ubican los significantes “*mire*” y “*curioso*” de su discurso.

El paciente D, como el anterior, aunque de un modo ligeramente diferente trae el problema de ese yo que desea saber el funcionamiento de “mí mismo”.

El paciente C, con sus descripciones que imagina excitantes, no ha hecho otra cosa que literalmente masturbarse en el lugar donde está seguro que yo pueda verlo: la sesión analítica. Como en los otros casos, el elemento visual. La ausencia-presencia del tercero (otro *que no sabe*), el secreto y la complicidad, marcan con frecuencia su discurso.

En el paciente D, la propia vía regia de acceso al inconciente ha pasado a ser el instrumento de su intención seductora. Ese *material que sabe* privilegiado es manejado para producir efectos de deslumbramiento y encantamiento en una *anhelada demostración* interpretativa, pero nada más...

Existe en todo pedido de análisis, dice Lacan, 12 una profunda ambigüedad: instalándose en y por una cierta mentira, puede sin embargo ser ésta el camino a la verdad.

La detención en la primera premisa, evitando a toda costa el pasaje a la segunda, es la situación que estamos considerando.

Escisión del yo, objeto-fetiché, función de la mirada y el saber, narcisismo, son los temas surgidos en el espacio analítico que ahora trataremos de ordenar.

LA ESCISIÓN DEL YO

Frente a la amenaza de castración dice Freud, 7 el yo se divide y responde al conflicto con dos reacciones, ambas válidas y efectivas: por un lado el instinto conserva su satisfacción y por otro a la realidad se le ha rendido la debida pleitesía.

La interpretación ha desconcertado al paciente A. Ha introducido una posibilidad que no había previsto. Por allí puede surgir algo desconocido, el vacío temido. Operan entonces los mecanismos de clivaje y renegación.* No pudiendo reconocer una diferencia, introduce una separación: “pero” marca el límite de los dos campos, al mismo tiempo que la vía de deslizamiento de uno al otro. Ese “yo que actúa así” no es aquel que tiene que surgir para que el análisis sea de verdad.

Dos corrientes de vida mental definen para Freud,⁷ la escisión: como su analista, se interesa en los mecanismos y lo hace notar con la objetividad que le permite la distancia que ha tomado, pero su ‘deseo queda al margen de la mirada que solicita. Reconoce sí, las particularidades de su fantasía, el modo como están orientadas, dirigidas o centradas, pero él mismo está afuera, al lado, a salvo, gozando del espectáculo, mirando con su analista lo que ocurre con el material.

“[...] Me trato a mí mismo como a ese establecimiento”, dice muy gráficamente el paciente D. El analizando juega el papel de alguien que ha controlado la castración, pero sólo lo juega porque no puede reconocerla (Leclaire).¹⁴

* * “[...] la diferencia de sexos deja de ser descuidada, es admitida, percibida, localizada como diferencia anatómica, reconocida pero como una ley de la naturaleza en la que el sujeto rehúsa reconocerse. Es en ese momento cuando se efectúa la discordancia que expresa la fórmula: “... lo sé, pero”, reperada por O. Mannoni, en el lenguaje corriente [...]” — Pontalis.²¹

LA CREACIÓN DEL FETICHE

La realidad del inconciente es la realidad sexual y en la transferencia se inscribe el peso de esta realidad (Lacan).¹³ Si el paciente desea seducir es porque hay un deseo del analista que puede ser capturado. *

V. Smirnoff, 25 se apoya en el concepto de Winnicott de área de la ilusión en cuanto esbozo del espacio donde el sujeto va a estructurar su autonomía, y construye un modelo de la situación analítica. Esta se va a poblar con las fantasías del analizando, que tratará de introducir un objeto a la vez mediador y distanciador con relación al otro. Sostiene que las palabras del analizando se asemejan por algunos de sus caracteres al objeto transicional y agrega que el uso de ese objeto puede pervertirse y el discurso adquirir un carácter fetichista. La palabra se cosifica volviéndose el mediador fetichista de su relación con la figura del analista. Este es colocado —dice este autor— como representante fálico, representante de una omnipotencia ilusoria y la relación analítica se desarrollará según la dialéctica de la sumisión o el dominio.

Es posible proponer aquí una descripción más detallada del tiempo de creación de ese nuevo objeto de deseo, objeto-fetichista en la transferencia. Volviendo con esa finalidad sobre los pasos sucesivos de la enseñanza freudiana, se intenta reconstruir cómo el discurso analítico, *el material*, sutilmente manejado por el analizando, deja de ser el camino de acceso al campo pulsional, para constituirse en el obstáculo que cierra el surgimiento

* “[...] Detrás del amor de transferencia, podemos decir que lo que hay es la afirmación del lazo del deseo del analista con el deseo del paciente.” — Lacan 13

del sujeto, cumpliendo así las funciones de una “formación de compromiso”.

El fetiche, dice Freud en 1905,³ es el sustitutivo del objeto sexual, parte del cuerpo muy poco apropiada para fines sexuales o un objeto que está en relación visible con la persona sexual y especialmente con la sexualidad de la misma. Y en 1927 ⁶ agrega que en el instante del desvelamiento traumático, la mirada se detiene, el interés se desplaza, “llegando a un compromiso que sólo es posible bajo el dominio de las leyes del pensamiento inconciente o sea de los procesos primarios”.

En el espacio analítico, también el interés se desplaza: ya no está en la mira el objeto engañoso, evanescente e ilusorio que confirma al sujeto como ser de deseo. Otra cosa ha venido a ocupar su lugar: un objeto surgido en el mismo campo, cuya continuidad original con el cuerpo sexual está desde ese momento cortada. “La condición patológica ocurre cuando el fetiche se separa de la persona y deviene por sí mismo único objeto sexual.” Es lo que ocurre con el discurso del analizando, con sus palabras ahora fetichizadas. Como el cortador de trenzas, necesita ejecutar la castración renegada, conciliando dos afirmaciones incompatibles: la mujer ha conservado su pene y el padre ha castrado a la mujer. (Freud)⁶

Es lo que ocurre con el discurso del analizando, con sus palabras ahora fetichizadas. Como el cortador de trenzas, necesita ejecutar la castración renegada, conciliando dos afirmaciones incompatibles: la mujer ha conservado su pene y el padre ha castrado a la mujer. (Freud)⁶

El material, desde ese momento materia inanimada, separada del cuerpo, delimitada, objetivable, “analizable”, sin los riesgos que supondría hacerlo sin cortar sus conexiones corporales, se ha constituido en el objeto que se coloca delante de la angustia misma, que por esta razón queda ignorada por

el sujeto. * Fácilmente accesible, a mano, manipulable, obtura eficazmente todas las aberturas, disimulando y separando lo que no debe ser visto. Se hablará, sí, de sexualidad, y mucho, muchas veces, como lo ilustra el paciente C, pero a través de ese velo, cortina o pantalla que la disimula, sexualidad distante cuya vía de acceso directa está cortada y separada. Metáfora del pene materno, encarnación de la ausencia (Rosolato),²⁸ destinado a atrapar en su trama el deseo del otro-analista, juega con la fascinación que pueda ejercer sobre él el objeto fálico. Es el límite, con su engañosa apariencia de no límite que descarta toda posibilidad de un nuevo trazo que marque al sujeto como correlato del significante. El analizando tiene asegurado así su lugar en la sesión analítica, sin correr los riesgos a que lo expone la misma.** La angustia, el miedo, la posible huida, con sustituidos por la atracción: es la inversión del afecto, señalada en el fetichista por Payne.¹⁹ Ese objeto atrae y la gratificación sexual “fácilmente alcanzada” ubica la sesión como el lugar privilegiado del placer. Las miradas se encuentran sobre ese objeto,*** al que se le otorga “brillo a voluntad”: luz, foco, faro, que engañosamente conduce al naufragio de la empresa analítica. El analizando habrá logrado el objetivo de que el interés del analista se desplace a los significantes mismos del discurso y quede allí, sin alcanzar el lugar donde se ordenan.**** Crea y recrea el escenario del poder fálico, siempre fuera del instante traumático de la revelación. Aquí es donde aparece la absoluta necesidad de las medidas para preservar el *poder total*, a salvo de toda sorpresa o falla que introduciría la castración. El encuadre, con sus reglas fijas se constituye en

* Material: del latín materia. Lo que toca o pertenece a la materia. Lo opuesto a lo espiritual. La materia del discurso consiste en las palabras, en las frases y en los pensamientos. — “Diccionario etimológico de la lengua española”; Roque García.

** “El compromiso fetichista defiende al sujeto contra dos peligros: separación de la madre y castración.” — Bak 1

*** “Así la nariz era ese fetiche al cual [...] podía otorgar a voluntad ese brillo que los otros no podían percibir. — Freud 6

**** “[...] El cómo ello (a) desea, constituye el objeto del deseo del psicoanalista.” — Leclaire 16

un auxiliar del juego. El interés en el funcionamiento y en los mecanismos entra en forma constante, como lo ilustra el paciente **B**.

FUNCIÓN DE LA MIRADA Y EL SABER

Ver, mirar, saber, conocer, son significantes que surgen repetidamente en el discurso de los pacientes que estamos considerando. Conviene detenerse.

La impresión óptica es el camino por el cual más frecuentemente se despierta la excitación sexual, dice Freud⁷ en los “Tres ensayos”. Y en 1910.* señala la importancia del placer visual antes de que el niño quede sometido al complejo de castración.

La pulsión escoptofílica no es estructuralmente distinta de la pulsión epistemofílica. El instinto de saber (*Wisstrieb*) o instinto de investigación, actúa en parte con la energía del placer de contemplación. (Freud)^{3*}. Y el ver está utilizado en la “investigación analítica” también como saber.

El paciente C ilustra este punto en una estructuración de la situación analítica que podemos llamar perversa. No otorga a su analista el lugar del sujeto “supuesto saber” que el neurótico adjudica fácilmente en una situación similar. Por el contrario, es él quien *todo lo sabe* sobre el erotismo, que se ha constituido en el único animador de su deseo. (Pontalis)²¹ Al analista sólo le pide que mire: necesita su instrumento y su función de mirar, ojo que refleje lo que él espera: excitación sexual, placer, sorpresa, temor. Y es que esa presencia es necesaria para el surgimiento del nuevo sujeto (*ein neues Subjekt*) que hace posible el camino retrogresivo

* Recuerda Jones 10 la respuesta de Freud a una sugerencia suya en el sentido que la escoptofilia sería parte de un grupo más amplio en el que están incluidos otros órganos de los sentidos: “El Schaulust y el Exhibitionismus se ofrecen como muestras y se puede agregar a la lista todas las otras pulsiones sexuales integrando esta tendencia en un Erkenntnistrieb si recuerda usted que Erkennen significa Coitaren en la

del circuito escópico.¹⁸ “Elegía el lugar donde pudiera verme, que me viera, nada más.” Nada más, porque esa mirada no puede iluminar; su meta está determinada con anticipación y el objetivo es encandilarla y deslumbrada: de ahí la preocupación por los efectos de belleza del discurso, belleza de la forma expresiva, brillo temático.

Refiriéndose a la posición subjetiva del niño en el momento mítico del descubrimiento de la ausencia del pene en la mujer, dice Clavreul 2 que éste es llevado normalmente a través del complejo de castración a reconocer la falta como causa de su deseo sexual y su falta de saber como causa de la pulsión escoptofílica que lo llevó a descubrir. Agrega que la renegación del perverso recae sobre el reconocimiento de que la falta es la causa del deseo y que la falta de saber es la causa de la pulsión escoptofílica. No acepta el papel del padre y su anterioridad en el saber sobre el objeto de su deseo (la madre) y rechaza el hecho que alguien sabía, por compartirlo, algo que él ignoraba.

De la misma forma, en el espacio analítico, este tipo de paciente reniega la posición subjetiva de ver y saber lo que no sabe: no acepta reconocerse como no sabiendo y deseando saber. Y ese saber que él posee, los demás no lo tienen (el analista en la ocasión): es un saber *total* que se preocupa en *mostrar y demostrar*. “*Es una necesidad de un plano total, pero además de mostrar que estoy al tanto de todo*”, dice el paciente **B**.

Sempé²⁴ advierte la función fetichista que puede tomar el saber en el analizando y en el analista. Del lado del analizando, en la misma forma que el fetiche viene a ocultar la abertura inquietante del sexo de la mujer, el saber va a tratar de precisar los contornos fantasmáticos del psicoanalista, ocultando o conjurando los efectos de poder de su “negativo”. Del lado del analista pueden tomar esa función los propios conocimientos o la

“Biblia”. Y Adán conoció a Eva.

experiencia analítica misma como modo de desconocer las lagunas significantes o las demandas que le dirige su analizando.

EL NARCISISMO

El narcisismo es el campo privilegiado en que se juega la relación analítica en las situaciones que estudiamos. Como dice Green,⁸ existe en toda relación analítica un vértex narcisista en continua oscilación con un vértex objetal. Pero en las estructuras narcisistas se constituye “un estilo del discurso transferencial” que tiene características propias.

Señala tres modalidades que interesa en este momento destacar: 1) Una de ellas es el discurso narrativo-recitativo que une los elementos de funcionamiento mental para oficiar de pantalla entre el analizando y el analista: el analista se siente frente a un filme ante el cual sólo puede ser espectador. 2) En la segunda forma el discurso narrativo-recitativo no se contenta con su función de pantalla y se agrega a la resistencia pasiva una función activa: el discurso rechaza la presencia del analista como objeto intrusivo. 3) La tercera modalidad es el investimento narcisista de lo que dice el sujeto, es decir, el lenguaje mismo. Está investido del lenguaje de los analistas, su estilo interpretativo, su modo de escribir.

Rosolato²³ recuerda que el narcisismo es una estructura de dos caras en que si bien por un lado existe la retracción libidinal, en la otra vertiente se desarrollan los procesos de idealización. Todo lo que viene en un movimiento centrípeto a corroborar la omnipotencia de los ideales aumenta la estima de sí, toda falta es una herida narcisista.

El discurso de “transferencia narcisista” ha tomado en nuestros casos, dos modalidades que estudiaremos separadamente:

La primera modalidad, que ilustra la paciente D aunque está dominada por el carácter ilusorio de las relaciones con el analista, es pasible, en algunos momentos, de cierta introducción del sujeto. La función que se le asigna al analista es una contribución al discurso para constituir, utilizando el término de Green, 8 una bella totalidad, contribución de un participante que aprueba las artes de su analizando (escuchándose a sí mismo) y que goza en la creación por identificación con el creador. El analista no es considerado intrusivo siempre que se mantenga en la función asignada, función que recuerda a la de la madre que admira los dones que le ofrece su hijo y su capacidad creativa. El analizando puede aspirar a la reciprocidad, a la unión, a la comprensión ilimitada en un anhelo de fusión de cuerpos, con fantasías de no haber nacido. Ocurre que la situación analítica en este contexto, en cuanto es el lugar de la expansión narcisista (*Self* grandioso de Kohut)¹¹ puede estar fuertemente idealizada y el analista entrar en la idealización engrandecido como *partenaire*-parte integrante de la concentración libidinal. No es sorprendente que estos pacientes elogien ante terceros las virtudes de su análisis y de su analista. El ejercicio mismo de la fantasía y el pensamiento que modela por anticipado no sólo las satisfacciones sino el mundo exterior y la realidad, es, como lo señala Rosolato,²² una fuente intensa de placer narcisista. El conocer se inviste de placer y de erotismo, lo que impide, en el fondo, conocerse. El pasado del que se habla son sólo recuerdos y sueños a los que hay que dar una bella forma, lejos de la angustia, mitigada y controlada.

La segunda modalidad, ilustrada por los otros tres discursos, se constituye sobre todo —aunque no exclusivamente— en el análisis de estructuras perversas. La situación de *impasse* puede llegar a ser difícilmente superable. El lugar del analista es controlado rígidamente y el uso instrumental del mismo es marcado. El análisis es buscado a menudo

por el deseo de *ver* y *saber* cómo y hasta dónde ha llegado el otro en el dominio de la sexualidad y de la castración, otro-analista ubicado por sus funciones en ese campo y cuyo interés en el mecanismo y en el funcionamiento no dejan de aproximarlos a una posición perversa. * La meta esencial del analizando es confirmar y mostrar su excepcional capacidad en lograr el goce propio y del otro, ** disimulado muchas veces bajo distintas quejas, inclusive quejas sobre su impotencia *qué no es más que la impotencia del analista—. Con las máscaras de la seducción voyeurista-exhibicionista o sadomasoquista, la relación analítica se instaura bajo el signo de la utilización tramposa de las propias reglas que el análisis pone en juego.

La ausencia-presencia del tercero (otro que no sabe), el secreto y la complicidad, son piezas constantes en este escenario. La función de fetiche del secreto ha sido reconocida, después de Greenacre,⁹ por Levy.¹⁰ El secreto, dice este autor, implica la presencia del otro que se supone interesado por ese saber; confiere poder, es el medio de ese poder, es un bien interno personal y al mismo tiempo cosa que se esconde, fuente de vergüenza y displacer. Asociado al ver (desvelar, descubrir) y a la excitación sexual, ocupa en el discurso de C un lugar del que está excluido el analista anterior, porque no sabe y no ve, pero es también el lugar del analista actual, que se supone interesado y excitado frente a otros secretos que por el momento se reserva.

“Sólo aquellos análisis que nos oponen dificultades especiales y cuya realización nos lleva mucho tiempo pueden enseñarnos algo nuevo”, dice Freud en 1917.

Y agregaríamos: lo que siempre enseñan estos largos y espinosos caminos es que sólo el mejor conocimiento y ubicación de sus propios

* Terrier 20 y Clavreul 2 señalan el deseo del analista como homólogo eventual del deseo perverso y el riesgo de trasposición paradójica de una relación perversa en la pareja analista-analizando.

** A menudo el perverso está interesado solamente en el goce de su *partenaire*. — Mac Dougall 7

objetos es el medio, *el único*, que dispone el analista para resistir a esa búsqueda tenaz de su connivencia secreta y para seguir siendo garante de la presencia del Otro, aunque su compañero de ruta sólo quiera saber del otro.

RESUMEN

Se enfocan en este trabajo algunos aspectos de la estructuración perversa de la sesión analítica.

En todo pedido de análisis existe una profunda ambigüedad: instalándose en y por una cierta mentira puede, sin embargo, ser ésta el camino a la verdad (Lacan). El detenerse en la primera premisa, evitando a toda costa el pasaje a la segunda es la situación que se considera en el trabajo. Se propone una descripción del tiempo de creación de un objeto de deseo, objeto-fetiché en la transferencia: el *material*, sutilmente manejado por el analizando, deja de ser el camino de acceso al campo pulsional, para constituirse en el obstáculo que cierra el surgimiento del sujeto, cumpliendo así las funciones de una “formación de compromiso”.

Se organiza así el objeto-fetiché que se coloca delante de la angustia misma, que por esta razón queda ignorada por el sujeto. El analizando tiene asegurado así su lugar en la sesión analítica sin correr los riesgos a que lo expone la misma. La angustia, el miedo, la posible huida son sustituidos por la atracción. El paciente se interesa en su análisis y en los “mecanismos” y lo hace notar con la objetividad que le permite la distancia que ha tomado, pero su deseo queda al margen de la mirada que solicita.

Los temas surgidos en el espacio analítico, escisión del yo, objeto-fetiché, función de la mirada y el saber, narcisismo, son expuestos y ejemplificados con algunas secuencias de material clínico.

BIBLIOGRAFÍA

1. BAK, R.: *Fétichisme*, "Nouvelle Revue de Psychanalyse", n° 2, 1970.
2. CLAVREUL, J.: "Le couple pervers. Le désir et la perversion." Le Seuil, París; 1967.
3. FREUD, S.: *Three Essays on the Theory of Sexuality*. "S. E.", VII.
4. FREUD, S.: *Leonardo de Vincil* "S. E." XI.
5. FREUD, S.: *From the History of an Infantile Neurosis*. "S. E.", VII
6. FREUD, S.: *Fetishism*. "S. E.", XXI
7. FREUD, S.: *Splitting on the Ego in the Process of Defense*. "S. E.", XXIII.
8. GREEN, A.: *Un, Autre, Nuetre: valeurs narcissiques du même*. "Nouvelle Revue de Psychanalyse", n° 13; 1976.
9. GREENACRE, P.: *Further Notes on Fetishism*. "Psychanal. Study Child", 15; 1960.
10. JONES: "Vida y obra de Sigmund Freud." Nova, Buenos Aires; 1962.
11. KOHUT, H.: *Le soi*. "P.U.F.", París; 1974.
12. LACAN, J.: "Le Séminaire." Tomo I; Le Seuil, París; 1975.
13. LACAN, J.: "Le Séminaire." Tomo XI; Le Seuil, París; 1973.
14. LECLAIRE, S.: "Seminarios de A.P.U."; 1972-1975.
15. LECLAIRE, S1.: *La transferencia*. "Rev. Urug. de Psic", vol. XIV, n° 3.
16. LEVY, A.: *Evaluation etymologique et sémantique du mot "secret"*. "Nouvelle Revue de Psychanalyse", n° 14; 1976.
17. MAC DOUGALL, J.: *Primal Scene and Sexual Perversion*. "Int. J. Psycho-Anal.", LIII; 1972.
18. MENDILAHARSU, S. ACEVEDO de: *Perversion y carácter obsesivo. Un sistema de relaciones de la personalidad*. Rev. Urug. de Psic. T. XIV. N° 4.

19. PAYNE, S. M.: Some observations on the Ego. Development of the Fetishist. *Int. J. Psycho-Anal.* 20, 1939.
 20. FERRIER, F.: *Discussions: Le couple pervers*. En “Le désir et la perversion”, Le Seuil, París; 1967.
 21. PONTALIS, J. B.: *Présentation*. “Nouvelle Revue de Psychanalyse”, n° 2; 1970.
 22. ROSOLATO, G.: *Étude des perversions sexuelles á partir du fetichismo*, en “Le désir et la perversion”, cit
 23. ROSOLATO, G.: *Le narcissisme*. “Nouvelle Revue de Psychanalyse”, n° 13; 1976.
 24. SEMPE, J. C.: *L'ombre portée du psychanalyste et le fétichisme du savoir*. “Études Freudiennes”, 9-10, Denoël; 1975.
 25. SMIRNOFF, V. N.: *La transaction fétichique*. “Nouvelle Revue de Psychan.”, n° 2; 1970.
-

SÉLIKA A. DE MENDILAHARSU (Uruguay), médica, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay y autora de varios artículos aparecidos en esta revista. Dirige también el “Laboratorio de afecciones corticales” del Instituto de Neurología de la Universidad de la República, habiendo publicado numerosos trabajos en este campo. Dirección: Colonia 1611, Montevideo.

AMOR “DE TRANSFERENCIA”*

por

CARLOS SOPENA

LO REAL, EL DESEO Y EL AMOR

En su primera teoría de las pulsiones Freud oponía el hambre y el amor, siendo el amor una forma poética de referirse al sexo. Al “principio”, la satisfacción de la zona erógena está asociada a la satisfacción de la necesidad de alimento. La pulsión sexual se constituye al separarse del hambre, cuando la succión del pulgar aporta al niño un placer erógeno que habrá de convertirse en un fin en sí mismo. Desprendida de la pulsión de autoconservación, que le ha servido de apoyo, la pulsión sexual oral pierde el objeto y se satisface autoeróticamente. El objeto natural de la necesidad es sustituido por el objeto alucinado del deseo sexual, deseo que se satisface de un modo fantasmático. A partir de ahí, la satisfacción de la necesidad deja al deseo insatisfecho.

La pulsión sexual se origina en el desprendimiento del objeto, pero el autoerotismo, que implica la pérdida del objeto, puede a su vez ser considerado como, una preparación para el reencuentro del mismo. En “Las pulsiones y sus destinos” Freud escribe que “el amor procede de la capacidad del yo de satisfacer autoeróticamente, por la consecución de placer orgánico, una parte de sus movimientos pulsionales.

• *Leído en la Sociedad Psicoanalítica de Madrid en junio de 1979.*
•

“Originariamente narcisista, pasa luego a los objetos que han sido incorporados al yo ampliado y expresa la tendencia motriz del yo hacia estos objetos considerados como fuente de placer.”

Si la experiencia de satisfacción autoerótica y por consiguiente alucinatoria es una condición previa del pasaje a los objetos, queda sin embargo la pregunta sobre los motivos que llevan a sustituir una satisfacción factible de ser alcanzada de modo inmediato por otra mediada por la representación de las circunstancias del mundo exterior y la modificación de las mismas. Freud encuentra la explicación en la índole inadecuada de la satisfacción por alucinaciones: la satisfacción esperada no llega y es esta decepción la que impulsa la búsqueda por otra vía más complicada. [Los dos principios del suceder psíquico.] Podemos concluir entonces que el amor procede tanto de la satisfacción autoerótica como de la decepción que deja el autoerotismo.

En “Tres ensayos” Freud había afirmado que encontrar un objeto sexual no es más que una manera de reencontrarlo. Pero el reencuentro no se produce en un imposible retorno al objeto originario, sino mediante un desvío y sucesivas sustituciones representativas del objeto perdido. Es justamente porque el objeto de la pulsión es un objeto faltante en lo real que el deseo no cesa de representarlo. En “La negación” habrá de referirse más explícitamente a este punto. Allí dice que la pérdida de objetos que procuraron satisfacciones reales es una condición esencial para que se establezca la prueba de realidad, que consiste en decidir sobre la existencia real de una cosa imaginada. La función intelectual del juicio ha de establecer si algo que se encuentra en el yo como representación puede ser vuelto a hallar en la percepción. Pero el fin primero y más inmediato de la prueba de realidad —agrega— no es el de encontrar en la percepción un

objeto que corresponda al imaginado sino el de reencontrar tal objeto, el de convencerse de que aún subsiste. La búsqueda del objeto en la realidad está absolutamente orientada por la evocación alucinatoria de un objeto perdido. Es la facultad del discernimiento la que podrá juzgar posteriormente sobre la objetividad de la imagen y verificar la deformación de la realidad que ella comporta. De esta manera se pone de relieve la diferencia existente entre el objeto alucinado del deseo y el objeto real, separación que es el producto de la división entre el sujeto de la percepción y el sujeto del deseo.

El objeto fue perdido al ser alucinado y ahora, al ser confrontada la alucinación con la realidad, es perdido por segunda vez. Para mitigar la decepción derivada de esta discordancia entre lo que se desea y lo que existe, la realidad habrá de ser parcialmente rechazada y modificada. Precedido por la satisfacción alucinatoria, el objeto del amor siempre conserva cierto carácter de invención personal. Paul Valéry ha escrito que “No existe ser alguno capaz de amar a otro tal cual es. Solicítanse modificaciones, puesto que se ama sólo a un fantasma. Lo que es real no puede desearse, ya que es real. Te adoro...pero, esa nariz, ese traje que llevas...” [“Tel -Quel”¹. Ed. Labor; Barcelona, 1977.] Siempre queda una brecha entre el objeto alucinado y el reencontrado en la realidad, espacio de la decepción que el amor intentará soslayar con su pasión por convertir al objeto en otro más acorde con los propios deseos.

El amor, que inspira al amante y lo vuelve imaginativo, es en sí mismo el resultado de un investimento de la actividad imaginativa. Pero, ¿de cuáles fuentes se nutre, a partir de qué materiales se despliega toda esa inventiva? Porque no se inventa el amor, que tiene ya su historia. Y puede suceder que alguien nos adelanta algo de la historia de nuestro amor antes que la hayamos vivido, como le ocurrió a Juanito, a quien Freud dijo que desde hacía tiempo sabía que iba a nacer un Juanita que querría mucho a su

madre. La representación que cada uno se hace del amor y del ideal amoroso depende naturalmente del Edipo y pasa por el lenguaje, lo que da al amor su carácter de fenómeno social y contemporáneo. Aun el amor “a primera vista” es también de oído y tributario de un discurso circulante en la sociedad que da definiciones del amor y que posee un estilo particular en cada época. Ningún amor puede dejar de imitar historias de amores oídas o leídas. Inclusive puede no ser necesario conocer a la amada para que el amor se despierte. A veces basta con oír la alabanza de una dama. Como nos dice el trovador Amanieu de Seseas, citado por Ortega y Gasset en “Estudios sobre el amor”. [*Revista de Occidente*; Madrid, 1973.]:

“Y sabed que es verdadero:
un hombre ama de fino corazón
mujer que nunca vio,
sólo por oírla alabar.”

El ideal amoroso es el significante de la unión de la alucinación y la percepción, del yo con su ideal. Amor es un acto de desprendimiento libidinal al mismo tiempo que un intento de restitución de la completad narcisística perdida. El objeto es tratado como el propio yo del sujeto y está llamado a sustituir un ideal propio no alcanzado. Por el rodeo del amor el yo trata de cumplir una aspiración de perfección que satisfaga su narcisismo. [Freud: “Psicología de las masas y análisis del yo”.] El amado se vuelve algo de uno y se mantiene el rechazo por lo otro, por lo que no es uno. Uno más uno hacen uno, es el cálculo del amor, que busca alcanzar el ser en un ser de dos. La compulsión a unir siempre deja algo fuera y lo que pretende en último análisis es excluir la diferencia como tal, todo aquello que no podría ser asimilado sin quebranto por la imagen ideal.

El retornó de lo reprimido —el otro, el sexo— deshace el clivaje que da sustento a la imagen unificadora y produce una fisura en el objeto uno, en el ideal-yo. Queda en evidencia el error de cálculo, ya que uno más *uno* no hacen uno sino que, cuando menos, hacen cuatro, como dijera Freud. El odio, qué es más antiguo que el amor, busca entonces la destrucción del otro, de la diferencia, que es escasamente discernible de lo diferente, lo otro, en uno mismo.

Lo otro en uno mismo es el sexo y sus manifestaciones, que son de distinta índole que las del amor propiamente dicho. En “Las pulsiones y sus destinos” Freud escribe que el objeto es lo más variable de la pulsión si se lo compara con las fuentes somáticas y con los fines que persiguen las pulsiones. El objeto no se halla originariamente enlazado a la pulsión sino subordinado a ella como consecuencia de su adecuación al logro de la satisfacción. Añade que los conceptos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con los objetos y que deben ser reservados para las relaciones del yo total con los suyos. Así, pues, la palabra “amar” se inscribe en la esfera de la relaciones de placer del yo con los objetos y se fija, por último, a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos que satisfacen las necesidades de los impulsos sexuales sublimados.

En un capítulo de “Psicología de las masas...” referido al enamoramiento y la hipnosis, hace una distinción entre el amor sensual y el amor tierno. El primero no es más que un investimento de objeto encaminado a lograr una satisfacción sexual directa y que desaparece con la consecución de este fin. Parece tratarse de una transición entre el autoerotismo y el amor objetal. El valor afectivo del objeto es momentáneo, sin otro propósito que alcanzar una descarga inmediata. .

En cuanto al amor tierno, que implica la supervivencia psíquica del objeto, Freud dice que acarrea una complicación: es la certidumbre de que la necesidad recién satisfecha no tardaría en resurgir la que determina la

persistencia del investimento del objeto aun en los intervalos en los que el sujeto no siente la necesidad de “amar”. Nuestro protagonista se muestra más preocupado por asegurarse de que el objeto que lo satisface estará a su disposición cuando lo precise que por el logro inmediato de la satisfacción. Si antes era desaprensivo con el objeto ahora tiene que abocarse a la tarea de conquistarlo para tratar de retenerlo. Lo que anhela es entonces ser deseado por el otro. Podría decirse que las cosas se complican porque quiere un deseo ajeno y no un objeto y porque empieza a estar poseído por el sueño de la posesión.

El otro factor que incide en la transformación del amor es de índole aparentemente distinta y se debe a la represión derivada del complejo de Edipo: el niño permanecerá ligado a sus padres pero con impulsos coartados en su fin. El amor tierno se desarrolla a expensas del impulso sexual, que es desviado de su fin y convertido en tendencias sentimentales. Freud llega a sostener que por la parte correspondiente a los impulsos de ternura coartados en su fin puede estimarse la intensidad del enamoramiento en oposición a la del deseo sensual.

Si nos detenemos a considerar el factor primeramente mencionado, tenemos que Freud explica el surgimiento del amor y la supervivencia del objeto por la necesidad de estar prevenido frente a la reaparición del deseo sexual. Pero para aprender que el deseo volvería nuestro sujeto tuvo necesariamente que haber pasado por la experiencia de la insatisfacción y no sólo la provocada por la ausencia del objeto. Si una vez satisfecho sigue llamando al objeto, deseándolo, es porque la propia satisfacción sexual dejó un resto, hubo algo que escapó a la satisfacción dejando un margen de deseo insatisfecho. Si el hombre empieza a preocuparse por su satisfacción es porque ésta se le aparece ya como problemática. La sexualidad humana está limitada por prohibiciones, pero lo está fundamentalmente porque en la naturaleza misma de la pulsión existe algo desfavorable a la realización de

la plena satisfacción. [Freud: “Acercas de una degradación general de la vida erótica”] El amor existe porque no hay satisfacción sexual plena; la persistencia del investimento del objeto es el corolario de la persistencia de la insatisfacción del deseo. Amamos a los objetos que nos dan placer y que vienen a cubrir la brecha que el sexo deja abierta. De no haber una satisfacción prohibida o que se rehúsa tampoco habría amor, ya que se ama para prevenir, es decir, para conjurar la insatisfacción.

El segundo factor es el Edipo. La insatisfacción sexual real, que es intrínseca a la propia satisfacción, adquiere un sentido al reorganizarse culturalmente en el mito edípico. La prohibición del incesto socializa la insatisfacción, convirtiéndola en un conflicto entre el deseo y la interdicción. El niño ama a la madre y odia al padre, al que hace responsable de su decepción. La insatisfacción se torna satisfacción prohibida que, en cierto modo, puede realizar vicariamente al identificarse con su padre. Con el acceso al complejo de Edipo el niño se normaliza, se “cura” de algo incurable: es preferible la interdicción que la imposibilidad lisa y llana. Mientras que ésta deprime, aquélla es un reto que lleva a la represión del impulso al mismo tiempo que produce un efecto estimulante; como Freud ha señalado, la importancia psíquica de un impulso crece con su prohibición. [Ibídem]

En “El final del complejo de Edipo” comienza diciendo que el Edipo sucumbe a su propio fracaso, por su imposibilidad interna: la ausencia de satisfacción aparta al niño de su inclinación sin esperanzas. Pero termina afirmando que el complejo sucumbe a la amenaza de castración, es decir debido a influencias externas. La decepción obedece, en última instancia, a que la pulsión, por su propia naturaleza, ha perdido el objeto. El objeto sexual —aunque se trate de la propia madre— no es nunca el originario sino tan solo un subrogado suyo que no satisface plenamente. El Edipo

pone al objeto prohibido en el lugar del objeto perdido, que es entonces un objeto ajeno, poseído por el padre.

La sexualidad se constituye con la muerte del objeto, es decir, con la pérdida de lo real, que se produce en el momento en que la pulsión se liga a un representante psíquico. Lo real es lo que cae bajo los efectos de la represión primaria; es el límite a la representatividad siendo por eso mismo la causa de todas las representaciones. El deseo, aunque estrechamente dependiente del cuerpo, está en relación con la fantasía y no con lo real. Es el movimiento por el cual se trata de reencontrar lo perdido bajo la forma de la satisfacción alucinatoria, qué es el modo como el sujeto se representa lo que le falta. La insatisfacción real queda ligada a ciertos significantes qué determinan la configuración del deseo, su puesta en escena en la fantasía. El amor, por su parte, tiene que ver con las relaciones de placer del yo con sus objetos ideales y es la manera como la alucinación se pone en sociedad.

La pérdida del objeto de la pulsión condena al comercio con un objeto fantasmático, que no es un objeto imaginario. Un objeto que no puede ser representado en sí mismo ni localizado y que, como el convidado de piedra, viene sin que se lo haya invitado, siendo imposible desembarazarse de él. Lo real es el lugar vacío dejado por la pérdida del objeto que es causa del deseo. Es él objeto muerto que sobrevive y retorna como fantasma y que por ser un fantasma desconocido, de nadie, puede tomar la apariencia de algún personaje que vivió en el pasado. Pero el fantasma no tiene nada que ver con el culto a los seres queridos ni con el difunto que convocan los espiritistas para asegurarse de que sigue estando en el más allá. El fantasma no viene cuando se lo llama y sólo puede ser reconocido en los efectos que produce, que son una mezcla de excitada atracción y de espanto. [S. Leclair: "Démâsquar le réel." Ed. du Seuil; París, 1971.] La escritora norteamericana Edith Wharton, que se interesó en los hábitos de los

fantasmas escribió acertadamente que lo que el espectro necesita para manifestarse no son pasadizos resonantes y puertas ocultas detrás de los tapices, sino sólo continuidad y silencio. [“Relatos de fantasmas.” Alianza Editorial, Madrid, 1978.]

AMOR DE DIVÁN

La cosa tiene que suceder. El amor de transferencia es, antes que nada, algo de lo que se habla y que está escrito. Freud sentenció que es una situación por la que se ha de atravesar fatalmente en la cura y los pacientes le toman la palabra. Heredero de la sugestión hipnótica, el amor de transferencia es un componente esencial del análisis. Si éste conduce finalmente a la desilusión, para ello es preciso que el paciente sea capaz de ilusionarse, de confiar y creer en el analista, de amarlo. Amor destinado ciertamente al fracaso, pero que por eso mismo tiene en la ilusión su única verdad.

Al que habla desde el diván lo ha traído un sufrimiento psíquico cuya causa ignora y que pone a quien lo padece en relación con una verdad desconocida. Se le ha pedido que hable, que diga lo que le vaya viniendo a la mente y lo hace con el grado de entrega de que es capaz. Pero no puede hablar de lo que ignora precisamente porque ha quedado reprimido, expulsado a otro lugar que el lugar donde el paciente habla. Ignora la verdad porque le resulta insoportable (represión secundaria) pero sobre todo porque le es imposible conocerla (represión primaria). La causa del sufrimiento es el deseo que no puede nombrar y tiene que satisfacer por el complicado expediente de su neurosis. Eso que no quiere ni puede decir se manifiesta no obstante en los tropiezos e interferencias de un discurso que trata de ser coherente, como sucede del modo más notorio en el lapso. Entonces cae en la cuenta de que no gobierna lo que dice, que eso escapa a

sus intenciones y lo deja expuesto a enfrentarse con lo reprimido traumático. Inquietante experiencia del Otro en el propio discurso, en el propio pensamiento, que hace del hablante un médium.

Como las deformaciones y disfraces del discurso no bastan para ocultar la verdad desconocida, el paciente tratará de recurrir a otra deformación que, según Freud, le ofrece máximas ventajas: la deformación por medio de la transferencia, llegándose a una situación en la que todos los conflictos habrán de ser combatidos sobre el terreno de la transferencia. [“La dinámica de la transferencia”]

El analista recibe la transferencia, sin que esto suponga que sea el receptor neutro de algo a lo que estaría predestinado. En la última obra citada, Freud escribe que las ocurrencias y los actos del paciente se presentan como transacciones entre las exigencias de la resistencia y las de la labor analítica, siendo ése el punto en el que actúa la transferencia. Y luego subraya que la transferencia sólo se establece cuando un elemento inconciente se presta a ser transferido a la persona del analista, produciéndose la asociación inmediata que se anuncia con los signos de una resistencia, por ejemplo, con la detención de las asociaciones. Lo que se manifiesta bajo la forma de transferencia —añade— no es el conflicto infantil sino solamente alguno de sus elementos inconcientes, que es elegido por su adecuación para ser transferido al analista y para satisfacer a la resistencia, sin que esto signifique que dicho elemento tenga una importancia patógena especial, va que muchas veces no la tiene.

De lo anterior se desprende que la transferencia se organiza y desarrolla en función de un encuentro, siendo una construcción que se apoya en ciertas características y actos del analista que pueden ser reveladores de sus intereses y expectativas y que al ser captados por el paciente posibilitan o aun llaman a determinado tipo de transferencia.

Férenczi ha señalado que los motivos más simples y aparentemente insignificantes pueden ser suficientes para engendrar y especificar la transferencia. La actitud benévola, comprensiva, “paternal”, o una sola palabra menos amistosa, un señalamiento sobre la puntualidad o cualquier otro deber del paciente, producen efectos transferenciales, del mismo modo como ciertas características físicas del analista, sus gestos, su nombre, alguna actitud femenina, pueden ser evocadores que conviertan al analista en un “révenant” que hace resucitar para el paciente las figuras desaparecidas de su infancia. Férenczi relaciona la transferencia con el sueño, puesto que es también por detalles minúsculos que éste evoca los objetos, las personas y los acontecimientos, concluyendo que el procedimiento poético de “la parte por el todo” es igualmente utilizado en el lenguaje del inconciente. [“Transferí et introjection.” *Oeuvres complètes*, t. I; Payot, París, 1975.]

En “La dinámica de la transferencia” queda claro que ésta no es asimilable a resistencia. Aunque utilizada por la resistencia, no es creada por ella, surgiendo como un compromiso entre las exigencias de la resistencia y las de la labor analítica. Freud observó que la transferencia pasaba a primer plano en el momento en que iba a emerger un material reprimido. En este sentido, la transferencia aparece como una forma de resistencia al mismo tiempo que señala la proximidad del conflicto inconciente. [J. Laplanche y J. B. Pontalis: “Vocabulaire de la Psychanalyse.” P. U. F.; París, 1967.] Si se ha enfatizado el carácter resistencial ha sido por haber juzgado la transferencia desde una óptica que jerarquizaba la rememoración y que veía frustradas sus expectativas cuando esperaba el surgimiento de nuevos recuerdos y se encontraba con la puesta en acto. El descubrimiento de la transferencia ha provocado precisamente un desplazamiento del énfasis teórico desde la rememoración hacia la estructura psíquica, no siendo ya en la ausencia de recuerdo sino en la

persistencia del deseo inconciente en lo que se centra el análisis. [M. Dayan. "Freud et la trace." *Topique*, nos. 11-12, 1973.] La transferencia es entonces el terreno en el que se hace posible la actualización bajo forma encubierta del deseo y las fantasías que lo soportan.

Es en "Construcciones en el análisis" donde Freud renuncia al objetivo ideal de la cura que consistiría en la rememoración completa. Allí reconoce que los recuerdos más importantes escapan definitivamente a la evocación mnémica, que ha de ser sustituida por las construcciones que el analista pueda hacer sobre el vacío de las lagunas del recuerdo, inventando con acierto. E insiste en el hecho de que esas construcciones no pretenden ser la verdad que falta sino nada más que un trabajo preliminar sometido al examen, la confirmación o el rechazo del paciente. Aun la aprobación sólo tiene valor si es seguida de confirmaciones indirectas, dando lugar a nuevos recuerdos que amplíen la construcción. Ni verdaderas ni arbitrarias, simplemente verosímiles, las construcciones son proposiciones que abren el camino a nuevos recuerdos, a nuevas asociaciones, siendo en última instancia una forma de dar un tema para qué una verdad ignorada pueda seguir diciéndose.

Se seguirá diciendo por la escucha del analista, que aguarda algo que no ha sido dicho. La escucha no es para nada pasiva ya que con su no respuesta cuestiona y rechaza las significaciones que el discurso quiere imponerle. Si la escucha puede volverse inquietante es por ser abertura y llamado a una verdad desconocida. De ahí que tan a menudo parta del diván la demanda de respuestas o explicaciones que se cierran en una significación.

Es también la escucha la que posibilita el establecimiento de la transferencia, siendo el analista quien deja venir al fantasma con su silencio. Y no por una maniobra técnica. Si ello ocurre es porque el analista necesita tiempo para entender, aunque es cierto que consiente en su borramiento porque sabe que el asunto es con otro en otra escena. Y el paciente pone en acto lo que no puede decir; aquello que no puede ser verbalizado ha de seguir el arduo camino de la transferencia. Pero aunque esté del lado de la puesta en acto, la transferencia también se establece en función del discurso. Si los personajes del pasado son resucitados, es para tener la posibilidad, siempre incierta, de poder por fin decirles algo que nunca ha sido formulado. Se llega a un punto en que eso que pugna por ser dicho trae al personaje. Es por una necesidad del discurso que las figuras desaparecidas son recreadas en la transferencia.

Ignorante de la causa de su sufrimiento, el paciente habla al analista, a quien atribuye el saber o la posibilidad de llegar a saber que a él le falta. Hay transferencia desde el momento que habla al analista tratando de encontrar la verdad en el lugar donde está el analista, que es puesto en el lugar del inconciente. [J. Lacan: “Le Séminaire”, I. Ed du Seuil; París, 1975.] Las preguntas que se hace sobre su analista, todo aquello que imagina o trata de averiguar sobre éste, que puede volverse objeto de una atención apasionada, son expresión del desplazamiento del enigma del deseo. Esas ficciones que construye con tanto empeño son fácilmente reconocibles como frutos del amor y ellas son la condición necesaria para que el deseo desconocido circule en el análisis.

El desplazamiento de la incógnita del deseo no deja de ir acompañado de tentativas de seducción. Como no puede ser dueño de su propio deseo el paciente trata de adueñarse del deseo del analista para poder seguir desconociendo el suyo propio. La seducción se despliega en el campo de la

representación y muestra algo que se supone digno de ser mirado y admirado. La bella histérica es el típico caso que se ofrece en espectáculo, solicitando la mirada del analista para asegurarse de su atractivo y no enterarse de su propio deseo al sentirse deseada. Detrás del espectáculo queda el espectro, es decir, el deseo y el objeto que lo causa. “Spéctrum” viene de “spectare”, mirar.

El amor, que es demanda de ser amado, no surge en la transferencia de un modo espontáneo sino que es desencadenado por la abertura de una brecha que el amor está llamado a cubrir. Sea por una interferencia en su discurso que ha llevado al paciente a decir lo que no quería decir o por una interpretación inesperada, la transferencia amorosa irrumpe —como observó Freud— cuando el paciente queda siderado por la proximidad de lo reprimido traumático. Los engaños del amor vienen a enterrar la verdad de un deseo que ha sido aludido y actualizado por la palabra.

El amor de transferencia está entre la palabra y la representación, entre el desprendimiento y la posesión, entre el acto de amor por el que el paciente da sus palabras, sus pensamientos, su voz, con lo cual van partes de su cuerpo, y la cristalización imaginaria del estado amoroso. Lacan ha distinguido el amor como pasión imaginaria del don activo que él constituye sobre el plano simbólico, subrayando que las contradicciones aparentes a propósito de la transferencia, a la vez resistencia y motor del análisis, sólo se comprenden en la dialéctica de lo imaginario y lo simbólico. [Ibídem]

Ante el vértigo de la palabra que se abre al deseo cabe el recurso del investimento de una representación determinada, de la fijeza de una imagen sustentadora del narcisismo. Si el ser es perdido por la palabra, el espejismo del estado amoroso lo restituye en lo imaginario.

El amor persigue un propósito distinto al del deseo. Ya vimos que el amor tierno se desarrollaba a expensas del impulso sexual y que implicaba una renuncia a la satisfacción inmediata, suprimiendo ,la insatisfacción derivada de la actividad sexual. El amor no busca la satisfacción sino el logro de una definición del ser por la adhesión a un ideal. El ideal-sexual resulta de la fusión del objeto del amor y el objeto del deseo, en la que el objeto del deseo es cristalizado como objeto de amor y queda fijado en lo imaginario.

La transferencia amorosa ubica al analista en el lugar del ideal del yo del paciente, que trata de volverse amoroso a la mirada del analista, fijando una imagen ideal de sí mismo. [J. L. Faure y C. Faure: “Ambigüité du transfert.” *Lettres de l'École Freudienne* n° 15; 1975.] El ideal es convocado para mantener reprimidos los deseos que no están de acuerdo con él, en una maniobra por la cual el yo, que se ve excedido y descentrado por un discurso que no gobierna, trata de restablecer su cohesión y de reubicarse en el centro de su pequeño universo: yo amo, yo hablo, etcétera.

La utilización del amor —que ya existía— con fines resistenciales, parece indicar que el amor que era acto de entrega que se reconocía por sus frutos, pasa a ser presentado como objeto y aspira a ser reconocido de un modo absoluto. Movidado ahora por su amor propio, el paciente sólo quiere que se hable de la “realidad” de su amor. Es un intento desesperado por afianzar la certidumbre del amor que viene a sepultar la incertidumbre del deseo.

Freud dice que la paciente más dúctil de pronto se muestra caprichosa y deja de interesarse en el análisis y en las afirmaciones del analista. Si hasta ese momento trataba de obtener una satisfacción narcisista dando cumplimiento a las exigencias del ideal, es decir por la mediación del analista, ahora se calla y la tenemos recluida en su amor, en una verdadera

reificación del amor y de su ser. Yo soy este amor, dice, y todo lo demás me es ajeno. Lo cual supone no reconocer al analista que es, ciertamente, negado. El yo se ha identificado con un objeto omnipotente y perfecto y exige ser reconocido absolutamente como yo ideal. Confunde el verbo con el sustantivo: yo amo, ergo soy el amo... y debo ser reconocido como tal. El fracaso del intento de dar satisfacción al ideal por el rodeo del amor conduce a la afirmación del yo ideal por él que uno mismo se vuelve su propio ideal.

La tarea del analista ha de consistir en analizar esas confusiones, en hacer la separación entre el ideal y el objeto, restableciendo la brecha entre el objeto del amor y el objeto del deseo.

¿QUÉ HACER CON EL AMOR?

“La escena cambia totalmente, como si una súbita realidad hubiese venido-a interrumpir el desarrollo de una comedia, como cuando en medio de una representación teatral surge la voz de ¡fuego!” [“Observaciones sobre el amor de transferencia”] Con este ejemplo describe Freud lo que sucede cuando el enamoramiento de transferencia hace irrupción en el análisis.

La demanda amorosa ha de ser recibida sin obtener respuesta de parte del analista, a quien Freud recomienda guardarse tanto de disuadir a la paciente como de corresponder a su amor. “Lo que hacemos [agrega] es conservar la transferencia amorosa, pero la tratamos como algo irreal, como una situación por la que *se* ha de atravesar fatalmente en la cura y que ha de ser referida a sus orígenes inconcientes.”

Que ese fuego no es de artificio lo prueba el hecho de que quema las palabras: en ese momento la paciente deja de hablar. Tratar el amor como

“irreal” quiere decir devolverlo a la escena de la fantasía, transformando la puesta en acto en puesta en escena. Frente al “¡fuego!” el analista no puede hacer otra cosa que procurar que la comedia se reanude y para ello cuenta con el recurso de la comedia de enredos de la transferencia. Lo que él proponga puede no ser más que un pretexto para que el texto se siga desarrollando. De esta manera puede lograr que la ficción prosiga, y relanzar el discurso para que el fuego circule por las palabras. La demanda de amor que no encuentra respuesta en la realidad puede hallar su verdad en la ficción.

El analista empieza por suponer que ese amor es de transferencia. Si puede remitirlo a la historia infantil y relacionarlo con antiguos amores del paciente, no deja de encontrar lo que previamente había supuesto. Busca las asociaciones que faltan en el paciente y lo hace porque necesita establecer conexiones, porque sabe que lo único que le autoriza a intervenir es la existencia de un desplazamiento, de una repetición. Ese desplazamiento hacia el pasado tiene su fundamento en que sólo a través de la referencia a otros amores —amor a otro— puede el amor decir algo que permita ligar la historia con el presente, sin que ello signifique que el amor real o verdadero sea el del pasado. En suma, lo que hace el analista con el amor que surge en el análisis es aplicarle el método analítico, método que se basa en la asociación y que contempla desplazamientos, condensaciones.

La transferencia —hacia el pasado— la hace el analista. El amor de transferencia es, antes que nada, amor supuesto de transferencia por el analista. Y esto no es una defensa frente a los riesgos del amor, aunque puede serlo cuando haya cierto apremio en dirigir el amor hacia otro lado.

Decía antes que el amor de transferencia promueve la creación de ficciones hasta el momento en que lo único que importa al paciente es

sostener la realidad de su amor. El enamoramiento puede ser considerado como resistencia en cuanto pretende afirmar a ultranza la realidad de ese amor, negando la ficción que vehicula la verdad y con la que necesariamente trabaja el analista.

Si la relación analítica está fundada en el amor a la verdad, la verdad del amor es que ama a otro. La reciprocidad de dos amores que se funden en uno es lo que hace el engaño del amor. Es necesario un tercero para llegar a la verdad del amor. Por eso cuanto más tenazmente defiende el paciente la realidad de su amor por el analista —que es un amor verdadero— más se está engañando. .

En caso que el analista correspondiese al amor de su paciente, habría satisfecho su demanda pero no su deseo, que permanecería tan insatisfecho como anteriormente y más reprimido aún. El deseo no se realiza satisfaciéndose en lo real sino cuando puede ser reconocido, nombrado por el analista. La demanda de amor no obedece a un levantamiento de la represión que pesa sobre el deseo ni su satisfacción al cumplimiento del mismo. En su demanda el paciente busca un objeto en la esfera de las relaciones de placer al no haber encontrado todavía un entendedor de la verdad de su deseo.

La labor analítica ha de referir la transferencia amorosa a sus orígenes inconcientes, decía Freud. Lo mismo que hace con el síntoma o el sueño. Tratar la transferencia amorosa como algo “irreal” es tratarla como un sueño de amor. Pero el sueño no es lo inconciente. Lo inconciente son los pensamientos latentes del sueño que sólo pueden ser desvelados a través de asociaciones. Ese amor soñado ha de ser trasmutado en una organización de pensamientos, en un decir donde pueda ser entendido el deseo reprimido. Es porqué tiene pensamientos que pueden llegar a ser formulados que el amor de transferencia es algo más que una construcción imaginaria y algo más que una resistencia.

El análisis de los conflictos sobre el terreno de la transferencia es algo distinto del análisis directo de la transferencia. La interpretación sistemática de la transferencia no le permite desarrollarse, ya que se le está recordando al paciente que el analista no es ese otro que él se cree. Salirle al paso a la transferencia es una conducta de acosamiento al fantasma por la cual el analista, al interponer su persona, se sustrae a la transferencia y a lo que ella puede hacer surgir. Así, por ejemplo, la interpretación apresurada de la transferencia amorosa significa un rechazo del amor, un intento de disuadir a la paciente que Freud juzgaba desatinado.

El ejemplo puesto por Freud plantea el problema de la relación entre las ficciones que se desarrollan en la transferencia y el fuego real. El amor de transferencia puede ser estimado un sueño de amor, pero ese sueño se funda en lo real, en la conmoción producida por la proximidad de lo reprimido traumático. El paciente busca en el analista o en las ficciones que va creando una respuesta a sus interrogantes, tratando de encontrar una explicación a su sufrimiento. Si existe el empeño en esclarecer las cosas es porque hay golpes que “abren zanjas oscuras”. [C. Vallejo: “Los heraldos negros.”] Si inventa historias y entre ellas una de amor con el analista no es por satisfacer necesidades sexuales o afectivas sino porque ante él se ha abierto la brecha del deseo que lo enfrenta con la castración y la muerte. La ficción no responde a la necesidad sino que responde a la violencia de una verdad. [J. D. Nasio: “Transmission et inconsciente.” *Ornicar*, nº 14; 1978.] El deseo está antes que el amor, pero lo que la demanda de amor persigue no es cumplir el deseo sino cerrar la brecha incrementando la acción de las fuerzas represoras.

El fuego que irrumpe en el transcurso de la ficción es de la misma naturaleza de lo que la había fundado y es porque la ficción tropieza con lo

real que el análisis no se reduce a un puro despliegue de ficciones. En esos momentos cargados de tensión, de sufrimiento, es cuando la ficción toma cuerpo al producirse el encuentro de lo ficticio con el cuerpo de la realidad pulsional. El análisis se desarrolla en la ficción, pero en sucesivas detenciones y relanzamientos.

EL AMOR Y EL PASADO

El amor de transferencia es un amor con historia, una historia que nunca acaba, que se da en el presente y que mezcla pasado y futuro. No es posible saber cuándo empezó ya que el sujeto mismo es el producto de la relación amorosa de sus padres y es portador desde su nacimiento de las vicisitudes libidinales de ambos. No hay erigen de la transferencia, y si buscamos en el pasado lo que encontraremos es un mito al que llamamos Edipo, que da cuenta de una satisfacción imposible.

Es una historia que no tiene origen y que nunca termina de realizarse. El capítulo que Ortega y Gasset dedica a la historia del amor finaliza con una nota sobre el amor cortés, un amor que siempre guarda una distancia, que no es compatible con ninguna realización sensual y que es todo .tensión, afán, anhelo. [“Ensayos sobre el amor”]

Que el amor de transferencia tenga su historia no significa que sea la mera reedición de antiguos amores. Freud reconoció que en la transferencia también hay algo nuevo que no se explica por lo ocurrido anteriormente. Nada que pueda ser considerado transferencial es ajeno al encuentro con el analista, siendo por lo demás imposible discernir lo que en todo amor hay de pasado y de presente. Si el analista interroga al paciente sobre sus amores infantiles no es porque vaya a encontrar en ellos el amor original sino, porque el amor que supone de transferencia es uno entre otros y se

integra en una ronda del amor que no tiene comienzo ni fin. M, Neyraut señala que la fuerza de la ilusión de transferencia conduce al analista a creerse la imagen inicial o terminal de una cadena asociativa» mientras que sólo su inserción en la cadena le permitirá situarse. [“La transferencia”; ed. Corregidor; Buenos Aires, 1976.]

Las vicisitudes de la vida amorosa pueden dejar entrever la recurrencia de ciertos rasgos singulares en que se manifiesta la vida pulsional que excede a las relaciones de placer del yo con los objetos y las determina. Los amores de la infancia son una cosa y la sexualidad infantil y la persistencia de los deseos en que ha quedado plasmada son otra cosa. Si algo de los antiguos amores persiste es en cuanto cobertura y manifestación de la obstinación del deseo, ya que no hay amor que no esté sometido a los efectos del deseo inconciente.

El amor de transferencia es un recurso a viejas coartadas tendientes a conjurar la insatisfacción, pero es desencadenado por una situación actual apremiante y no por el empuje de los antiguos amores sobre el presente. La repetición, psicoanalíticamente considerada, no es la reproducción de experiencias efectivamente vividas o simplemente imaginadas, sino que gira en torno de un vacío, de la forma en que ha quedado inscrita la decepción por algo que nunca pudo ser realizado. Esto podrá encontrar en el análisis nuevos significantes en que articularse, nuevas formas de simbolización, y es de esa manera como algo puede cambiar en la vida del paciente.

La persistencia del deseo remite a cierta relación con un pasado que debe su eficacia al hecho de haber sido reprimido. Es un pasado que no ha sido, no localizable en el tiempo y que mal podría ser recordado. “Un pasado non venido”, como dijera Manrique. Ese pasado sólo puede ser en el discurso y tiene la posibilidad de constituirse como pasado en el tiempo del análisis mediante el reconocimiento de aquello que persistía y

continuaba activo por el hecho de no haber estado presente sino reprimido. Lo real es la amnesia, el ser perdido en el tiempo que la memoria alucina o que sé realiza en su muerte cuando algo no dicho termina por decirse, dando lugar a un dicho nuevo. Desde el momento que es reconocido, el pasado pierde su eficacia y queda destinado al olvido.

No se trata entonces de enriquecer el presente con recuerdos que antes eran inaccesibles sino de desligar al paciente de un pasado que no podía olvidar porque estaba malamente reprimido. Reconocimiento de una verdad no es conocimiento de los hechos acaecidos y hacer conciente lo inconciente es una pérdida y no una ganancia. Una pérdida que hará posible una nueva vida del deseo y del amor al ser liberados de la tiranía de las figuras idéales y eternas a las que la libido se hallaba fijada.

RESUMEN

La pulsión sexual se constituye como tal con la pérdida del objeto, que se produce cuando la pulsión se liga a un representante psíquico, El deseo es la representación incesante del objeto que falta y que ningún encuentro en la realidad puede satisfacer. Hay una brecha entre el objeto alucinado del deseo y el objeto de la percepción, diferencia que es el producto de la división del sujeto en sujeto de la percepción y sujeto del deseo. En el amor el sujeto dividido trata de ser uno con su objeto, llenando el vacío que deja la insatisfacción sexual. La persistencia del investimento del objeto es el corolario de la persistencia del deseo insaciable. El amor cubre el deseo pero no se libra de sus efectos; el objeto del deseo queda cubierto, fusionado con el objeto del amor e incluido en la cobertura. Es tarea del análisis volver a hacer la separación entre el objeto del amor y el del deseo.

El amor está entre la representación y la palabra. El ideal amoroso es una forma, una figura imaginaria, a la vez que es tributario de un discurso

circulante en la sociedad que da definiciones del amor en los relatos de historias amorosas en que el amor se inspira.

Amor es un acto de desprendimiento libidinal y de relación a la castración al mismo tiempo que un intento de restitución de la completud narcisística perdida, viniendo el objeto a sustituir un ideal propio no alcanzado.

La transferencia amorosa irrumpe en el análisis cuando el paciente queda siderado por la proximidad de lo “reprimido traumático. Es desencadenada por un acontecimiento de palabra, sea porque el paciente ha dicho algo que no quería decir o por una interpretación inesperada. Si el ser es perdido por la palabra que alude al deseo reprimido, el espejismo del estado amoroso lo restituye en lo imaginario.

El amor de transferencia es demanda de ser amado. Pone al analista en el lugar del ideal del yo del paciente, que trata de volverse amoroso a la mirada del analista y de fijar una imagen ideal de sí mismo. El fracaso del intento de satisfacer las exigencias del ideal por el rodeo del amor y la mediación del analista, puede conducir a una identificación del yo con el ideal —yo ideal— y a la exigencia, esta vez del paciente, de un reconocimiento absoluto de la realidad de su amor.

Enfrentado a la realidad del amor el analista tratará de devolverlo a la escena de la fantasía, transformando la puesta en acto en puesta en escena. Empieza por suponer que ese amor es de transferencia y aguarda sin apresuramientos la oportunidad que le permita vincularlo con otros amores de su paciente. No porque vaya a encontrar en ellos el origen del amor de transferencia sino por la necesidad de restablecer un movimiento, de hacer circular el amor en el tiempo y en las palabras para que pueda decir lo que

quiere decir. El amor es utilizado por la resistencia desde el momento que el paciente defiende tenazmente la realidad de su amor, negando la ficción que vehicula la verdad y con la que necesariamente trabaja el analista. Es porque tiene pensamientos que pueden llegar a ser formulados que el amor de transferencia es algo más que una construcción imaginaria y algo más que una resistencia.

La transferencia amorosa es un recurso a viejas coartadas regidas por el principio del placer y tendientes a conjurar la insatisfacción, pero es desencadenada por la conmoción producida por la proximidad de lo reprimido traumático y no por el empuje de los antiguos amores sobre el presente.

Recibido: junio de 1979.

CARLOS SOPEÑA (Uruguay), psicólogo, se formó en Uruguay y actualmente trabaja en Madrid, siendo miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Madrid. Ha publicado varios trabajos en esta Revista. , :
Dirección: Dr. Fleming 4, 109; Madrid 16.

ENTRE
LA REPETICIÓN Y LA AUSENCIA *

MYRTA CASAS DE PEREDA, DANIEL GIL
Y FANNY SCHKOLNIK

Que algo del “saber” de sí pasaba por la relación con otro, en cuanto el cuerpo y la sexualidad estaban en juego, ya lo sabían los magnetizadores e hipnotizadores.

Todos ellos manejaban el concepto de *rapport* para designar la relación entre hipnotizador e hipnotizado, concepto que utilizaba Mesmer para señalar el *contacto efectivo*, el contacto físico entre los individuos, pero designaba al mismo tiempo el contacto afectivo. *El rapport* constituyó, en distinta medida, un fenómeno cardinal para todos ellos y reconocían su influencia extendiéndose más allá de la sesión y cesando al terminar el tratamiento.

A través de Noizet y Bertrand estos conceptos llegaron hasta Liebault, fundador de la escuela de Haney.

Freud los retoma y les da una nueva dimensión cuando habla de la transferencia. En “Estudios sobre la histeria” habla de *transferencias* describiéndolas como una “*mésalliance*”, un enlace falso: “El deseo actual se encontró unido por una compulsión asociativa a mi persona [...] En esta *méstilliance* a la cual doy el nombre de falsa conexión —el afecto que entra

* Este trabajo fue presentado en el “Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis” hemos realizado en México en 1978. Al publicarlo en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* realizamos modificaciones sólo en aquellos puntos que ya no sostendríamos; otros los expondríamos; de manera diferente en el momento actuar, pero preferimos dejarlos como la expresión -de un momento de nuestra reflexión y evolución.

en juego es idéntico a aquel que ya había incitado a mi paciente a rechazar un deseo prohibido—. Desde que surge esto, pude, cada vez que una persona se encuentra así implicada, postular la existencia de una transferencia y de una falsa conexión. Cosa extraña, los enfermos en tales casos «están siempre engañados.»

Freud dice que es un “enlace falso”: una “*mésalliance*”, es decir una alianza (casamiento, lo sexual) inadecuada, no sólo por error sino porque socialmente es mal visto, porque lo que está en juego es un “deseo prohibido”, es decir, como sabrá luego, un deseo edípico. Pero además de un “error” hay un “engaño”, algo que se juega en el terreno de la ficción; y en cuanto error y engaño, en cuanto ficción, hay que rechazarlo porque oculta la verdad.

Freud enfrentado a la histeria tiene que abordar el problema de la ficción, de la representación y de la sexualidad. La vinculación de estos hechos no era nueva en la misma Viena, Moritz Benedikt lo sostenía.

La revolución de Freud en este campo, luego del descubrimiento del Edipo, es que cuando el paciente produce la falsa conexión, la *mésalliance*, que engaña y se engaña, en que representa un papel, en ese momento emerge algo de la verdad (el sentido de los síntomas, el determinismo de los hechos psíquicos). Sólo representando ante otro algo que no es, sólo en la ficción, dice lo que es, pero esto que representa ni siquiera es algo nuevo, es una repetición que está en relación con el rechazo que ya había realizado del deseo prohibido.

Pero el estatuto psicoanalítico de la transferencia sólo lo logrará luego del “fracaso” con Dora. Antes era el enlace falso, el error, luego pasará a ser el instrumento más poderoso de la técnica psicoanalítica.

En Dora dice:

“¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las emociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse concientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico. Hay transferencias de estas que no se diferencian de sus modelos en cuanto al contenido, salvo en la aludida sustitución. Son entonces, para continuar con el símil, simples reimpresiones, reediciones sin cambios.”

Algo del pasado —desconocido como tal— se hace presente, se vive como actual, se “convierte” en real algo potencial. Pero esta realidad se hace en otro lugar —otra escena se crea en tanto se presenta— y ante otra persona, pero esta “otra persona” en realidad no es otra persona, sino que es el Otro. [“Other person” traduce Strachey allí donde Freud habla del Otro (Carta 52). Como se verá más adelante el concepto de *Otro que* utilizamos aquí es el de Freud. Si bien Lacan se inspira en él y existen algunos puntos de contacto, el desarrollo que le da y el enmarcamiento de su teoría le hace adquirir un sentido totalmente diferente, no asimilable al de Freud.]

Es precisamente por lo que se hace presente en otro lugar y ante alguien que es el Otro, que analista y paciente se ubican en la “otra escena”, la escena del Edipo. Estos elementos, de acuerdo con Freud, son característicos de la transferencia.

La transferencia, como su etimología lo dice, da idea de un espacio que se recorre (trans), llevando (fere) algo más allá; algo se transfiere; pero este paso implica un límite que se franquea, una transgresión (gredi: paso, camino). Se “infringe” lo prohibido que tiene que ver con los deseos edípicos. Transferencia y transgresión están asociados por cuanto son los mismos deseos los que los mueven; son ellos mismos lo que llevan a la

repetición que se da en un escenario cuyos personajes permiten que algo se represente.

Es esta posibilidad de repetición lo que tanto tiene de atracción, fascinación y horror. Freud ya lo decía refiriéndose a la tragedia griega: “Cada uno de los espectadores fue una vez en germen y en sus fantasías un Edipo semejante y ante la realización onírica, trasladada aquí a la realidad, todos retrocedemos horrorizados, dominados por el pleno impacto de toda la represión, que separa nuestro estado infantil de nuestro estado actual.”

Esa “otra escena” que se desarrolla en la situación analítica (escenario) posibilita que algo se *represente*, y tal como en el teatro y el sueño, allí algo del inconciente se expresa. [A diferencia de Lacan, quien habla del Ices como la “otra escena”, para Freud —siguiendo a Fechner—, el sueño es “la otra escena”, pero el sueño no es el Ices, sino justamente el resultado de una transacción entre el deseo inconciente y la represión. Aquí rescatamos este sentido.]

Pero allí, “Como lo ha dicho el gran poeta empleando su privilegio de embellecer (sublimar) las cosas: «Y surgen siluetas amadas / tal que antiguas ya medio borradas leyendas / vienen a mí el primer amor y la primera amistad.» Pero surgen también los primeros temores y los primeros odios. Muchos tristes secretos de la vida se retrotraen aquí a sus primeras raíces; quedan revelados los humildes orígenes de muchos orgullos y tantos privilegios.”

Es a partir del autoanálisis y de lo que aprende con sus pacientes —y ya sabemos lo relacionados que estaban ambos—, como Freud inventa la situación analítica que funciona, de acuerdo a M. Kahn, según tres ejes:

- 1) el encuadre del análisis
- 2) la transferencia
- 3) las interpretaciones

M. Kahn dice que el encuadre analítico procura al paciente, un espacio, un-tiempo y la presencia del analista. De este modo el paciente tendrá la posibilidad de hacer la experiencia de *ser* (being). A través de la transferencia el paciente llegará a *experimentar* por sí mismo; y las interpretaciones, unidas al ser y al experimentar, darán la posibilidad de *conocer*.

Estos tres elementos son tres ejes de un todo único porque el encuadre crea el lugar para el desarrollo de “algo”, es el escenario en cuanto allí se desarrollarán los sucesos que mueven la transferencia, sucesos que son movidos porque la transferencia existe, y a su vez es ésta que hace que haya interpretación y le da parte de su fuerza. Es porque la transferencia está en juego en *toda* interpretación que la interpretación psicoanalítica no es una hermenéutica.

Este escenario provoca una disimetría —de la que nos habla P. Pedida— que confiere a la escucha psicoanalítica el poder de oír lo inaudible (e inaudito). “Esta disimetría —el diván y el sillón— es la condición misma para que el tratamiento acoja el juego de las ilusiones bisexuales, pero sin quedar cautivo ningún momento en su seducción; es pues la condición, teórica y técnica, para que la castración, allí, no sea desmentida.”

Esta disimetría, del lugar; la posición; de “tener” que decir todos los pensamientos, frente al oír y hablar cuando se crea oportuno; la de pedir (demandar) frente al rehusar y frustrar, etcétera [ver Mannoni, O.],¹⁹ otorgan al analista un poder y todo poder tiende a ser absoluto, tal como lo señala Pontalis. Lo que diferencia al analista, en este aspecto, del chamán, del magnetizador, del hipnotizador, es *el manejo de ese poder*. Si tienen el poder es que alguien, sabiéndolo o no, se los otorga; poder *de* lo imaginario.

El poder del analista, por el contrario —como dice Mannoni— es un poder, no de lo imaginario sino *sobre* lo imaginario, es “el poder” de lo simbólico, que consiste en no hacer uso de ese poder, y al no usarlo, desenmascararlo como forma de desconocimiento (resistencia) y de engaño. Pero al mismo tiempo se debe reconocer que si ese poder no existiera el analista no estaría donde está, porque ese poder es el poder que crea la transferencia. El analista no es el sujeto que sabe, sino que es “le sujet supposé savoir”, el analista no cree, no hace creer que sabe, pero —siguiendo la feliz expresión de F. Roustang— “deja creer”. Esto es lo que permite la interpretación; por ello siempre se interpreta en la transferencia y a veces se interpreta *a* la transferencia, cuando es resistencia. [Puede verse el desarrollo y la implicancia de todas estas diferencias en el valioso libro de S. Viderman, “La construction de l’espace analytique” —Denoël.]

La transferencia se desarrolla porque el analista “se presta”, según la expresión de Nassio, es decir se ofrece como objeto de la pulsión, pero no actuando desenmascara la ilusión. La interpretación de la transferencia permite el uso de la misma y desecha el lado de abuso que implica transgresión. Es el mismo encuadre quien se constituye como equivalente de la prohibición del incesto, “con su palabra prohibidora caracteriza la relación analítica como incestuosa”. El encuadre es protección y amenaza.

Encuadre e interpretación se complementan: “El encuadre es el que funda el poder de la interpretación, la interpretación la que funda la legitimidad del encuadre.”

Esta copertenencia del encuadre y la interpretación crean el ámbito para” el desarrollo de la transferencia en su dimensión de sentimiento y palabra, no de acto, de experiencia en su articulación con el saber y el conocer, “introduce un espacio entre la fuerza y el sentido, entre la

dificultad de simbolizar y el poder de lo simbólico: crea un espacio interior de simbolización”.

Es entonces en el escenario (re)creado por el encuadre donde el analizando representa ante el Otro.

Pero, ¿quién es el Otro en Freud? Dado que el Otro no forma parte de la doctrina, ni de la teoría analítica freudiana, para entenderlo y conceptualizarlo tendremos que hacerlo desde un campo teórico donde el otro sí forme parte de la teoría, pero con ello no intentamos hacer una reducción, ni una asimilación sino una comprensión a partir de los textos de Freud y de lo que nos puede alumbrar la teoría lacaniana.

En la invaluable carta 52 Freud dice: “Los accesos de vértigo y de llanto están todos dirigidos a ese Otro, pero sobre todo a ese Otro prehistórico el inolvidable que nunca pudo llegar a ser igualado. Así también se explica el síntoma crónico del reposo compulsivo. Uno de mis pacientes todavía sigue gimiendo en sueños tal como lo hacía mucho tiempo atrás para que *la madre* —que murió cuando contaba él veintidós meses— lo llevara consigo a la cama” (subrayado nuestro).

Pero nos interesa destacar el de la carta 18 (no publicada en la recopilación de “Los orígenes del psicoanálisis” y que da a conocer Max Schur): “No es un favor extraordinario el que tengo de poder disponer de cinco horas por año aproximadamente para intercambiar ideas contigo, mientras no pueda prescindir del otro, y tú eres el único Otro, el *á lter*.” Y el de la carta inédita del 18.IV.898: “Soy inmensamente dichoso de que tú me hagas el regalo de un Otro... No puedo escribir si carezco totalmente de público pero puedo muy bien contentarme escribiendo para ti solamente.” Este Otro reaparece en la carta a Heinrich Gomperz del 15.11.899, donde dice: “Se puede obviar este obstáculo y perdonarme la indiscreción con que tendría que exponerle y los desagradables efectos que, probablemente,

despertaría en usted, en una palabra, si está usted dispuesto a aplicar el incontrovertible amor filosófico hacia la verdad a su vida interior, tendré mucho gusto en representar el papel del *Otro* en este caso.” Y en carta a Jung del 2.IX.907: “Para tranquilizarme me digo que es mejor para la causa, que usted, en cuanto el *Otro*, el segundo [...]”— (Véase Grannoff: *Filliations*; ed. Minuit.)

Este Otro aparece con total claridad en la carta a Ferenczi del 13.XII.931, donde le dice que “No tendrá más remedio que escuchar una admonición brutalmente paterna...” y que “al menos he hecho todo lo que pude en mi papel paterno” (E. Jones). “El padre y la muerte son a justo título identificados.” (Carta a Abraham.)

Esta serie de textos de Freud permiten distinguir diferentes aspectos del Otro, desde el Otro absoluto de la carta 52 y aspectos de la relación con Fliess (“el único Otro”), hasta el otro que aparece en la carta a Gomperz, el Otro en relación con quien emerge “la verdad de su vida”, o el aspecto del Otro en cuanto representa la ley, que se aprecia en la carta a Ferenczi .(justamente relativa al manejo que éste estaba haciendo de la transferencia, transformándola en transgresión).

De estos diversos Otros se pueden comprender aspectos diferenciales a partir de los tres tiempos del Edipo puestos de relieve por Lacan, desde formas y productos de lo imaginario hasta el Otro simbólico en relación con la verdad y la ley.

Es ante el Otro que el sujeto re-presenta, es decir, vuelve a presentarse ante..., como si sólo pudiera ser ante otro.

Se representa en el mundo de la ficción, pero ficción que oficia como mediación pues es a través del otro, alienándose en él que puede (re)encontrarse. Ser sí-mismo es retorno a partir de la propia alienación, decía Hegel. Para que este retorno sea posible el analista tiene que estar en el lugar del Otro que (también) “está dispuesto a aplicar el incontrovertible amor filosófico a la verdad de su vida”.

El representar es volver a ser, pero por estar ante otro que oficia como mediador sólo se es en cuanto existencia. Existir es salir, nacer, aparecer, tejer su historia. [Existir, del latín *existere*, salir, nacer, aparecer, derivado de *sistere*: colocar, derivado del griego *ístem*., yo coloco, que proviene de *iston*, tejido, telar]

El existir, como devenir, incluye una ausencia: la del pasado que fue, la del pasado que no fue, la del presente que no es, “lo del presente que ya...”, la del futuro que será y la del que no será ya nunca. Es por esta ausencia que “el estar”, al apuntar hacia lo que no (se) es, ni se tiene, da origen a la ficción y a la ambigüedad de la relación analítica.

Pero el que representa, ¿qué es sino personaje? [personaje: máscara de actor; compuesto por el prefijo *per*, de intensificación, y *sonare*, sonar], máscara colocada no (sólo) para esconderse, sino para (re)presentarse emitiendo un sonido que es voz, que por acción de la cultura (la ley), por acción del lenguaje, se hace vocablo (palabra) y llamada (vocare). De ahí la eterna vocación (acción de pedir): el primer llamado es ya un primer pedido en donde está en juego la palabra que evoca (recuerdo), e invoca (al

El verbo SER resulta de la fusión de dos verbos latinos. La mayor parte procede del latín ESSE, pero las formas impersonales provienen del latín SEDERE, estar sentado, que debilitó su sentido hasta convertirse en sinónimo de ESTAR y luego de SER. La fusión de los dos verbos se produjo por la confusión fonética de SEDERE y ESSE. Por una parte SEDERE tendió fonéticamente a SER y por otra ESSE tendía a perder la vocal átona en todas partes (Corominas). El presente, así como el indicativo, el potencial, provienen de SEDERE. Presente es “estar sentado ante otro”. Monlau —de acuerdo con Vico— sostiene que el primer sentido de la palabra EST-SUM es: come, bebe, existe.

objeto). Demanda el primer objeto, aquel que siempre se buscará reencontrar. Así la palabra, emergiendo del seno mismo del desgarramiento del individuo lo instauro como objeto; pero la palabra —cuerpo evanesciéndose— llama un objeto que nunca existió en (la)realidad (material).

Este objeto, que es el que en la transferencia “se actualiza”, es un objeto imposible no sólo por su pertenencia al pasado y por la prohibición que sobre pesa, sino también porque lo que se busca *es la huella* del objeto primero p(el pecho y la madre) que se ha constituido “en paradigma de todo vínculo de amor”, tal como Freud lo afirmó en “Tres ensayos sobre una teoría sexual”, agregando que “[el varón] persigue ante todo *la imagen mnémica* de la madre tal como gobierna en él desde el principio de la infancia [...]”, H “modelo *inalcanzado* de toda satisfacción sexual posterior” (Conferencias de 1 Introducción al Psicoanálisis); y en carta a Ernest Lothar, quien consulta a Freud por la desaparición del Imperio Austro-Húngaro dice (citado por H. Ellenberger): “Me he sentido emocionado al saber de la muerte de su madre, pero usted continúa viviendo. La madre es el país natal de cada uno; que la sobrevivamos es un hecho biológico, puesto que la madre muere antes que sus hijos [...] Siempre llega el momento en que el adulto se vuelve huérfano. El país no existe más —dice usted—, *puede ser que el país en el cual usted piensa no haya existido jamás* y que usted y yo nos hayamos engañado.” (Subrayados nuestros)

Toda demanda se asienta sobre una doble ausencia: la del ser humano constituido en cuanto existente, es decir, ausentado de sí-mismo para retornar la sí, pero ya desgarrado (“el hombre es el ser más alejado de sí mismo”, decía Nietzsche), y la del objeto deseado que remite siempre, y en definitiva, a un objeto-modelo, a una realidad psíquica en relación con un objeto real inscrito y transcrito por la pulsión en varias huellas mnémicas;

objeto doblemente ausente porque se lo llama porque no está, pero además porque no ha sido. Ausencias dobles que son origen, fundamento y causa del lenguaje que los marcó como ineluctables ausencias-presentes. Así el ser humano, demandante eterno, se constituye en repetidor constante. [Repetir: volver a pedir.]

La transferencia, que es repetición, insistencia del inconciente, dice algo que es un disfraz, un engaño y al mismo tiempo dice la verdad y esta es la única forma que tiene de decirlo. No sólo el sueño figura el deseo como cumplido.

La situación analítica es el lugar donde emerge la pregunta sobre el deseo, pregunta originada por la propia insatisfacción, pregunta suspendida e irrespondible por ser el deseo movimiento.

El hombre rodando entre palabras, cantos rodados, a través del lenguaje, ubicado en la brecha del desgarramiento del ser, al simbolizarlo denota sus ausencias, cuerdas sobre abismos. Es enfrentando a la incompletud, a la castración bajo sus diferentes formas, donde el ser humano queda negado como individuo y se asume como sujeto. En esa carencia de ser, la ausencia de la unidad, el deseo irrealizable, la existencia, que hace que “el análisis, tal como lo quiere Freud, no sea una versión de acuerdo a una matriz cultural, sino *subversión* de esa matriz; al hacerse historiador de sus propios orígenes se f transforma en de-constructor” (C. Backés). Por eso Freud escribirá a Romain Rolland en marzo de 1923: “Gran parte del trabajo de mi vida —soy diez años más viejo que usted— ha transcurrido intentado destruir mis propias ilusiones y las de la humanidad.”

La transferencia —cruz y palanca—, al permitir la repetición descubre la f ausencia, creando el espacio de la desilusión.

BIBLIOGRAFÍA

1. BACKÉS CLEMENT, C.: *Continuité mythique et construction historique. Freud*. “L’Arc”, N° 34.
2. COROMINAS, J-: “Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana”. Ed. Gredos,
3. CORRESPONDENCIA FREUD -TUNG: Carta del 2.IX.907- Ed. Gallimard.
4. CORRESPONDENCIA FREUD -PFISTER: Carta N° 19 del 5.V.910. Carta del 6.X.910. Ed. Gallimard.
5. DONNET, J. L.: *Le diván bien temperé*. “Nouv. Rec. de Psych”, N° 8 Ed. Gallimard.
6. ELLENBERGER, H.: “El descubrimiento del inconsciente”. Ed. Gredos.
7. FEDIDA, P-: *D’une essentielle dissymétrie dans la psychanalyse*. “Nouv. Rev. de Psych”, N° 7. Ed Gallimard.
8. FREUD, S : “Estudios sobre la histeria”. O.C.T.S.
9. FREUD, S.: “Análisis fragmentario de una histeria”. *Obras completas*, t. III Ed. Biblioteca Nueva.
10. FREUD, S.: “Tres ensayos para una teoría sexual”. *Obras completas*, t. IV. Ed. Biblioteca Nueva.
11. FREUD, S.: “Historia del movimiento psicoanalítico”. *Obras completas*, t. V. Ed. Biblioteca Nueva.
12. FREUD, S-: “Más allá del principio del placer”. *Obras completas*, t. VIII. Ed. Biblioteca Nueva.
13. FREUD, S.: “El nacimiento del psicoanálisis”. *Obras completas*, t. IX Ed. Biblioteca Nueva.
11. FREUD, S.: *Epistolario*. Ed. Biblioteca Nueva.
15. GRANOFF, W.: “Filliation”. Cap: *L’Autre chez Freud et dans l’analyse*. Ed. Minuit.

10. JONES, E.: “Vida y obra de Sigmund Freud”. *Obras completas*, t. III. Ed. Paidós.
17. KHAN, M.: *Le cadre thérapeutique de Freud*. “Nouv. Rev. de Psych.”, N°1, Ed. Gallimard.
18. KHAN, M.: *Vicissitudes de l’Etre, du connaitre et de l’éproucer dans la situation analytique*. En: “Le Soi Caché”. (The Privacy of the Self). Ed. Gallimard.
19. MANNONI, O.: *Astolfo et Sancho*. “Nouv. Rev. de Psych.”, N° 8. Ed. Gallimard.
20. MOLINER, M.: “Diccionario del uso del español”. Ed- Gredos .
21. MONLAV, P.: “Diccionario etimológico de la lengua castellana.” Ed El Ateneo.
22. ROUSTANG, F.: *Un destin si funeste*. Ed. Minuit.

**TRANSFERENCIA:
LA TEMPORALIZACION***

**Por
SAÚL PACIUK**

A Ezra Heyznann,
maestro y amigo

I El término transferencia no pertenece al campo del psicoanálisis y el I fenómeno, como lo señala Freud, aparece en muchas otras situaciones. Pero mientras en ellas “no es reconocida como tal”,³ en el análisis “la transferencia se descubre”² “se revela y se aísla”⁸ así: “en el curso del tratamiento analítico se establece una relación afectiva especial del paciente con el médico, la cual traspasa toda medida racional”.⁷ Relación especial que configura una especie de malentendido, de “falsa conexión”¹ que el analizando comete en su *percepción del* y en su *trato con* el analista. Falsa porque ignora la “situación real”,¹⁰ de aquel que es *en realidad*.

Este descubrimiento supuso un salto valeroso que sólo podía dar una visión desembarazada de narcisismo, condición para no quedar *tomado* por el malentendido —en el marco de lo que ahora llamaríamos identificación proyectiva— y entrar en el circuito de actuación que la transferencia promueve, convirtiéndose el analista en el personaje que la falsa conexión concita.¹⁸ Condición, también, para llegar a aquilatar la medida en que Breuer “no logró comprender la índole impersonal de ese proceso”,⁹

• Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis
•

proceso que se inicia con la crucial pregunta del analista por su función, asumiendo que puede no ser la obvia y que hay una distancia entre *él mismo* y *ese* por quien se pregunta.

Fundado en su contratransferencia, el analista se encuentra entonces con que esto que está pasando con el analizando, pasa con *otro*, que hay *otro* entre ambos. ¿Quién?

La relación que se instaura “toma todas sus peculiaridades de actitudes eróticas anteriores, tornadas inconcientes, del paciente”⁷ “La transferencia designa así la notable peculiaridad que presentan los neuróticos de desarrollar hacia su médico vinculaciones emocionales, tanto afectuosas como hostiles, que no están fundadas en la respectiva situación real sino que proceden de la situación parental”.¹⁰ Por este camino la transferencia, lo actual, encuentra su razón en el pasado, una razón que le quita la inadecuación con la que primero se viste. Y, a la vez, se vuelve *otra manera* de recordar, en acto y no en palabras, al reconocerse que este *otro* es la reiteración de alguno de los personajes entre los cuales el analizando ha ido gestando su peripecia.

En un nuevo giro genial, el “obstáculo” que representa la falsa conexión se transforma en manos de Freud: la transferencia ahora puede ser analizada en lugar de actuada.

II Recapitulemos. “¿Qué son las transferencias? Reediciones o productos facsimilares de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos concientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo, toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobra vida de nuevo, pero ya no como pasado sino como una relación actual con la persona del médico. Alguna de estas transferencias se distingue de su modelo tan sólo

en la sustitución de la persona. Son pues, insistiendo en nuestra comparación anterior, simples reproducciones o reediciones invariadas.” 2 “La transferencia no es por sí misma más que la repetición y la repetición es la transferencia del pasado olvidado.”4

Consecuentemente, “El medio de vencer la transferencia es demostrar al enfermo que sus sentimientos no son producto de la situación del momento ni se refieren, en realidad, a la persona del médico, sino que repite una situación anterior de su vida. De este modo le forzamos a remontarse desde esta repetición al recuerdo de estos sucesos originales”,5 en un tránsito que desanda el que llevó a la producción de la transferencia. Del efecto a la causa, de la falsa conexión, del error, a la verdad escondida.

Así pues, algo *hecho* y concluso, aislado, pasado, aun en su carácter de haber tenido una “evolución psíquica incompleta”, 3 es repetido luego de cierto silencio. De alguna manera esto anterior debe haber quedado registrado y conservado, como huella o marca, para que sea posible su posterior reproducción. Como ocurre con las fotografías, los expedientes, o mejor, con las palabras en el diccionario, esto es, todas definidas y presentes a un tiempo y cada una con sus varias acepciones.

Se comprende el éxito del modelo, de la “imagen”. Pero es necesario explicar todavía qué mueve a estas imágenes, en sí mismas inertes, su puesta en marcha y su reproducción, qué le aporta la energía necesaria. De lo cual tenemos por lo menos dos versiones: “La libido ha emprendido, total o parcialmente, una regresión y así ha reanimado las imágenes infantiles”;3 o bien se trata de una fuerza peculiar, la “compulsión y la repetición”. 6

¿Cómo no oír aquí los ecos de un pensamiento cuyo ejemplo es la teoría del trauma y su causalismo mecanicista, que separa energía y materia?

En un momento, en el pasado, está la causa, la razón suficiente, el motor. Hallado, se posee una explicación que vuelve inteligible lo que se muestra en la falsa conexión. Lo que además acuerda con el ideal del inocente analista espejo, que nada ha puesto de sí en la falsa conexión, que apenas interviene para desenmascararla.

Algo como un sujeto dador de respuestas individuales a estímulos singulares está detrás de la idea de la falsa conexión. Es falsa en cuanto se postula que para cada estímulo el sujeto puede dar una respuesta diferente. Y en tanto se posea algún criterio, necesariamente exterior, que permita considerar cuándo un estímulo difiere de otro y cuándo se confunde con él. A un mundo atomizado, articulado en instantes aislados, poblado de estímulos infinitos, debe corresponder un sujeto sin el peso de una historia, con una apertura ilimitada y un repertorio de respuestas correlativo. La transferencia representa un bloqueo en esta disponibilidad. Disuelta, el sujeto ingresaría en el reino de la pura objetividad y entonces sí tendrá acceso a la “situación real” y sus sentimientos se referirán, “en realidad”, a la persona del médico.

Pero, ¿es sostenible tal atomismo y es la puntualidad algo que tiene alguna forma de confirmación? Más bien no. Los estímulos se organizan en clases, los sentidos suponen una clasificación y una generalización: cada integrante de una clase se convierte en representante de ella. El repertorio de respuestas no es infinito y ellas están modalizadas. La contingencia, el error, la falsa conexión, no son meros accidentes sino por cierto el rasgo más notorio de nuestra condición.

Por otro lado, la puntualidad y la pura disponibilidad tampoco pueden concebirse en el sujeto. Su inserción en cualquier situación está configurada por su experiencia previa y ésta es tan irrenunciable como es de imposible un acercamiento que no esté fundado en alguna forma de experiencia ya tenida que, al transferirse, le dice de qué clase de fenómeno se trata y qué debe hacer, si acercarse o huir. Lo “pasado” se vuelve aquí medio y preparación para el trato con lo real y no obstáculo que lleva a la conexión desvalorizada por “falsa”.

Es de preguntarse todavía cuál es el lugar de la “realidad”; si ella no es algo que se aparece por el solo hecho de abrir los ojos, puesto que hay falsas conexiones y la repetición que falsea la conexión sólo es visible como tal para el analista y hasta ser comprendida por el analizando, este afirmará su sentimiento como respondiendo a lo real. ¿Estará la realidad al cabo de la disolución de la transferencia? Pero, ¿qué asegura que no estamos entonces en otra modalidad de transferencia, si más bien parece que “los sentimientos transferenciales no pueden ser diferenciados estrictamente de los que se refieren a otra persona como tal y no como sustituto parental”? 12

El camino de la mera repetición y del pasado formado por unidades discretas que son causa que explica, se vuelve poco transitable. El que fuera el camino que Freud recorrió de modo más notorio no es argumento suficiente para hacer olvidar que, como todo camino, tiene un punto de partida concreto y que éste lo condiciona y que son posibles otros arranques. Ni para hacer olvidar que alguno de estos arranques tiene origen en los claros que deja la interpretación *oficial* de la obra de Freud.

III En el mismo texto en el que afirma la repetición,⁸ Freud habla de “un clisé o una serie de ellos, repetido o reproducido luego regularmente, a través de toda la vida, en cuanto lo permiten las circunstancias exteriores y la naturaleza erótica de los objetos asequibles, pero susceptible también de alguna modificación bajo el influjo de las impresiones recientes”.³

Hablar de clisés es hablar de estereotipos y hablar de series es hablar de secuencias de conductas que van dibujando *estilos* de relacionamientos. De este modo la relación aparece modalizada, estructurada según ciertos padrones, al modo de los objetos internos, introyectados como conducta de alguien.

De aquí a pensar en estructuras ordenadoras de estas posibles modalidades hay un paso que es el que da Melanie Klein con su concepto de posición. ¹⁴ Una vez determinados los modelos de relación, se trata de identificar en la relación actual el modelo al que se adscribe.

Por un lado, las relaciones de objeto serán estructurantes de las peripecias que constituyen la vida humana, pero a la vez hallamos ciertas estructuras (esquizo-paranoide y depresiva) en el modo de darse esas relaciones. Y también un proceso (de lo esquizo-paranoide a lo depresivo) en el modo de articularse entre sí esas figuras que devienen momentos.

El problema de lo real y de la falsa conexión dejan su lugar. El analista pasa a significar según la relación en la que aparece involucrado y esto es ahora lo real. No hay tampoco nada como inscripciones, huellas, reapariciones que siguen a alguna forma cíclica latencia. Las relaciones de objeto que conforman las posiciones tienen una existencia permanentemente activa, aun cuando no sean visibles y deban esperar la mirada del analista para que sus señales se ordenen en un sistema y tengan nombre.

La neurosis de transferencia “se origina en los mismos procesos que determinaron las relaciones de objeto en los primerísimos estadios”. 15 Transferencia ya no trata de una distorsión del presente por invasión del pasado que se repite, sino de una estructura que, como tal, es una *constancia*. No hay repetición ni compulsión sino permanencia de la estructura a la que responden la situación actual y las del pasado.

La transferencia apareció antes como un movimiento retrospectivo, en el cual lo actual perdía entidad y se disolvía en dirección a un pasado. Ahora el presente adquiere tal relevancia que hace ocioso el recurso al pasado, el que se convierte en un auxilio más o menos necesario para ilustrar mejor lo actual. Todo pasado es convocado por el presente, y no hace más que hablar de lo actual, de la relación con el analista. El cómo es ella en sus múltiples facetas se comprende a través de las fantasías que la sustentan y el “pasado” es una de ellas: “toda historia es historia contemporánea”.

Algunos hitos de esta revalorización de lo actual están ya en Freud. Así dice de la transferencia que “toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobra de nuevo vida, pero ya no como pasado sino como relación actual con la persona del médico”. 2 Con claras ventajas prácticas para esta actualidad, porque “esta nueva edición de la antigua dolencia ha nacido ante los ojos del médico, el cual se halla además situado en el propio nódulo central de la misma y podrá, por lo tanto, orientarse más fácilmente”.5 La realidad es ahora la realidad del análisis y no una realidad exterior, pasada, es lo que pasa *aquí, ahora y conmigo*. Es que “la inmediatez engendra la convicción”.13

“La transferencia crea así una zona intermedia entre la vida y la enfermedad.” “El nuevo estado ha acogido todos los caracteres de la

enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial, asequible por todos lados a nuestra intervención. Al mismo tiempo es también un trozo de vida real, pero provisorio.”⁴ Si faltaran otras razones para atender a esta realidad actual, esta sería suficiente: “Nadie puede ser vencido en ausencia o en efigie.”³ El análisis se hace ahora sobre algo *material*, lo que ocurre entre analista y analizando, aun cuando este material está nutrido de fantasías. Y es aquello que, por ser lo real, es lo único modificable.

En este proceso ocurre otra forma de transferencia, de dirección inversa a aquella de la que partimos: las modificaciones que surgen en la relación actual son capaces de operar modificaciones en otras relaciones. “La curación de esta nueva neurosis artificial coincide con la de la neurosis primitiva, objeto verdadero del tratamiento, quedando así conseguidos nuestros propósitos terapéuticos.”⁵

Klein hace algo más explícita esta forma de transferencia, por la diferencia entre símbolo y ecuación simbólica. Así como la proyección o la identificación proyectiva conforman la relación transferencial, la introyección permitirá la modificación de la relación de objeto transferida. La relación con el analista supone que el analista representa el objeto de las relaciones, pero éste *responde* de otra manera y no como el objeto esperado, no entra en el circuito de la actuación. Esta no-realización de la expectativa permite hacer experiencia de relación con el objeto como diferente y lleva a descubrir en el objeto original aspectos que no habían aparecido en su momento. Y aun descubrir la complicidad del sujeto en que el objeto fuera tal cual es transferido y no tal cual aparece ahora, descubriendo el deseo del sujeto que el objeto tal cual fue transferido no hacía sino *realizar*, esto es, *actualizar*.

IV La transferencia es *actualización*, y esto es actuación, puesta en acto de algo, sea esto huella, disposición o estructura. Con la transferencia “se actúa un fragmento de los recuerdos y fantasías en lugar de reproducirlos verbalmente en la cura”. 2 “El enfermo queda obligado a repetir lo reprimido como un suceso actual en vez de, según el médico desearía, recordarlo como un trozo del pasado.”⁶

Entre recuerdo y acto, lo actual y lo inactual, ¿hasta dónde hay oposición y no se trata más bien de la manera esencial de recordar que la transferencia, en cuanto *actualización*, estaría ejemplificando?

La reflexión nos enseña, en efecto, que *no hay manera de recordar sino en acto*, que la rememoración no tiene lugar sino realizándose, en una actualización. Recordar una tonada *equivale a ejecutarla* y esto supone algo que es todo lo contrario de algo presente todo a un tiempo, como en un archivo de imágenes fotográficas, o en el diccionario. Pensar un movimiento implica la estimulación, así sea en esbozo, de los músculos que intervienen en su ejecución y pensar una palabra es inseparable del poner en marcha su pronunciación. Así también, oír y hablar se implican.

Las formas de notación, huelgas, signos o grafías, resultan ser engañosas para la comprensión del problema del recuerdo. La notación no sustituye a la realización, sino que apenas la abrevia haciendo innecesaria su consumación. Basta la notación, como señal, para saber ya de qué se trata —como basta la estimulación que da inicio al movimiento—, y saber de qué se trata es saber que podemos completar el movimiento y pronunciar la palabra.

Si esta consumación puede volverse innecesaria, es porque nos sabemos con la facultad de hacerla, es porque *disponemos* de esa palabra disponiendo de la posibilidad de pronunciarla. Tenemos adquisiciones, disposiciones. Por ellas podemos continuar con el asunto sin detenernos en la interrogante frente a cada una de sus instancias y giros de presentación, ante cada una de las palabras que usamos u oímos. Es esta una palabra *hablada*. Pero también tenemos una palabra *hablante*,¹¹ que ocurre cada vez que una palabra deja de funcionar en un contexto y nos preguntamos por su sentido o pertinencia. Entonces la pronunciamos morosa y cuidadosamente, la rehacemos, se nos vuelve espectáculo, la descubrimos. Con ello lo que hacemos es *interpretarla*, en todos los sentidos del término: la encarnamos, la actuamos y le damos sentido, el apropiado al contexto de que se trata.

Nada diferente de una interpretación ocurre en la transferencia. En ella el analizando, como un actor, actualiza un papel y convoca al analista a desempeñar el suyo personificando un cierto objeto, da un sentido a la relación y las interpretaciones tienen como texto las fantasías, de las cuales el pasado es un caso particular.

La relación entre acto y recuerdo aparece como una relación esencial y lleva a poner en cuestión todas las apelaciones a la teoría visual de la memoria y el abuso de la imagen, sea visual o no. Más bien nos hallamos ante actos que sólo existen cumpliéndose, lo que es lo contrario a una imagen que tiene todos sus detalles presentes a un tiempo, aun cuando nos exija un tiempo contabilizarlos todos. Más allá de esto, se trata no de una función intelectual, sino de un ejercicio de nuestro ser encarnado, que nos coloca antes del cartesianismo.

La relación entre transferencia y actualidad puede entenderse como la relación entre disposición y actualización, entre lo expresado y la expresión. El pasado transferido es lo pre-existente, aquello de lo que disponemos para entender y encarnarnos con lo actual, la experiencia ya tenida a través de la cual proponemos una hipótesis para la situación actual. Tanto como lo transferido, lo expresado existe *antes* de su expresión. Pero, ¿en qué sentido es esto cierto?

Puede pensarse que, se exprese o no, ya está hecho, definido y concluso, y que podría hacerse un inventario de los rasgos de esto a expresarse, como el diccionario hace el inventario de los sentidos de un término. Que además esto a expresarse es la causa de la expresión, la que sólo le agrega a lo expresado al hacerse público, pero que no lo necesita para conocerse a sí misma. La expresión podía ser necesaria por otras razones (alivio de tensión por ejemplo) pero lo expresado no lo necesita. Esto a expresarse explica lo expresado en el marco de una *descarga*.

Ahora bien, esta idea de que lo expresado no necesita de su expresión no se funda tanto en que algo nos hable de que el expresado existe hecho y concluso antes, sino más bien en que, en la operación expresiva, pueden reconocerse dos etapas. En una, se trata de la creación, del momento del hallazgo de algo, y aquí la expresión está tan unida a lo expresado que *no sabríamos de qué se trata sin su expresión*: ella le da cuerpo y existencia a algo que *antes* no lo tenía ni existiría sin ella. En el segundo caso, se trata de aquello de lo que disponemos, de las expresiones ya logradas y que hemos incorporado. Aquí lo expresado pre-existe pero en el sentido de que disponemos de sus formas de expresión. Además reconocemos en varias expresiones un mismo contenido expresado, disponemos de varias maneras de decirlo. La preexistencia de lo expresado radica en estas varias

posibilidades, en que lo expresado no necesita de *esta expresión*. Pero no se trata de que pre-existe algo ya hecho, sino de disponer de otras posibilidades de decirlo. Y de allí que esta expresión actual aparezca como contingente a algo expresado.

Lo mismo ocurre en sentido inverso, si vamos de la expresión a lo expresado no hallamos algo único, cerrado, discreto, sino más bien un abanico. Desde que a una misma expresión se adscriben variados contenidos, desde que admitimos la sobredeterminación. Y de este abanico no hay inventario posible, porque cada uno de sus términos, cuando lo atendemos, a su vez se abre y remite a un fondo de existencia sobre el cual tenemos apenas un *dominio sumario* y nada parecido a una posesión.

Una misma “causa”, un mismo motor, da lugar a numerosas consecuencias, un mismo “efecto” reconoce una multiplicidad de causas. La cadena se forma a partir del efecto, en la búsqueda de sus antecedentes, de lo que allí *se quiere decir*. Los que aparecen como antecedentes se definen como tales sólo con posterioridad a la causa: allí ciertas ocurrencias anteriores parecen ordenarse en una secuencia como dirigiéndose a este desenlace, a su actualización. Y tales acontecimientos son *pasado* no por una cualidad que reside en ellos (diferenciándolos de la fantasía), sino porque están en un cruce, intersectan con otras experiencias (mías, de otro) que lo “ubican” y definen su carácter de “pasado”, y así también lo real está en la intersección de experiencias de varias direcciones.

V El pasado, lo inactual, viene a cuento para ilustrar lo actual, nuestro tema. Este centramiento desliza a veces hacia una especie de traducción mecánica: todo lo que el analizando refiere se refiere sin más al analista.

Esta simplificación podría considerarse un error técnico, pero es algo más cuando va acompañada de la reducción de la relación analítica a una relación dual. El prejuicio del objeto que funda esta reducción elude el que toda relación de objeto transcurre en una atmósfera edípica; que la ubicación del analista puede ser la del objeto mentado, pero entonces hay otro excluido; y olvida que la propia transferencia supone un tercero presente.

Pero por otro lado, en la misma medida que la actualidad adquiere relieve, ella se vuelve problemática, se vuelve *inefable*. Algo así ocurre con la palabra; tomada en su mera actualidad ella no puede decir nada. Si es algo más que ruido, sólo puede ser onomatopeya y se agota haciéndose presente a sí misma, o bien tiene el valor de denotante y entonces no es más que un gesto que señala. Si la palabra puede decir algo, nombrar, es porque *remite*, a lo inactual, a la cosa y a otras cosas y a un fondo de cosas, a una experiencia de trato con la cosa y con el mundo.

Volvemos al tapete la repetición bajo una nueva luz, diferente de la de la puntualidad y del atomismo y en una dirección que no es la de la arqueología.

Que algo sea “repetición” habla de que hay continuidad, que esto actual tiene *raíces*, que remite a ellas y ellas representan la instancia que da sentido a lo actual y lo hace trascender. Sin este dirigirse a otra cosa y a otro momento, que es el éxtasis que le da cuerpo, se desvanece. 11

Pero a su vez, este pasado al que se dirige no es razón final que termina una cadena, este pasado es a su vez trascendencia. Porque nunca fue un *ya* hedió conclusivo. *Tal como lo actual*, en su momento contenía ambigüedades

y referencias y lo actual no hace sino desplegar algunas de ellas. Al continuar lo pasado, lo actual no lo repite sino que le enseña algo de sí mismo que ese pasado, en su actualidad, no sabía. Si lo que se transfiere es el mundo interno y el pasado no tiene el carácter de algo *ya hecho* y concluso, entonces el pasado tiene antes que nada el carácter de “*fantasía del pasado*” y cabe la *transferencia de las* expectativas no cumplidas, de las aperturas no realizadas. De los deseos que se espera ahora sin poder *actualizar*.

Porque lo que se transfiere y “realiza” es el mundo interno, es que es posible que se transfiera lo que ocurrió y también lo que no ocurrió, que se intente actualizar las expectativas no satisfechas, la relaciones no logradas.

La remisión hacia el pasado no sólo no apunta a algo completamente concluso, ni a una condición suficiente, sino que tampoco apunta meramente a algo singular. No instaura un “sistema cerrado”. 20 Remite a una serie de antecedentes —y esta serie se arma como tal sólo ahora, a la luz de lo actual y no preexiste como tal serie—. Lo actual ordena un proceso del cual es su desenlace. Algo que busca a qué responde instaura la cadena causal, entra en la continuidad de un devenir. 11

Bajo esta forma abierta el pasado puede quedar comprendido en el presente y a la vez el presente en el pasado, enseñando en qué ha venido a parar.

“La TR tiende un puente entre el yo actual y el pasado perdido.”¹³ Así *todo presente es pasatizado y todo pasado presentificado, y un aspecto de este proceso integrador es el nombrado por la transferencia.*

Se trata de la temporalidad, de dar cuenta de la continuidad de hecho de nuestra existencia y de nosotros con cuanto nos relacionamos. “De hecho

no es posible encontrar el acceso a las primeras emociones y relaciones de objeto sino por el examen de sus vicisitudes a la luz de desarrollos ulteriores.

Es sólo por el relacionar una y otra vez (y esto significa un trabajo arduo y paciente) las experiencias ulteriores con las anteriores y viceversa; es sólo por el explorar consistente de su interjuego, que aquel presente y el pasado pueden juntarse en la mente del paciente.”¹⁵

La pregunta por lo obvio de la que surge la transferencia supone ahora un movimiento en dos direcciones.

El analista se pregunta *cómo esto que ocurre no tiene que ver conmigo* sino con otro, como lo que ocurre reitera, ilustra, menta lo ocurrido con otro a quien se trata de identificar. Y también se pregunta *de qué modo esto que ocurre con otro tiene que ver conmigo*, de qué modo está él involucrado en la situación actual. El analista oficia como eje y lo que se elabora en la relación con él es a su vez transferido a las demás relaciones, en el interjuego introyectivo-proyectivo. El mismo proceso que lleva a transferir a la relación actual lo inactual, lleva a transferir a lo inactual lo actual.

Esta *transitividad*, esta porosidad, una vez que se instala, no se aquieta sino que se expande y el pasado está lejos de ser la única dimensión de lo inactual en la que tenemos que comprendernos. La dimensión prospectiva es a veces olvidada, en continuidad con la visión mecánica que busca causas más que motivos, explicación más que comprensión. Pero ella está presente ya con la noción de defensa, que descubre que lo actual no sólo viene a resolver algo pasado sino que también apunta a algo que procura o que evita.

Así también tenemos que entendernos con lo contemporáneo, con lo interno (noción que se enriquece notablemente con el concepto de *mundo interno*) y lo externo (que será ahora lo real, situado al cabo de un proceso de experiencia y no sólo un punto de partida) por más problemáticos que sean estos conceptos, y en lo que el concepto de objeto parcial implica ya esta dirección integradora. Si lo transferido es una relación de objeto, esta relación ofrece facetas, las que de ordinario están escindidas y esparcidas entre un cierto número de objetos, ubicados en el tiempo que sea. La integración de estas facetas supone la integración de estos objetos “externos” con la relación objeto de análisis, que es lo actual pero que sólo puede serlo siendo a la vez, de siempre.

Entonces podemos entender la hipótesis de la estructura constante, como mentando *lo que hay de común* en lo actual y lo pasado, el asunto que entonces y ahora es la cuestión de que se trata, que no es ni puro pasado ni pura novedad y sí es ambos. Ya no se trata en la transferencia de una repetición compulsiva del pasado sino de la expresión del mundo interno en el que hallamos la copresencia de presente, pasado y futuro, la ausencia de “tiempo” propia de lo inconciente. Ausencia del tiempo lineal, en el que las unidades se suceden y que a la vez que es afirmado es puesto en cuestión por las aporías que representan la repetición (por la cual debería tratarse de un tiempo reversible) o la estructura (un tiempo sin sucesión, que no pasa).

VI La transferencia se constituye en una de las maneras de realizarse el movimiento integrador propio del pensamiento analítico —desde que se plantea hacer conciente lo inconciente, o rellenar las lagunas mnésicas—. La transferencia integra articulando una unidad de sentido. Ya el hablar de escisión ocurre sobre una presunción básica, presunción de una unitariedad —así sea parcial, lograda por parcialidades— que ha sido resquebrajada o

que debe ser realizada. La ajenidad no lo es por esencia, ella toma forma de algo provisorio, a cambiar, en el mismo momento en que se plantea como tal ajenidad;

Esta unidad supone que no hay pura actualidad, ni puro pasado, ni puros sucesos aislados sucediéndose en un mero orden lineal. Hay acontecimientos y esto implica referencia a un horizonte y a una generalidad que habla de lo que esto actual tiene de singular y también de permanente en una vida. *No* hay nada inédito, nada para cuya comprensión no sea necesario asumir aquello a lo que apunta, a lo que remite, y lo comprendido lo es porque *realiza* aquello con lo que se co-pertenece, porque se inscribe en una historia y en un sistema, como momento de un proceso.

Nada se da por sí mismo, todo forma parte de un circuito de mediaciones y pertenencias. Un circuito que no tiene un término privilegiado. Cada palabra tiene su historia y sus usos, que son los contextos en los que ella es pertinente.¹⁷ Estos son el *contenido* de la palabra. Al usarla contenemos nuestra interrogación acerca de ella, no necesitamos actualizar cuanto ella contiene porque *disponemos* de esos contenidos. Si la palabra adquiere un sentido unívoco, aquel que conviene al contexto actual, esto no habla de que alcanzamos una clave definitiva, sino de una *claridad de hecho*. La palabra ancla en un punto así privilegiado, pero no invalida a los demás sino por el contrario, los *contiene*,

La remisión no tiene un punto final. Al interrogarnos sobre la palabra o al buscar su etimología, no llegamos a un lugar en que su esencia aparece brillante y recortada. Todo lo contrario, sí entendemos bien, la vemos ramificarse y perderse en una multiplicidad de sentidos, nos topamos otra vez con su ambigüedad esencial.

Lo actual se comprende por lo pasado, por lo futuro, por lo contemporáneo externo o interno, por lo real y lo alucinado. *Un término ilumina al otro*, los términos se iluminan mutuamente, cada uno descubre en el otro aspectos que cada uno, en su actualidad, desconocía. Por esta remisión lo actual se inscribe en un *nudo de relaciones*. La mediación se vuelve así esencial e ineludible, y no un mero instrumento más o menos necesario. La transferencia lleva hacia ese nudo. Por ello, aun con más derecho que decir que con la transferencia el sujeto ignora o distorsiona el presente, podemos decir que *con la transferencia, busca conocer mejor su pasado*.

En este proceso de integración que es la transferencia el sujeto se temporaliza, hace lo que se llama *ex-periencia*.

A través de la universalidad de la transferencia se *desrealiza* “la realidad”, el presente queda *onirizado* y en el centro del sujeto hallamos una *temporalidad* con la cual el tiempo, la lógica de la conciencia, deberá a su vez comprenderse como su congelamiento en instantes aislados. De esta onirización quiso dar cuenta el psicoanálisis cuando afirmó la fantasía como el modo primordial de darse lo que llamamos psíquico, que ya no es lo mental sino la comprensión encarnada que hacemos de nuestro ser-en-el-mundo. En las fantasías se articulan las dimensiones de lo inactual y lo hacen inscribiéndose en una historia que es un *cuento*, algo que se dice. Sobre esta historia tenemos un dominio apenas sumario y la unidad que la fantasía *realiza* es apenas una unidad presumida y que sólo ocurre por sectores. Que además, para conocerse, necesita de una nueva mediación, la del analista, que no es tal analista sino las transferencias de las que se hace cargo, que a su vez. . .

Porque de esta unificación en curso e inacabable, de este “continuo de la vida”¹¹ no salimos, es que tiene razón Freud al decir: “Sin transferencia no hay análisis posible”.⁸

Así como resistencia es el nombre de la intuición de que el otro, los otros, están en el centro de nuestro ser, el ser-con, así también transferencia es el nombre de la intuición de que una esencial continuidad al modo de la temporalidad está en el centro de nuestro ser.

BIBLIOGRAFÍA

1. FREUD, S. (1895): “Estudios sobre la histeria.”
2. FREUD, S. (1901): Análisis fragmentario de un caso de histeria.
3. FREUD, S. (1912): “Dinámica de la transferencia.”
4. FREUD, S. (1914): “Recuerdo, repetición y elaboración.”
5. FREUD, S. (1917): “Lecciones introductorias al psicoanálisis.”
6. FREUD, S. (1920): “Más allá del principio del placer.”
7. FREUD, S. (1922): Psicoanálisis (artículo de la *Enciclopedia*).
8. FREUD, S. (1925): “Autobiografía.”
9. FREUD, S. (1925): “En memoria de Josef Breuer.”
10. FREUD, S. (1926): Psicoanálisis: Escuela Freudiana.
11. HEIDEGGER, M.: “Ser y tiempo.”
12. HEIMANN, P-: “Acerca de la contratransferencia.” R. U. P, t. IV, nº 1/2.
13. HEIMANN, P.: “Dynamics of transference Interpretations.” I. J. P .A., 37.
14. KLEIN, M.: *Algunas conclusiones sobre la vida emocional del lactante*. En “Desarrollos en psicoanálisis”.
15. KLEIN, M.: “Orígenes de la transferencia.” R. U. P., t. IV, nos. 1/2.

16. LAGACHE, D.: “El problema de la transferencia.” R. U. P., t. I, nos. 2, 3 y 4.
17. MERLEAU PONTY, M.: “Fenomenología de la percepción.”
- U. PACIUK, S.: “Actuar, hablar, interpretar.” R. U. P., nº 56.
19. STRACHEY, J.: “Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis.”
20. Von WRIGHT, G. H.: “Explicación y comprensión.”

**LA RELACIÓN DE LA TRANSFERENCIA
Y LA INTERPRETACIÓN EN LA
TERAPIA PSICOANALITICA***

**Por
JOHN KLAUBER
(LONDRES)**

Uno de los más tempranos descubrimientos del psicoanálisis fue que había otro factor involucrado en la terapia además de las interpretaciones del analista. Se trataba del desarrollo de intensos sentimientos de apego por parte del paciente. Freud llegó a considerar tales sentimientos como indispensables, no sólo como fuente de material para la interpretación analítica sino como una ayuda beneficiosa para el tratamiento. En 1913 recomendó que la transferencia positiva del paciente no se interpretara hasta que éste la usara como una resistencia.

No obstante, el énfasis total del criterio freudiano de la terapia psicoanalítica radicó en destacar el valor de la capacidad de entender, hallándose aquí la esencia de la revolución psicoanalítica. “Donde era el ello, debe serse el yo.”** A pesar de la utilidad del apego del paciente al analista, en cuanto a inducirle a tomar en cuenta y-aceptar las interpretaciones, y también como una fuente de material, la naturaleza cruda e infantil de dicho apego era tal que en última instancia la transferencia resultaba ser una resistencia contra el análisis, tanto si

* Publicado originalmente en “The International Journal of Psychoanalysis”, vol. 53, pp. 385-91 (1972).

** *Wo Es war, soll Ich werden*. La traducción literal de la famosa cita de Freud sería: “Donde era el ello, ha de devenir el yo”, o “debe llegar a ser el yo”, pero estas traducciones causan la sensación de una pasividad del yo, por lo cual se emplea el reflexivo del verbo ser, con el que se desea expresar la actividad implícita requerida del yo. A su vez, el uso de “devenir” o “llegar a ser” da la idea de un proceso cuando Freud pone énfasis en la necesidad de la instalación de ese yo. [N. de T.]

adoptaba ostensiblemente una forma libidinal como una agresiva. De modo similar, debía entenderse la contratransferencia primordialmente como la resistencia no analizada del analista al material del paciente, y especialmente a su transferencia, la cual requería una resolución mediante la interpretación de su contenido inconsciente.

Quisiera en este trabajo presentar mi propia manera de entender algunas tendencias en el desarrollo de la teoría de la transferencia y lo que suele denominarse contratransferencia, e intentar a su vez algunas formulaciones adicionales en cuanto a su interacción con la interpretación. Naturalmente reconozco que sólo he de lograr una aproximación a un tema tan sumamente complejo y difícil.

Por más que un psicoanalista quiera prescindir de la “falacia genética” de Hartmann de considerar el presente equivalente a sus orígenes, la psicología psicoanalítica es una psicología de pulsiones, las que, en última instancia, son biológicas; se deriva, como Bernfield lo mostró claramente, de la escuela de Helmholtz, encarnada en Brücke, maestro de Freud, quien reconoció en aquél la influencia intelectual más importante de su vida.

La técnica del análisis en función de pulsiones biológicas, inevitablemente posee una tendencia “reductora”, como temprano lo hiciera notar Jung. Si las interpretaciones reductoras se dan hábilmente, liberan, al revelar la medida en que los impulsos interpretados son ajenos al yo, y surge a su vez la creatividad, con la cual el yo es capaz de utilizar los impulsos, como en la riqueza de su elección del simbolismo. Esto resulta especialmente evidente en el análisis de los síntomas. Si las interpretaciones reductoras se dan crudamente para “explicar” sistemas de valores, tienden a devaluar las aspiraciones que se basan en aquellos, y provocan una sensación de desesperanza. En la práctica, la habilidad del

analista en gran parte ha de medirse por su éxito en balancear estas implicancias reductoras con otros rasgos del psicoanálisis que las hacen liberadoras. El psicoanalista logra esto de diversas maneras: con las cualidades morales a su disposición para interesar al paciente y permitir la identificación con él; mostrándole el valor positivo de mecanismos primitivos, como por ejemplo, cuando la envidia y la incorporación oral se usan para la adquisición de nuevos ideales para el yo; mediante la educación que acompaña a la interpretación, al aceptar las realidades del ello; mediante el análisis de angustias corrientes en términos cotidianos; y con los innumerables intercambios entre el paciente y el analista que hacen que la experiencia analítica sea una experiencia humana. Pero estos elementos más complejos en la interacción entre paciente y analista, si bien descritos en la obra de Freud, sólo surgieron de a poco como tema de discusión teórica. Jugaron un papel secundario en la consideración de Freud de los mecanismos de la cura psicoanalítica. En realidad Freud desaprobaba las indagaciones frecuentes en los mecanismos de la cura, considerando que ya debían entenderse suficientemente. Con esta actitud dejaba de aplicar los principios que él mismo había descubierto: decía que la persistencia de una duda indica que por lo menos queda un problema inconciente.

Para mí, el trabajo de Strachey de 1934, “La naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis”, representa un giro decisivo. Por un lado representó la apoteosis del criterio helmholtziano de la terapia psicoanalítica como el descubrimiento y la resolución de fuerzas latentes en el paciente, las que luego se expresaban como “paquetes de energía del ello” dirigidos hacia el psicoanalista. Por esta razón la única posibilidad de una interpretación “imitativa” radicaba en interpretar la transferencia, y todas las otras interpretaciones o mecanismos terapéuticos no eran sino una

preparación para esto. Por otro lado, y según mi punto de vista en incómoda yuxtaposición con este modo de pensar, la mutación se daba mediante la incorporación al superyó del paciente de las actitudes del analista con respecto a los impulsos. Esto se lograba mediante la capacidad del analista de interpretar, y también de comportarse de un modo objetivo al confrontarse con los impulsos del paciente. En mi opinión es claro que esto debe implicar la incorporación de aspectos de sus sistemas de valores, los que en la práctica resultan ser complejos e individuales. [El estudio de pacientes que previamente se han tratado con otro psicoanalista revela las enormes diferencias existentes entre los analistas en cuanto a la moral y otros juicios de valor.] A pesar del respeto que Strachey profesaba por la importancia del comportamiento no verbal del analista que podía resultar en una interpretación imitativa “implícita”, subrayó que la interpretación detallada de las fantasías específicas en general es esencial.

El trabajo de Strachey, con su énfasis en liberar las fuerzas latentes en la transferencia, tuvo una influencia inmensa sobre todos los psicoanalistas, y este autor presentó un modelo bastante convincente de aquellas fases de un análisis que son satisfactorias tanto para el paciente como para el analista. En vez, no presentó un cuadro convincente del análisis “con todas sus verrugas”, y yo creo que hay unas cuantas verrugas en la mayoría de los análisis. El trabajo de Strachey, de hecho, finaliza con preguntas no resueltas con respecto a la dificultad interna del analista en hacer interpretaciones, y es aquí donde surge la necesidad de enfoques nuevos.

El modelo de Strachey otorga gran importancia al aspecto técnico de la interpretación del analista, técnica cuidadosamente protegida al mantener la personalidad de éste tan al margen como sea posible. Si bien se trata de un ideal de gran valor heurístico, puede considerarse un poco intimidatorio en

cuanto descripción de un proceso clínico. Como puntualizó Winnicott, todos reaccionamos de modo diferente a cada uno de nuestros pacientes, de manera que frecuentemente vienen al caso las palabras usadas en la Sociedad Psicoanalítica Británica: “la meta del análisis es que el análisis sea estándar”. Lo que Winnicott aparentemente quería decir era que en estos casos, cuando nuestra capacidad de interpretar finalmente funciona sin tropiezos, hallamos que el paciente está en vías de estar curado. Esto es un fenómeno bastante común, pero la mejora del paciente parece difícil de explicar basándose en la hipótesis de Strachey de la necesidad de una interpretación precisa y específica de la transferencia sin modificación alguna.

Si el progreso terapéutico depende de la introyección del sistema de valores del analista en relación con los impulsos del ello, estos valores en este tipo de caso no se han transmitido sólo mediante el contenido detallado de la interpretación del analista en la transferencia, pues la transferencia se ha entendido con gran dificultad, y las interpretaciones han sido inexactas. La modificación del superyó del paciente debe haber acontecido por alguna forma de la comunicación inconsciente: o sea, mediante la interpretación mutativa “implícita” de la que habla Strachey. Esta hipótesis, sin embargo, requiere una reconciliación complementaria con su énfasis general en la importancia de la interpretación detallada y específica. La aceptación que la interacción de la transferencia - contratransferencia entre el paciente y el analista es algo considerablemente más complejo, de hecho ganó terreno en forma creciente desde la época del trabajo de Strachey; y ha resultado ser correspondientemente difícil delimitar los significados de estas expresiones mediante definiciones precisas. Quizás pueda decirse que la contribución más sorprendentemente original a este tema fue el trabajo “Sobre la transferencia y la contratransferencia” (1939), de Alice y Michael Balint,

autores que señalaron el hecho de que el analista también tiene una necesidad emocional de conducir su trabajo de un modo que se adecuó a su personalidad. Sin embargo concluyeron que salvo unas pocas excepciones, la transferencia del paciente evoluciona independientemente de la contratransferencia del analista. Michael Balint, no obstante, no quedó atrás en destacar el factor correspondiente en las operaciones del analista: o sea, cada analista tiene su atmósfera individual, fácilmente reconocible. Es decir, la transferencia del analista a sus pacientes evoluciona en cierta medida dentro de un molde fijo determinado por su propia personalidad. Seguramente se podría añadir: dentro de un molde determinado por su propia transferencia a su propio analista y al psicoanálisis. Es interesante que Alice y Michael Balint formularan tan temprano como en 1939 que en general se estaba cuestionando la posibilidad en sí de la actitud de tipo espejo que recomendaba Freud. Una segunda etapa en la reconsideración del criterio clásico ocurrió después de la guerra. Esta etapa pone el acento en la importancia terapéutica de la respuesta del analista. En 1947 Winnicott subrayó en “Odio en la contratransferencia” que el paciente necesita la realidad de las emociones del analista, las que pueden ser inclusive intensas y negativas, para apreciar la realidad de su propia personalidad; y en 1950 Paula Heimann señaló que la respuesta emocional del analista a su paciente podría ser una herramienta valiosa para entender por empatía, siempre y cuando estuviera debidamente controlada. Por primera vez la contratransferencia fue algo más que un asunto de la transferencia y de la resistencia no resueltas del analista. Una tercera etapa, a la que Searles y Racker contribuyeron de modo importante, reconoció la frecuencia de un vínculo complejo entre el paciente y el analista, mientras que una cuarta etapa, aún no resuelta satisfactoriamente, se caracteriza por la tentativa de diferenciar los elementos transferenciales y no-

transferenciales en la relación y definir la “realidad” en la situación analítica.

Me parece que una de las dificultades en la teoría del proceso terapéutico ha sido una tendencia a verlo demasiado desde el punto de vista del contenido de la interpretación a expensas de un estudio adecuado del significado de la interpretación en la compleja relación de la transferencia mutua. El trabajo de Charles Rycroft de 1956 sobre “La naturaleza y la función de la comunicación del analista con el paciente” fue una excepción notoria.

Los elementos de la transferencia que se han interpretado clásicamente son los componentes insatisfechos de los impulsos amorosos del paciente, sus defensas contra éstos, y sus reacciones frente a la frustración de los mismos, entre ellas, especialmente la agresión. La interpretación de estos impulsos también subyace a gran parte del análisis de la proyección y de la introyección expresada en función del *self*, como Strachey trató de mostrar con respecto al superyó. En la medida que la interpretación en esta dirección actúa para mantener al paciente, lo mantiene mediante las satisfacciones afectivas inherentes en la resolución del conflicto, al aumentar su conciencia de tal conflicto, y mediante la estimulación incrementada de su vínculo afectivo con el analista. Pero habitualmente sólo somos capaces de analizar la naturaleza del vínculo real en términos comparativamente crudos y generales, sumamente dependientes de una reconstrucción. Lo que expresa el paciente, sea abierta o inconcientemente, es, en el contexto, en gran parte fantasía, y esto ya es defensivo. Podemos inferir algo de la naturaleza general de los impulsos amorosos que mantienen al paciente en el análisis por la forma que adoptan sus trastornos; sea la angustia por una separación, sea la idealización o las defensas posteriores contra la agresión, sean las actitudes orales hacia la

interpretación, etcétera, o sea la naturaleza de las hostilidades latentes. Pero con la naturaleza positiva del vínculo —aquella parte de nuestras personalidades y del proceso analítico que hace revivir los recuerdos de la continuidad normal de la niñez, y lo que son estos recuerdos—, frecuentemente trabajamos en gran parte a oscuras. Creo que estas perspectivas se hallan en una dirección algo semejante a la que Freud expresa en “Las construcciones en el análisis” (1937). Puede verse algo similar cuando el paciente viene por un segundo análisis con un analista nuevo; este paciente está mejor capacitado para contar al analista nuevo qué es lo que anduvo mal en su análisis previo que lo que puede manifestar con respecto a los aspectos positivos que lo ayudaron durante los años de su análisis anterior. Es cierto que cuando reconstruimos el afecto del paciente hacia sus padres, nos gratifica (obsequia) con sus recuerdos. Pero éstos desempeñan un papel comparativamente pequeño en un análisis que trata con trastornos, y tienden a surgir después del análisis de la agresión defensiva.

Yo sostengo que las transferencias que mantienen al paciente con nosotros pueden analizarse más fácilmente en términos instintivos bastante crudos que en términos de actitudes caracterológicas y de simpatías derivadas de la cristalización compleja de fantasías que en su mayoría se hallan en la fase fálica y en la latencia. ¿Quién sabe en todos los casos qué es lo que causa una simpatía inmediata entre el paciente y el analista o una rapidez de entendimiento (aunque podamos analizar lo opuesto más fácilmente)? Puede depender, por ejemplo, de un aprecio inconsciente inmediato de las zonas de vulnerabilidad mutua, que no se revelan hasta un segundo análisis si es que llegan a revelarse. Sin embargo, la naturaleza de esta transferencia no analizada debe desempeñar un papel importante en el resultado. Después de todo, el paciente trae sus asociaciones al analista como persona. ¿En qué grado su concepción básica del analista ha de

influir en la selección de lo que trae? ¿Y hasta qué punto no nos afecta esto, y nuestra propia contratransferencia en lo que podemos decir? Yo reconozco que las asociaciones libres del paciente y nuestros propios análisis suponen contrarrestar esto. Pero, ¿por qué es que a pesar de nuestros análisis y nuestro constante autoexamen, sólo podemos conceptualizar los análisis de nuestros pacientes satisfactoriamente para nosotros después que finalizaron? ¿Y por qué los pacientes frecuentemente logran la pieza más significativa de su labor analítica o incluso sólo abordan su problema principal después de finalizado el análisis?

En otras palabras, ¿qué tipo de amor secreto y de odio secreto han necesitado el paciente y el analista para que la relación fuera viable? La situación afectiva y de entendimiento en el análisis en cierta medida descansa sobre un contrato social. Una cosa es indudable; ningún paciente relata o puede relatar todo a su analista, ni siquiera todo lo que le acontece concientemente. Todos los pacientes guardan sus secretos, ya sea debido a un anhelo de conservar una región de su vida no analizada, o para convencerse a sí mismos de su propio poder de contener sus temores más profundos, o porque temen herir excesivamente al analista. Pero sea cual fuere el motivo, implica una zona considerable de reservas. Y por más comprensivo y exitoso que sea el analista con el paciente, creo que la mayoría de los analistas empiezan a sentir una clara sensación de irritación cuando un paciente osa demorarse más de veinte segundos en su camino a la puerta. ¿Y es solamente porque trabajamos tan fuerte que tomamos vacaciones tan largas? Todo esto debe operar significativamente en algún nivel *de* la decisión de finalizar un tratamiento, y aun más en aquellos tratamientos que terminan porque el paciente y el analista de algún modo han cesado de hacer una labor constructiva juntos.

Pero todo esto le da una perspectiva muy unilateral al psicoanálisis. La transferencia no analizada puede ser un vehículo importante de la cura o de la deficiencia de la cura tanto en el análisis como en otras terapias, pero la contribución específica del psicoanálisis radica claramente en sus interpretaciones.

¿Hemos de creer que las interpretaciones son simplemente el autobús al que se sube la transferencia analítica del paciente del mismo modo como una vez se subiera a la estimulación galvánica y como quizás se suba ahora al descondicionamiento? Strachey era totalmente consciente de este problema; se refería a la dificultad de conocer el efecto de cualquier interpretación por la libidinización que el paciente hace de aquella. De vez en cuando parecería casi que la interpretación no fuera más que un autobús. Como ya se indicara, el analista puede experimentar y aun sentir una obvia confusión intelectual, y el paciente puede a pesar de ello fortalecerse. Creo que hay un error, un error cometido a menudo, de tomar el progreso del paciente como una demostración de que el analista ha “entendido” al paciente. Pero hay grandes dificultades en el informar analítico, aunque de todos modos, casos así, si bien no son fuera de lo común, no son típicos. La situación típica, tal como la describe Strachey, es que hay una correlación categórica entre la especificidad y el detalle de la interpretación y el progreso del paciente. Yo agregaría dos puntos más. Primero, la interpretación exitosa acerca emocionalmente a paciente y analista; y en segundo lugar, como lo han subrayado varios analistas franceses, esto presupone las cualidades morales pertinentes en el analista.

La interpretación, pues, ocurre en el contexto de una relación, y por lo tanto debemos ser cuidadosos en determinar sus efectos. ¿Cuánto depende del contenido de las interpretaciones, cuánto del entendimiento sutil de un código sobre el cual hay acuerdo inconsciente; cuánto depende de la

autoridad prestada al analista por su convicción? Por -ejemplo, ¿cómo puede un analista que no está convencido de las reconstrucciones kleinianas de la temprana infancia, y de la validez de la técnica basada en aquellas, explicar satisfactoriamente los resultados kleinianos? ¿Como una ilusión? Eso implica un peligro para todos nosotros: nuestros opositores siempre han pensado que los resultados psicoanalíticos son una ilusión. ¿Una ilusión parcial? Entonces, ¿de qué dependieron los resultados si no de las interpretaciones basadas en las hipótesis kleinianas sobre la patología? ¿Simplemente dependieron de una transferencia no analizada o de aquellas porciones de la labor interpretativa que eran clásicamente freudianas, produciendo resultados parciales en proporción a su aceptabilidad clásica? Yo no creo que muchos psicoanalistas considerarían convincente la hipótesis de una relación tan directa entre el contenido de la interpretación y los resultados obtenidos.

¿Podrían explicarse los resultados exitosos por la catexia de la función analítica por el paciente, exactamente del mismo modo como el niño puede investir las funciones de la madre más que a la misma madre, con lo cual está en mejores condiciones para soportar algunas de las vicisitudes provenientes de relaciones objétales cambiantes? Esto ubicaría el contenido de la interpretación analítica como sugestión,^{*} y su efectividad dependería en realidad de la afinidad del paciente por el método analítico, y en cierta medida de la personalidad y la inclinación interpretativa del analista, quizás reforzada en proporción al grado de consistencia interna de las interpretaciones. ¿O un analista tan escéptico explicaría los resultados kleinianos como si se basaran en la verdad psicológica, aun cuando esta verdad se exprese en un lenguaje simbólico que por sí mismo no hace

* El original dice "*suggestion*", único vocablo de significados múltiples, los que se extienden desde la simple sugerencia a la total sugestión, pasando por la indicación y la insinuación. [N. de T.]

frente al examen lógico? Esto ubicaría a la interpretación kleiniana en el ámbito de la verdad religiosa, y plantearía dudas acerca de la verdad objetiva de toda interpretación psicoanalítica. Yo creo que en cierta medida tales incertidumbres son inevitables en cualquier tipo histórico de entendimiento, especialmente cuando los postulados básicos del psicoanálisis apenas pueden someterse a la verificación por observación directa, o aun a mucha verificación por evidencia histórica. Esto es un problema de muchas ciencias, en las que, como señaló Woodger, la controversia habitualmente ha demostrado ser irreal o, como lo formulara recientemente J. O. Wisdom (1969), se interesa no en lo fáctico sino en la *Weltanschauung*. Lo que nuestras controversias parecen manifestar, sin embargo, es que con la falta de métodos de evaluación del proceso psicoanalítico, nuestra fe en nuestros sistemas interpretativos no parece mostrar una gran capacidad de modificación. Una “confirmación” a través de la creciente comprensibilidad de las comunicaciones del paciente, reforzadas con recuerdos, y con el desarrollo de actitudes neuróticas en relación con el psicoanalista, frecuentemente parecen menos impresionantes cuando se examinan lógicamente que cuando aparecen en su impacto convincente en el consultorio. Estas experiencias “confirmatorias” son aceptadas por psicoanalistas que sostienen que sus enfoques son incompatibles entre sí. Como lo afirmara Bernfeld en 1932, no es tanto que reconstruimos el pasado como que construimos un modelo de la personalidad, y el psicoanálisis comparte las mismas dificultades con otros estudios retrospectivos. He sugerido en mi trabajo, “El método histórico y científico en psicoanálisis” (1968), que este modelo podrá adoptar una forma variable, y que debe llegarse a algún acuerdo inconciente entre el paciente y el analista para su aceptación.

No niego aquí el valor de la interpretación y de la construcción, tan cuidadosamente estudiadas por autores tales como Loewenstein y Kris. La mente humana se satisface, y en cierto sentido se cura, con lo que siente como verdad. En el caso del psicoanálisis, la verdad se expresa en un sistema de explicación histórica. Pueden haber historiadores mejores o peores, y pueden haber sistemas históricos que satisfacen a algunos pacientes por su complejidad y sutileza, y a otros por su simpleza o flexibilidad. Pero se cumple para casi todos los pacientes que algún sistema sólido y convincente de explicación histórica es necesario para que se produzca satisfacción, vínculo y cura, y que éstos son los recursos sin los cuales el analista estaría perdido.

El papel de la interpretación por lo tanto sigue siendo el de la descripción clásica: el entendimiento detallado de la evolución de la neurosis del paciente, especialmente de sus reacciones compulsivas con el analista, en un sistema de hipótesis enlazadas, en última instancia relacionadas con el carácter otorgado a la expresión de las pulsiones por experiencias tempranas.

Quisiera volver a las angustias que interrumpen este proceso de interpretación mutuamente satisfactoria, y a la luz de esto quisiera sugerir algunas conclusiones acerca de la interrelación de la interpretación y la transferencia mutua.

Strachey termina su trabajo advirtiéndome que la Sra. Klein le sugirió que debe haber alguna dificultad interna bastante especial que el analista debe superar al hacer una interpretación. Señala especialmente dicho autor que las interpretaciones de la transferencia tienden a evitarse, y atribuye esto al conocimiento del analista de que eso atraería cierta cantidad de energía del

ello sobre sí mismo. Pero no comenta sobre la dificultad interna general al hacer interpretaciones.

En “Los elementos del psicoanálisis” (1963), Bion plantea como punto importante que a menudo las interpretaciones se hacen por parte del analista con la finalidad de negar la angustia que surgió en él por el hecho de que la situación le es desconocida y correspondientemente peligrosa. Esto obviamente se cumple para analistas inexpertos, pero yo estoy de acuerdo con Bion que sigue funcionando así. La formulación de Bion es, sin embargo, una muy general, en la que considera equivalentes lo peligroso y lo desconocido. Aquí puede haber arrancado una hoja del libro de Strachey, ya que la compulsión de interpretar debe relacionarse claramente con la angustia acerca de la relación del analista con el paciente. [Bion, naturalmente, ha vuelto al problema de la interpretación, por ejemplo en “La atención y la interpretación” (1970).]

¿Cómo puede definirse esta angustia? Parcialmente, como lo hace Strachey, o sea, como el temor a los impulsos del ello que se dirigirán hacia el analista. Pero si semejante temor ha de resultar comprensible por parte del analista, debemos observarlo más en detalle. Este temor debe estar vinculado a la angustia del analista con respecto a lo que puede forzársele a sentir, y con respecto a cómo puede reaccionar en consecuencia.

Puede, por ejemplo, reaccionar con agresión. En vez de sentir empatía por el paciente puede hallarse irritado o aburrido con éste, y comenzar a dar una interpretación imparcial y sin compasión. Es un fardo pesado para un analista el tener un paciente por el cual no siente simpatía * pero la causa

* La palabra simpatía (*sympathy*) tiene en inglés una amplitud mayor que en español, abarcando la simpatía en sí, pero también la benevolencia, la compasión y la solidaridad. [N. de T.]

fundamental de la angustia del analista no es su tendencia a la agresión. La agresión del analista es después de todo su defensa contra una tarea que se le exige pero que él encuentra imposible. Lo que debe repudiar es su identificación con los impulsos primitivos del paciente, que siguen siendo un peligro para él; es decir, la sexualidad agresiva temprana que busca gratificarse usando al analista como un objeto. Si el analista repudia estos impulsos, debe ser por el peligro de que él a su vez pueda sucumbir a ellos. La angustia subyacente del analista por lo tanto debe tener que ver con el peligro de introyectar al paciente, y luego, habiéndolo introyectado, responderle al nivel de la sexualidad repelida y derivada ** que se extiende por debajo de su carácter y de sus valores.

La interpretación debe por lo tanto servir para reducir el peligro de la estimulación sexual excesiva tanto para el analista como para el paciente. Es la habilidad de interpretar del analista lo que hace tolerable la situación para él y le asegura que mantendrá el control del yo. Quizás esto explique tan bien como ninguna otra cosa por qué, tal como sugiere Bion, el analista puede hacerse propenso a la interpretación compulsiva o, quizás pueda agregarse, a la retirada. “Allí donde era el ello, debe serse el yo” es la meta del análisis para ambas partes, y la interpretación representa *par excellence* la tentativa por promover la función del yo.

Ahora nos es posible definir más íntimamente la relación mutua de la interpretación, la transferencia y la contratransferencia. Detrás de las quejas del paciente, como descubrió Freud, hay una perturbación en su capacidad de amar o de trabajar, o dicho de otra manera, de integrar la libido con la agresión y con las exigencias de la realidad. El vehículo para la

** *Ward off* literalmente es atajar, apartar y cambiar de rumbo. Se traduce en general por rechazado y/o desviado (rechazar-desviar) pero he evitado esta traducción para no emplear términos que tienen una connotación propia en psicoanálisis que “*ward(ed) off*” no posee. [N. de T.]

restauración de esta capacidad es el proceso analítico y actúa en la primera instancia alentando la capitulación del paciente ante lo reprimido. Hace esto de diversas maneras: abrogando la realidad mediante el uso del sofá y de la asociación libre, mediante la confirmación por el analista de la realidad psíquica que el paciente ha desechado, y mediante interpretaciones diseñadas precisamente para alentar a los impulsos repelidos y derivados a expresarse de otra manera. La primera cualidad del proceso analítico en general y de la interpretación en particular, por lo tanto, consiste en excitar el deseo sexual, e implícitamente, asumiendo la posibilidad de la cura, que equivale en el inconsciente a la liberación sexual, es promesa de gratificación, en última instancia. La interpretación, por consiguiente, se torna ella misma en un objeto sexual, y el paciente responde apropiadamente cuando la libidiniza, como lo hace indefectiblemente.

Sin embargo, el análisis también contiene una desilusión inherente. La interpretación es una gratificación sustitutiva. En vez de obtener la gratificación sexual directa, el paciente debe satisfacerse con una formulación intelectual. Aquí la interpretación tiene la función de limitar el deseo sexual, y hace esto dirigiéndose al contraste entre las fantasías excitadas del paciente y sus posibilidades realistas. Se comienza a vislumbrar una pugna inherente en el psicoanálisis —casi una broma— que quizás explique la relación ambivalente que no pocas veces caracteriza la actitud del paciente hacia su analista anterior, y el anhelo de volver al análisis, lo cual frecuentemente es un residuo más serio del tratamiento, no debidamente reconocido como tal.

Lo que necesita agregarse, siguiendo a Strachey, es que la interpretación también fija límites a la transferencia del analista. El analista opera enfáticamente mediante el uso controlado de la identificación

proyectiva. Cuanto más sensible sea por lo tanto a los impulsos instintivos del paciente, tanto más constante es el peligro de la introyección, para obtener la vida de impulsos con la que se ha identificado y de contrarrestar la frustración despertada por las inhibiciones del paciente.

El predicamento posee gran importancia para entender la trascendencia de la interpretación como un regulador de la tensión psíquica entre el analista y el paciente. Durante la jornada de trabajo el analista tiene poco tiempo para el autoanálisis; su energía se concentra en los pacientes. Las interpretaciones del tipo de primeros auxilios que se da a sí mismo deben por lo tanto expresarse en función del material del paciente. Por eso el analista es propenso a descargar su propia angustia por medio de interpretaciones abiertamente dirigidas al paciente. Esto es un segundo modo más activo en que el analista opera mediante la identificación proyectiva y permite una definición tentativa de un aspecto de la interpretación a hacerse. En un sentido la interpretación es la técnica de ponerse de acuerdo sobre una fórmula verbal que reducirá la tensión psíquica entre el analista y el paciente. La reducción de la tensión tiende a ser una necesidad aguda para el paciente; es una necesidad crónica para el analista que pasa su vida tratando pacientes, y requiere una atención constante. No estoy aquí describiendo las necesidades especiales de un analista perturbado. Los analistas viven de la interpretación. Nos ofrece una resolución emocional e intelectual. Cuando sentimos que entendemos algo debemos hallar nuestro camino para comunicarlo. Si se nos despoja de esta satisfacción no ha de pasar mucho tiempo sin que nos sobrevenga un cierto grado de inquietud.

La interpretación por lo tanto es libidinizada tanto por el analista como por el paciente, aunque de un modo más estructurado en el analista por la integración con el yo y el superyó. Quizás sea esta catexia de la interpretación con la libido crecientemente neutralizada tanto por el paciente como por el analista, lo que explica gran parte del *modus operandi* del análisis exitoso. La catexia de la interpretación es el vehículo del desplazamiento de la persona. Es el papel sexual estimulante desempeñado por la interpretación el que prepara el terreno para la introyección por parte del paciente de la función del analista más que de su persona, a la vez que prepara el terreno para que el analista esté más excitado por su trabajo que por un paciente individual cualquiera. Quizás también la catexia de la interpretación sea parcialmente la responsable de un temor disminuido al pensar según el proceso primario, y por lo tanto de una mayor potencialidad para la sublimación.

La desinvertidura de la persona del analista no es un proceso fácil para el paciente, especialmente porque a su personalidad se le ha otorgado un peso adicional con toda la autoridad de la tradición psicoanalítica. Esta autoridad fuerza al paciente (en mi opinión) a desempeñar, en cierta medida, un papel subyugado. La prueba de la medida en que se siente forzado a acomodarse al analista y sus reservas acerca de esto se revelan en la región secreta que él guarda hasta que el análisis haya terminado. Ocurre frecuentemente, quizás siempre, que tan sólo después de finalizado el tratamiento formal, desaparece la represión-resistencia del paciente en ciertas zonas vitales, de modo que éste puede progresar de un modo nuevo, usando el análisis sólo para sí mismo.

Para el analista hay un problema similar pero diferente. El psicoanalista también ve al paciente de un modo nuevo después que termina el análisis,

confirmando el grado de pugna mutua que debe de haber ocurrido durante el tratamiento. Freud sabiamente escribió todos sus historiales sólo después que habían finalizado los análisis. Pero el analista que se somete a un análisis de capacitación (didáctico) tiene un problema difícil no compartido por el paciente corriente y los efectos de aquél merecen ser estudiados. El analista capacitado no puede olvidar a la persona de su analista del mismo modo ni restablecer tan fácilmente el funcionamiento de defensas espontáneas normales. Las identificaciones formadas durante su análisis están constantemente en acción por lo que debe mantener un autoanálisis perpetuo. Yo creo que esto le impone una tensión especial al analista de la que el paciente se halla libre.

(Traducido por Bea J. de Capandeguy)

***LA TRANSFERENCIA EN EL ANÁLISIS DE NIÑOS:
DE LA NOVELA A LA HISTORIA****

Por

**MYRTA C. DE PEREDA, AÍDA FERNÁNDEZ,
MERCEDES F. DE CARBARINO,
DANIEL GIL, VIDA M. DE PREGO,
GLORIA MIERES, ISABEL PLOSA**

En este trabajo planteamos la revisión del concepto de transferencia en el análisis de niños, sustentado por un lado en nuestra práctica, modelada por esquemas referenciales de origen kleiniano y por otro en la apertura que significa la relectura de Freud realizada por la escuela francesa.

Para esta tarea hubo de efectuarse un doble proceso: por una parte exponer —”arriesgar”— un modelo de pensamiento (¿sistema?) a una nueva concepción, y, al mismo tiempo, atreverse a realizar un trabajo de lectura, es decir, la apropiación de este nuevo pensamiento para confrontarlo, enfrentarlo, con aquel en que nos habíamos formado. Esto no constituye sólo una prueba intelectual, sino también afectiva, para la capacidad de “trasgredir” y “ser infieles”.

Del lado de lo ya conocido se nos ofrece un escenario donde el niño y el analista juegan todos los papeles, mientras que para M. Mannoni⁴ —siguiendo a Lacan— “la cuestión no consiste en saber si el niño puede o no transferir sobre el analista sus sentimientos hacia los padres [. . .] sino en lograr que el niño pueda salir de cierta trama de engaños-que va urdiendo

* Presentado en el Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. México, 1978.

con la complicidad de los padres. Esto sólo se puede realizar si comprendemos que el discurso que se dice es un discurso colectivo: la experiencia de la transferencia se realiza entre el analista, el niño y los padres.”

El aporte teórico y clínico de M. Mannoni sobre la transferencia se nos hizo comprensible al articularlo con los tres tiempos del Edipo que desarrolla Lacan. M. Safouan 7 dice: “Edipo no es el mito sino una *estructura* de acuerdo con la cual se ordena el deseo en la medida que constituye un efecto de la relación del ser humano no con lo social sino con el lenguaje.”

Nosotros pretendemos reexponer la transferencia tal como la sustenta Mannoni a partir del concepto de Lacan de los tiempos del Edipo como estructuras no sólo cronológicas, sino lógicas, constituyentes del sujeto. En este sentido el trabajo no es una exposición del pensamiento de Mannoni sino cómo lo comprenderemos dentro de esa perspectiva, es decir no somos fieles (literales) a Mannoni, sino que buscamos una construcción teórica.

Lo que caracteriza el *primer tiempo*³ es el de ser una relación dual de tres términos: la madre, el niño y el falo. Allí el niño es el objeto de deseo de la madre y trata de identificarse con lo que es el objeto del deseo de la madre; es el deseo de deseo... “Pero hay en la madre el deseo de algo más que la satisfacción del deseo del niño; detrás de ella se perfila todo ese orden simbólico del que depende, y ese objeto predominante en el orden simbólico, el falo... El niño no es tanto sujeto como sujetado, tanto más sujetado a su madre en la medida que él encarna su falo.”

Segundo tiempo: El padre interviene como privador de la madre, en un doble sentido: en cuanto priva al niño del objeto de su deseo y en cuanto priva a la madre del objeto fálico, a través de una prohibición proveniente de una ley omnímoda.

Tercer tiempo: el padre interviene *como* aquel que tiene el falo y no que es tal, reinstaura la instancia del falo como objeto de deseo de la madre y ya no como objeto del que puede privarlos como padre omnipotente.

¿Cómo está estructurado el primer tiempo del Edipo para entender la relación niño—madre en el caso que el niño sea diagnosticado como psicótico psiquiátricamente?

Lo nodal es que la madre tiene un problema en su propia estructura edípica que se juega en la relación con el niño, en la medida que éste no es reconocido como hijo, sino como su falo. Ello implica que si el hijo *encarna* el falo, ella no ha podido simbolizar el falo. Lacan 3 dirá que en la madre del primer tiempo del Edipo, en su inconciente, está simbolizado el falo. Esto no ocurre en la madre del niño psicótico y si el falo no está simbolizado en su inconciente, no hay lugar para que ella cumpla con la función mediadora por la cual se introducirá el Nombre del Padre. Así como el niño es el falo para la madre, la madre será el Otro para el niño., pero un Otro como una ley omnímoda, el Otro absoluto... ella *es* la ley.

En esta situación planteada, ¿dónde se ubica el analista? Mannoni dice que el analista inviste narcisísticamente a la madre, y a través de la palabra y la mirada la inviste *como tal*, es decir la reconoce como madre. [La mirada es presencia ante Otro (imagen—figura) y por la palabra se introduce en la cultura, es decir la ley; Sólo en esta intervención (mirada y palabra) del analista desde lo simbólico la madre es introducida en lo imaginario. Para que se establezca el yo (moi) es necesario que la madre mire, desee al hijo.]. *Reconocería como madre es dar existencia al hijo*, lo

que hace que éste deje de encarnar el falo,, introduciendo a la madre en la metáfora paterna. Con ello queda enfrentada a la castración; Esto lo hace el analista hablando desde el lugar del Otro: del Otro simbólico Da palabras a un discurso familiar no dicho, o dicho y ocultado en los síntomas. Con esto el niño se ubica no como sujetado sino como sujeto.

“Gracias a esa relación imaginaria podrá la madre reinvestirse como madre de un niño (reconocido por un tercero como separado de ella) y podrá luego ponerse en marcha otro movimiento en virtud del cual el niño como sujeto de un deseo se internará por su propia cuenta en la aventura psicoanalítica.”⁴

Pensamos que el analista no se incluye como objeto de la pulsión, está en la escena pero se sustrae de ubicarse en la posición de objeto “a” y sólo, tiene lugar hablando desde el lugar del Otro. No personificándose dará palabras al discurso familiar, a la relación dual madre—hijo. Dar palabras al discurso familiar es poder decir lo que cada cual representa “para el otro.

R Kaës (citado por D. Anzieu en “Le groupe et l’inconscient”, p. 40) establece en un grupo distintos tipos de relaciones y por lo tanto las transferencias se realizarán de acuerdo con esas relaciones. Ellas son:

- transferencia entre los participantes y terapeuta(s)
- transferencia entre los participantes entre sí
- transferencia de cada participante con el grupo tomado como un todo

Pensando en la situación terapéutica del análisis: del niño psicótico que acude con sus padres entendemos que se cían también diferentes vicisitudes transferenciales.

Denominamos *transferencia central* (T) la que se realiza Hacia el analista, siendo las restantes las transferencias laterales (t).

Señala Mannoni que “el analista trabaja con varias transferencias”. A estas las denuncia y puede hacerlo en cuanto la interpretación está apoyada en la fuerza: de la transferencia central que se realiza sobre él, pero que en este momento no interpreta.

En la estructura correspondiente al primer tiempo del Edipo en un niño psicótico, no existe transferencia entre éste y el analista. (El niño tiene una neurosis narcisista.) Lo que existe; son transferencias laterales entre el núcleo familiar, transferencias que dan a cada cual un papel determinado en el discurso de la familia. En tanto no pueda emerger su deseo (por no ser sujeto deseado), no hay palabras para el niño, sólo es síntoma. Por ello el niño no establece transferencia con el analista, es la madre y el resto de la familia los que establecerán relación transferencial con el analista (T) y entre sí y con el grupo (t). Es la transferencia central la que dará fuerza á la interpretación analítica aun cuando en este momento dicha transferencia no se interprete.

Al hablar, el analista se crea como tercero, como Otro que instauro la ley, y que por su función mediadora introduce lo simbólico y la castración, separando a la madre del hijo.

El segundo y tercer tiempos del Edipo, que caracterizan al niño neurótico, permiten trabajar la transferencia central como es concebida habitualmente. Con esto no establecemos un criterio cronológico sino momentos estructurales que es posible que se generen desde el momento que se establece la dialéctica entre lo imaginario y lo simbólico creado por la presencia del analista y hablando desde el lugar del Otro.

En este primer tiempo del Edipo, pensado para el niño psicótico, la madre y el niño forman una unidad narcisística donde el niño *es* el falo de la madre. Subrayamos el *es* puesto que ello implica que no está en lo imaginario pero pertenece a él (unión narcisista). [Diferencia del *en sí* y *para sí*. Lo imaginario se constituye *como registro* dentro del movimiento dialéctico con lo simbólico. En el momento descrito no hay resto entre “esto” y lo *real*, no hay lugar para la *representación*, de ahí que el niño no represente el falo sino que lo *sea*, lo *encarne* por un movimiento metonímico que no da lugar a ninguna metáfora.] Esto remite al estadio del espejo. Es un estadio del espejo sin mirada. El niño no se ve mirado y eso es como si no existiera en el espejo. Hay sólo narcisismo (madre—hijo) y lenguaje paranoico. En el espejo el niño se ve en la medida que ve a la madre y ve que la madre lo mira mirarse. Así el niño *existe*. Si no se produce este intercambio de miradas y este reflejo de miradas, el niño no se ve.

La interpretación introduce la ausencia y la diferencia. Fruto y reconocimiento de lo real, al hablar desde lo simbólico, instaura lo imaginario. Rompe la ilusión narcisista y aparece lo simbólico, lo imaginario y lo real; la imagen y el cuerpo fragmentado.

Instaura el estadio del espejo y hace surgir el deseo de la madre sobre el hijo, aun *como* falo. Sabemos que el psicótico no es mirado por la madre como objeto de su deseo. Eso es lo que hace emerger el trabajo analítico en este tipo de paciente. Y ya no es un paciente, es la dupla madre-hijo, es el discurso familiar.

Así como surge el deseo de la madre hacia el hijo, en éste se crea el deseo de deseo, es decir el deseo de ser amado. Es un deseo alienado en el deseo de la madre, pero es el primer momento fecundo en que emerge el

deseo propio. Así como puede reconocerse como imagen unificada en el espejo, es cuerpo unificado, es moi naciente, porque hay un deseo.

Esto puede hacer surgir la idea de un poder mágico de la palabra (imaginario). La diferencia entre el “medical man”, el curandero, el chamán y el hipnotizador con el psicoanalista está en que los primeros son producto de una cultura (dependen del lugar, del momento histórico), y que al mismo tiempo fomentan la ilusión, la mantienen.² El psicoanalista reconstruye y desilusiona y así instauro la modificación al ubicar al sujeto frente a la castración y el deseo. Aquellos curan por el poder de lo imaginario, el psicoanalista renuncia a él para, a través de esta renuncia, tener un poder sobre lo imaginario, es decir el poder de lo simbólico. ⁵ Aquellos *hacen creer*, el analista en un primer momento *deja creer* que es “le su jet suposé savoir” para que se explaye la transferencia.⁶ Deja creer, es decir se ofrece o se presta a ubicarse en el lugar del objeto *a*. [Estos aspectos se encuentran más desarrollados en otro trabajo, realizado por algunos de nosotros (M. Pereda, D. Gil y F. Schkolnik), que se titula “Entre la repetición y la ausencia” y se publica en este número de la *Revista*.]

El analista, frente al paciente psicótico habla desde lo simbólico y desde allí reconoce las transferencias del discurso familiar, como algo que corresponde a lo imaginario. Las hace entrar en escena: la escena de la situación analítica.

El discurso familiar, aun en su relato individual, es una novela: es la novela familiar. [No utilizamos el término novela familiar en el mismo sentido que Freud lo utiliza desde la correspondencia con Fliess hasta el trabajo “La novela familiar”. Con esta denominación significamos el guión urdido por el grupo familiar que da cuenta del papel que ocupa cada cual en

él.] Es ante el analista, desde el lugar del Otro, donde se va a hacer la historia.

La historia se hace en el encuentro. El conocimiento que se elabora del pasado está en relación directa con el presente. “La historia es presencia ante otro, animada por una voluntad de rencuentro y de explicación. Es una comunicación sin reciprocidad.”¹ El Otro no es respondiente. El psicoanálisis ha abandonado el ideal positivista de reencontrar una Historia. Desenmascarando lo imaginario y el yo (*moi*) en su función de desconocimiento, emergen el sujeto, el *je*, sujeto de su deseo ya no sujetado, enfrentado a la castración (esquema *L* de Lacan).

¿Qué lugar ocupará el analista en estos tiempos?

El analista ocupa siempre un lugar que es el lugar del Otro, pero además, en el segundo y tercer tiempos “se presta” a ocupar el lugar del objeto “*a*”; se desplegará una situación transferencial no sólo entre sí, sino también con el analista, incluyéndose en el vínculo transferencial también al niño “psicótico”.

En ausencia de la palabra mediadora de la madre, que al transmitir la ley da un lugar al padre, el niño queda apresado en la relación dual. El analista se ubicará en un lugar tal que al mismo tiempo que permite que se repita esta relación dual con él, la explícita, no siendo entonces sólo acto (síntoma), sino también palabra. Al mismo tiempo que al repetirla la afirma, al denunciarla la niega, negándose también él en su posición de “madre”. Si el analista puede “crear” el estadio del espejo, al introducir lo imaginario y lo simbólico con; la palabra, reubica a la madre “como tal” (“invierte narcisísticamente a la madre”)⁴ y permite que ésta ocupe la función mediadora, que da lugar al padre, al darle ella un lugar. Esto

posibilita el pasaje al segundo y tercer tiempos del Edipo. Con ello da lugar al padre, como se puede ver en el siguiente ejemplo:

Es un niño de: 4 años y medio que se ha tomado en análisis individual pero queden las primeras sesiones no: puede separarse de la madre y debe entrar con ella. Ubicado en la sala de juego se dirige a su madre en voz baja, dando la espalda al analista. Fue interpretada la situación como que sólo puede estar con la madre sin integrar otra figura. Comienza a dirigirse al analista hablándole ahora a él en voz baja y dándole la espalda a la madre. Al mostrarle la repetición de su conducta, habiendo sustituido a la madre pero jugando los mismos papeles, conducta que está sustentada en la fantasía de ser una parte de la madre, el niño comienza a hablar del padre y puede dirigirse al analista y a la madre. En sesiones siguientes comienza a entrar solo.

Si bien este no es un ejemplo tomado de un niño diagnosticado como psicótico, esta relación dual corresponde estructuralmente al primer tiempo del Edipo.

Pensamos con Mannoni que en la transferencia el guión ya está dado, cada cual tiene un papel asignado, pero aquí se introduce el analista y sobre él se redistribuyen las cargas y se remobilizan hacia diferentes puntos. El analista pasa a ocupar distintos papeles; esto enloquece a la familia. Se quiebra la estereotipia, el guión estalla y puede emerger el secreto de la familia. Desde el lugar del Otro se nace hablar al Sujeto.

Durante el tratamiento de un niño de tres años (diagnosticado por un psiquiatra de psicótico) con el grupo familiar, hacia el cuarto mes de iniciado vemos en una sesión expresarse en toda su amplitud la locura

familiar. La familia ha concurrido hasta la casa del analista pero deciden entrar solamente los padres y su hijo, permaneciendo en el auto la hermana, una amiguita de ésta y la empleada. La madre se dirige rápidamente hacia el consultorio mientras su hijo llora y grita en la calle llamando a la empleada y a la amiguita. El padre hace entrar a su hijo a la fuerza y luego sale a llevar el auto una cuadra más abajo. Vuelve a casa del analista y se sienta en la sala de espera. El niño sale del consultorio llorando y el padre le dice que llevó a los demás a su casa; el niño insiste que entren todos demostrando no creer lo que el padre le había dicho; al fin éste cede y le dice a la madre, “Andaba buscarlos”. Ella responde, “Anda tú”, mientras queda sentada en el consultorio.

Una vez que entraron todos el hijo cesa de llorar, deambula por la habitación, las dos nenas juegan a “tomar el té”, la madre habla de sus problemas de nacionalidad, el padre permanece sin decir una palabra y la empleada comenta: “Así pasa, todos los días en casa”. El guión que venía preparado de antemano se resquebraja, se objetivan en esta oportunidad los intercambios de papeles y de lugares de cada uno de los integrantes. F deja en esta ocasión de ser el loco, para ser aquel que emite un mensaje.

En ciertos casos de psicosis infantil el deseo no puede emerger en el niño porque el Otro, sustentado sólo por la madre o el padre, desea que no asuma ningún deseo; el no deseo de que nazca o de que surja un ser deseante trunca al niño en su desarrollo y lo fija en la psicosis. Esto se verá en el ejemplo siguiente:

Renée es una niña psicótica. En el curso del tratamiento aparecieron los deseos de muerte de ambos padres hacia ella. El padre concurre a la segunda sesión con la niña en sus brazos enferma con angina y dice que la

trajo así para que la viéramos, así está tranquila, es la forma en que está bien. Se interpreta que si ella asume la enfermedad la familia está bien. En un momento de la sesión se duerme y el padre pregunta si no le podrá pasar algo cuando está dormida ya que, “Después de la muerte hay cinco minutos en que se sigue escuchando...”. Luego relata cuando él mismo estuvo muy grave y pensó que se iba a morir igual que su madre, casi de 70 años, hace 6 años. ;

Pensamos que la paciente representaba su madre muerta y que mientras permaneciera así, ni viva ni muerta, tampoco moría su madre y por lo tanto no hacía el duelo. Si se salva Renée muere su madre y también puede morir él: por su relación dñd ^coii aquélla. La solución era dejar a Renée psicótica, medio muerta;

y r Para otra sesión, aproximadamente a un año del tratamiento, Renée sufre una fractura, que en un principio no fue atendida por no darle importancia, pero que luego es diagnosticada y vendada. Concurre con la madre. La niña se saca la venda, la enrolla y desenrolla. Pregunte qué se estará ocultando acá, qué hay que decir y la madre cuenta que su madre estuvo grave, un ataque cardíaco, coincidiendo con la caída de Renée.

Es como si ésta estuviera condenada a ser la enferma de la familia; si ella se lastima o se muere los demás se salvan.

Cualquiera que sea la corriente de pensamiento psicoanalítico que se desarrolle, esta corriente debe ubicarse para dar respuesta a su concepción y manejo de la transferencia, pero teniendo en cuenta que si la transferencia se puede interpretar teóricamente de distintas maneras es porque también se la reconoce como uno de los ejes fundamentales de la concepción psicoanalítica, es decir que forma parte de la doctrina psicoanalítica. Es entonces cuando doctrina y teoría tienen que constituirse en método para poder desenvolverse como práctica.

Creemos que en un análisis detallado de la transferencia, ésta sigue manteniendo las características que Freud puso de relieve: como obstáculo en los “Estudios sobre la histeria”; como resistencia y fracaso en “Dora”; y como instrumento a partir del “Hombre de las ratas”.

Estos dos aspectos de la transferencia, resistencia-obstáculo e instrumento, son las manifestaciones donde juegan lo imaginario y lo simbólico. Es resistencia para el conocimiento del inconciente, en este sentido se equipara con los síntomas, pero al mismo tiempo otorga la fuerza de la interpretación. Es del lado de la interpretación que se desenmascara la transferencia, la resistencia. Emerge el sentido y al mismo tiempo se resuelve la transferencia. Esto es lo que nos dice Freud.

En la teoría kleiniana no encontramos explicitados ninguno de los registros desarrollados por Lacan y pensamos que su teoría y su práctica deben ser revisadas más cuidadosamente, porque cuando da cuenta de un conflicto al hablar de las fantasías, también Klein da lugar al niño en la relación con sus padres. Ello significa que aun implícitamente ella trabaja con la diferencia entre lo imaginario y lo simbólico y que más concretamente en el caso Dick como dice Lacan, ella con su palabra introduce el campo simbólico y pone en marcha el proceso psicoanalítico.

No ignoramos los posibles deslizamientos en lo imaginario que implica una postura teórica como ésta. De todos modos se necesita una cuidadosa reflexión sobre el gran aporte kleiniano, que desborda el objetivo de este trabajo.

El aporte fundamental de Mannoni a partir de Lacan es la afirmación radical de que el lenguaje crea al sujeto, al escindirlo. El niño ya antes de nacer está inmerso en un universo de palabras que vehiculizan los deseos de los padres hacia el hijo y que distribuye los papeles. Esta inmersión a veces es un apresamiento (ya no sujeto, sujetado). A partir de esto ya no se

puede más prescindir del discurso familiar, donde él sujeto está inscrito y habla por todos en su síntoma o en sus palabras.

Discurso enunciado pero al mismo tiempo a revelar, discurso del mito y la novela que debe, en relación con el analista desde el lugar del Otro, reinstalarse dentro de la estructura edípica. A través de esto, el hecho se transforma en acontecimiento (advenimiento), la novela se recrea ahora como historia.

BIBLIOGRAFÍA

1. FOULQUIÉ, J. P.: “La connaissance.” Ed. L’Ecole.
2. KAHN, M.: “Le cadre thérapeutique de Freud.” *Nouvelle Rec. de Psych*, nº 1; Gallimard.
3. LACAN, J.: “Las formaciones del Inconsciente.” Ed. Nueva Visión, 1970.
4. MANNONI, M.: “El niño, «su enfermedad» y los otros.” Ed. Nueva Visión, 1976.
5. MANNONI, O.: “Astolfo y Sancho.” *Nouvelle Rev. de Psych.*, nº 8; Gallimard.
6. ROUSTANG, F.: “Un destin si funeste.” Ed. Minuit, 1977.
7. SAFOUAN, M.: “De la estructura en psicoanálisis. Contribución a una estructura de la carencia. Qué es el estructuralismo.” Ed. Losada, 1971.

REVISTA AL HORIZONTE

Publica notas incursionando en aportes recientes a algunos de los campos que están en el horizonte de la disciplina psicoanalítica, tales como antropología, filosofía, lingüística, neurofisiología, psicología, sociología.

HOLOGRAMA, MODELO PARA LA MEMORIA

Ciertos misterios que se plantean en el estudio del cerebro estarían esfumándose en la medida en que se afirma la validez de un nuevo paradigma de su funcionamiento; el holograma. Lo propone Karl Pribram, quien se explaya acerca de sus ideas en una entrevista publicada en “Psychology today” (1979). El tema es tratado también por Massimo Piatelli - Palmarini en un artículo que aparece en la “Nouvelle Revue de Psychanalyse” (1977).

Pribram, notable investigador de la Universidad de Stanford, mentor de la neuro-psicología —esa tierra de nadie entre neurología y psicología— sostiene la existencia de un holograma neuronal. Esto es, que el cerebro operaría como un analizador de frecuencia que traduce los “estímulos” —de-finidos como conjuntos complejos de ondas— en sus patrones de ondas componentes, llevando a cabo una operación matemática análoga al análisis de Fourier.

El holograma resulta ser un modelo —y no una mera metáfora— para la Comprensión del proceso de la memoria y resuelve algunos de los misterios del funcionamiento cerebral partiendo de una base holística según

la cual las funciones del todo no dependen de las partes. Deja así por el camino las hipótesis de la huella en un cerebro rígido, con localizaciones y conexiones fijas. A la vez la vertiente ondulatoria de la concepción del universo obtiene una valiosa prueba de su fecundidad.

En fin, una entera vuelta de tuerca.

ALGUNOS ROMPECABEZAS

Las teorías corrientes acerca de la memoria sostienen que ella es discreta y localizada, que es el resultado de cambios bioquímicos en el cerebro, y que es almacenada en células individuales, para ser llamada de vuelta cuando éstas son activadas electroquímicamente. Los fisiólogos han buscado las localizaciones y los engramas, cambios en las células que supongan alguna forma de huella. No los encuentran. Más bien parece que una misma memoria está distribuida a través del cerebro, lo que explicaría que no haya correspondencia entre el monto de daño cerebral y el monto de pérdida de memoria. Un sujeto que pierde la mitad de su cerebro, no pierde la mitad de sus recuerdos ni reconoce sólo la mitad de su familia. Todavía más, dice Pribram, se ha demostrado que sólo el dos por ciento de las fibras de un sistema serían suficientes para cumplir las funciones de ese sistema —capacidad de reserva que sólo ocurre en el cerebro—. El resto estaría “involucrado en otras funciones.

Más categórico aún que Pribram, Piatelli-Palmarini afirma que, “si ha habido algún progreso luego del tratado de Aristóteles en la definición de lo que hay que explicar para explicar la memoria, este progreso consiste en una marginalización del concepto de traza mnésica”. El destino de la huella lo sigue también el modelo de la computadora: las exigencias de su construcción imponen ciertas separaciones, por ejemplo, entre unidades de información, de memoria y de proceso, las que refuerzan la idea de reservorio y de recuperación. Locke habría sido el que inauguró la metáfora

de la memoria como almacén de datos o hechos, un curioso almacén en el cual cada parte de un artículo forma parte a la vez de numerosos' otros artículos; La memoria de los cibernéticos poco tendría que ver con la humana.

Pero no sólo de la memoria viene la quiebra del esquema topologista y atómico. También del aprendizaje y de la percepción.

Hay constancias perceptivas. Por ellas, reconocemos a un objeto como él mismo, no importa la distancia o la perspectiva desde la cual es -visto. Una palabra dice lo mismo aun .pronunciada, en otro tono y por voces muy diferentes. ¿Cómo, se concilia esta flexibilidad con un cerebro entendido como conexión fija entre objeto y respuesta?

Hay una transferencia del aprendizaje.

Aprendimos a escribir con una mano y podemos escribir también con la otra, con el pie y aún con un lápiz sostenido con la boca. Pero la parte del cerebro que controla las habilidades del pié o los dientes nunca escribió antes. Estas otras células también procesan la información acerca de la escritura que se adquirió unida a mano y brazo. El aprendizaje se distribuye por lugares impensados del cerebro.

En el caso del aprendizaje imitativo, no se podría aprender un movimiento copiando, si se tratara de identificar cada rasgo del modelo. Ni se podría realizar el acto si se tratara de seguirlo paso a paso. Más bien se atiende a cómo se hace-algo y se trata de hacerlo por uno mismo; es toda la configuración la que, está .jugando.

OTRO PRINCIPIO

Se hace necesario buscar un principio organizacional que no sea el de las unidades, los corpúsculos, y una serie de sucesivos descubrimientos apuntan en dirección del orden ondulatorio .como posibilitando una mejor comprensión y formulación .de los fenómenos. ..., . .

Un siglo atrás, Ohm descubrió el sistema auditivo como trabajando como un analizador de frecuencia de los sonidos y Georg von Békésy demostró que la cóclea y también la piel actúan como una cuerda sensible a determinadas frecuencias;

Todavía los textos consideran al sistema visual como un detector de rasgos singulares y a las células como selectivas para rasgos muy específicos tales como líneas y ángulos. Pero ahora se considera que las células .del sistema visual *no responden a formas* o intensidades de luz, *sino a patrones de luz y sombra*, a las alternancias luz-sombra-luz, “un código binario”, medidas en términos de frecuencia espacial- Y las células, del córtex serían analizadores de frecuencia que trabajan respondiendo selectivamente a determinada frecuencia. Los patrones visuales, los objetos, se “traducirían” así cómo un cierto patrón de alternancia.

Una experiencia fascinante por lo imaginativa viene del campo del sistema motor. N. Bernstein vistió a personas con trajes negros y las hizo moverse contra un fondo “negro, haciendo tarés tales cómo clavar clavos o saltar sobre colchones. En las zonas de articulación pintó puntos blancos y filmó. Los puntos moviéndose dibujaban ondas en el filme. Al realizar el análisis de frecuencia de estas ondas, halló que podía predecir con aproximación de milímetros, el curso de cada uno de los puntos blancos. Poder predecirla es también poder reconstruirla y repetirla, algo así como recordar.

Quizá la prueba decisiva viene de la fisiología de h neurona: el fenómeno ondulatorio fue revelado en la propia sinapsis por Sir John Eccles. Cuando el mensaje eléctrico pasa de una célula a otra, junto con el potencial sináptico se forma un *frente de ondas*: la superficie formada uniendo los puntos adyacentes que poseen la misma fase en el curso de un movimiento ondulatorio.

Estamos inmersos en un orden ondulatorio con sus leyes y peculiaridades y su propio diccionario. Sin embargo, todo aparece ordenado y bastante más simple. Algo- ocurre para que esta transformación que hace aparecer ciertos patrones sea posible.

LA MISMA MATEMÁTICA

Un mismo tipo de análisis matemático fue utilizado desde Ohm hasta Bernstein: el análisis de Fourier una forma de cálculo que permite transformar patrones complejos en sus componentes de onda y dice que no más de 12 de estas bastan para describir un patrón complejo.

Así como en la- visión lo que juega es toda una configuración analizada en sus ondas componentes que son los estímulos reales, así también ocurre en el aprendizaje del movimiento: el movimiento puede ser rápidamente imitado si el cerebro hace una transformación de Fourier que identifica las ondas fundamentales de la configuración.

Y es el mismo principio matemático que lleva a Gabor a inventar el holograma! Pero éste ya no trabaja con complejos de ondas sino con *patrones de interferencia de ondas* —un hecho propio del fenómeno ondulatorio» que no tiene lugar en la teoría corpuscular—. Este patrón de interferencia ocurre cuando se intersectan frentes de ondas que vienen de diferentes direcciones. Algo como lo que ocurre en un estanque cuando se tiran dos piedras. En la intersección se dibuja- un patrón, es decir, la interferencia evidencia una regla. Y ese patrón es lo que el holograma registra en una película, en la que aparecen alternadamente superficies claras y oscuras. Es Otra vez el código binario.

Si hay frentes de ondas interfiriendo en el cerebro, el holograma serviría como modelo del funcionamiento cerebral. Lo que evitaría conjurar nuevos

mecanismos, porque el holograma estaría presente siempre dada la naturaleza de frente de onda de las sinapsis. La patología brindaría una prueba complementaria: así como puede dañarse el cerebro sin perder la memoria, también el holograma puede ser cortado sin perder su capacidad de procesar imágenes. Las similitudes se suman.

HOLOGRAMA

Recibe este nombre porque su carácter de globalidad es esencial. Fue descubierto por el inglés Denis Gabor en 1947, pero su realización sólo llegó por 1960, con la invención del láser (Light Amplification by Stimulated Emission of Radiation), haz de luz coherente (cuyos rayos son todos de la misma longitud de onda y paralelos, estando todos en la misma fase, en cada plano de su recorrido).

Cuando dos haces de luz que vienen de diferentes direcciones, intersectan, en la zona de intersección se produce el fenómeno de interferencia, que es propio del orden ondulatorio: allí se dibuja una onda cuyos valores son la suma algebraica (o la media) de los de las ondas que llegan a cada punto. Si son dos crestas, se suman, si una cresta y un valle, dan un plano. Esa zona de intersección puede ser fotografiada. Utilizando luz común, la foto es una mancha gris, porque el haz luminoso es una mezcla de ondas que están en diferentes fases.

Algo muy diferente ocurre utilizando luz coherente. Cada haz se define entonces como frente de onda, que es la superficie formada por la unión de los puntos adyacentes que poseen la misma fase, y la interferencia dibuja un patrón característico en el que alternan zonas claras y oscuras. En la figura, el haz de láser se divide en el espejo semiplataado (a). Una de las mitades se refleja, la otra sigue hasta el espejo (b) y de allí a la placa

fotográfica (d), pasando por una lente difusora (c), constituyendo el “haz de referencia”. El haz reflejado en (a) es el “haz señal” que se vuelve a reflejar (b’) y pasa por una lente difusora (c) y luego ilumina el objeto (o) donde se refleja y sufre difracción. (Un caso particular de interferencia que se produce en la arista de un objeto opaco a la luz usada.) La arista actúa como fuente de ondas secundarias: la interferencia entre las ondas primarias y secundarias produce bandas de interferencia que se llaman bandas de difracción. Sobre la placa se produce entonces la interferencia de los haces, que ahora llegan con diferencia de fase, que es peculiar al objeto. En la fotografía no hay imagen del objeto sino un código óptico, no registra intensidades de luz sino información sobre las características de los frentes de onda. A la vez, cada punto de la placa recibe luz de todos los puntos del objeto, por lo que contiene en forma codificada toda la información acerca del objeto.

La información del holograma puede ser recuperada. Iluminado con láser, se recrea el juego de interferencias porque el holograma actúa como rejilla de difracción. Se producen dos imágenes del objeto. Una es una imagen real, que puede ser fotografiada. Otra es virtual, visible en el lugar en que estaba el objeto. Aquí éste aparece en tres dimensiones y el observador puede desplazarse a su alrededor, ver sus lados ocultos como si fuera un objeto sólido. A la observación no se distingue del objeto original (pero sí al tacto); está viendo el objeto, sólo que en una versión agrisada.

Como cada fragmento del holograma contiene información de todo el objeto, el holograma puede fragmentarse sin perder por ello la posibilidad de reproducir la imagen completa. A partir de un fragmento se pierde calidad en la reproducción, pero no su globalidad.

Utilizando láseres de diferente longitud de onda, se pueden superponer sobre una placa varios hologramas y reproducirlos independientemente. Un desarrollo reciente del holograma han sido el cine holográfico y el holograma magnético grabado en cinta en lugar de la placa óptica.

CEREBRO HOLOGRÁFICO

El campo receptivo de una célula en el sistema visual no cubre más de 5° de ángulo visual y dentro de cada uno de estos retazos de 5° hay un holograma, se registra un patrón de frecuencias. De este modo la superficie cortical aparece como una trabazón de retazos y la imagen *es* compuesta, como la del ojo compuesto de un insecto que posee cientos de lentes.

Sin embargo no tenemos imágenes fragmentadas. Es que en cada retazo la actividad celular crea un solo frente de ondas y de lo que tenemos experiencia es de la interferencia de estos frentes, de la imagen unificada que surge del entretrejido de estos frentes.

El cerebro sería así un instrumento holográfico especial. Las células responderían a patrones de interferencia del aporte del sensorio, actuando como analizadores de frecuencia que revelan el patrón, de ondas componentes... del estímulo, *resonando* cada célula con ...un patrón particular. Si en el sistema visual se cumple tal análisis, la memoria visual, ya no necesita de engramas localizados para explicar cada memoria específica, sino que la memoria visual está compuesta por ondas y organizada como el holograma, el que sería activado como recuerdo cuando el adecuado con junto de ondas es: transmitido desde la retina. Los patrones de luz-sombra-luz de lo que vemos serían los disparadores de los hologramas allí presentes, algo como un fenómeno de *resonancia* con el patrón de interferencia i el conjunto de ondas codificadas en lo que vemos.

En un proceso inverso, se activan ondas similares para-”recordar o ejecutar el movimiento. Esta resonancia implica una *identidad básica* y una concurrencia de la percepción y el recuerdo.

Ya no será sólo metáfora decir que en la comprensión, incluida en este modelo, se trata de “entrar en la onda” de lo que nos dicen, de hallar qué nos hace resonar, para entender de qué se trata.

MEMORIA SIN HUELLA

El holograma sería el modelo capaz de dar cuenta de esta complejidad. No trabaja con trazas mnésicas discretas sino con patrones de interferencia.

Lo elaborado por el sistema mnésico es una representación cifrada de los acontecimientos reales y no una imagen en el sentido fotográfico: entre realidad y representación psíquica, entre sujeto y realidad, está interpuesto un complejo codificador y una multiplicidad de transformaciones.

El alcance de la memoria es enorme y es a la vez simple, como ocurre con la percepción y el aprendizaje. Es que sólo se “almacenan” algunas señales o reglas (patrones de interferencia) y no montañas de detalles. A la vez, las correlaciones son muy rápidas, ya que la manera más rápida de analizar datos es transformarlos según el análisis: de Fourier y hacer correlaciones cruzadas, como las que hace, la computadora. No se pensarían las cosas según un escalón por vez, sino que se toma una constelación de una situación y se la correlaciona —y se hacen muchas correlaciones a un tiempo— y dé allí emerge la respuesta, que puede ser un gesto, un recuerdo, una opinión.

El holograma explicaría también, cómo podemos tomar tanta información del ambiente pero atender concientemente muy poco de él: a la manera del holograma,- los aspectos críticos de la situación son aislados momento a momento y con ellos es que trabajamos. En este caso, dice Pribram no es

adecuado hablar de “procesamiento de información” en el sentido de la computación.

Esto sugiere secciones, acontecimientos alternativos, en tanto que hablar de procesamiento de hologramas implica un mecanismo más holístico.

Heinz von Foerster propone una “memoria sin registro” que es una tentativa para superar la distinción entre memoria y percepción y el insoluble “paralelismo psico-físico” que implica. La memoria sería un tipo de operación realizado por los mismos circuitos que aseguran la percepción y la categorización. Tanto ver como recordar algo, significan “bombear” en el sistema visual todo lo que es este algo. Percepción y memoria se unifican y la diferencia entre una y otra radicaría en el *tipo de operación* realizada.

Mientras para Pribram la memoria se produce por una cierta resonancia, en la que percepción y memoria se aparean, Piatelli - Palmarini señala a la *imaginación* como lo que ilumina el holograma, como lo hace el láser, para obtener su reproducción. El resultado es un *espacio imaginativo* en el que se da una *trayectoria*: el recuerdo consiste en un recorrido, una exploración de un espacio habitado. Pero entonces *imaginación, recuerdo y percepción se encuentran como caras de un mismo proceso*, la recuperación del recuerdo es también una forma de percepción. Ahora una teoría de la memoria aparece como inseparable de una teoría general del conocimiento.

El holograma conserva y permite recuperar la organización original pero, a diferencia de la imagen, esta organización está codificada y distribuida de modo uniforme por todo el holograma.

El contenido del holograma no está ligado sólo por contigüidad, sino que está superpuesto, constituye una *convolución* (lo que es arrollado junto, de modo que una parte cubre la otra). Esto explicaría los procesos de *condensación* y de evocación global, de constitución de esa representación

del espacio imaginativo en el que ocurre el recuerdo. Como el todo está siempre representado en cada parte, la memoria holográfica tiene también la notable propiedad *metonímica* de la memoria humana.

Con la introducción de una dimensión temporal —el cine holográfico— y una dinámica, se obtiene una aproximación mejor al funcionamiento de la memoria; Se trata sólo de una analogía, pero su poder heurístico es mayor que el de otras analogías manejadas hasta ahora y las evidencias lo postulan como un modelo plausible.

LOS DOS ÓRDENES

La hipótesis del holograma supondría un isomorfismo entre cerebro y mundo: ambos están hechos o trabajan con patrones de onda.

Sin embargo, vemos objetos, cosas, fin, corpúsculos, y no es válido descartar lo que vemos como mera apariencia que encubre una “realidad” subyacente. Pribram afirma la necesidad de hablar de diferentes *órdenes de realidad*, que serían maneras de considerar el universo. Un orden es el de las ondas, cuyos patrones de organización revela el holograma, y que constituyen, siguiendo a Bohm, físico teórico de la Universidad de Londres, el “orden implicado”. En tanto que para una aproximación que “objetiva” el universo, habría que hablar de un “orden explicado”. Entre uno y otro están interpuestos sistemas de lentes (microscopio, ojo, telescopio, sentidos en general) y éstos son los que objetivan.

Pero en el cerebro y en el holograma, el “orden implicado” se descubre. En este orden espacio y tiempo parecen invalidados. Allí, dice Pribram, “en un sentido todo sucede a la vez, sincrónicamente. Podemos

leer esto que sucede a lo largo de varias coordenadas y las de espacio y tiempo son las más útiles para hacernos presente el dominio común de lo que aparece.

El salto al “orden implicado” lo haríamos continuamente. Al hablar por ejemplo. Lo que vamos diciendo no lo tenemos organizado previamente en tiempo o espacio, como en una organización monádica, todo presente a la vez, sino que está *holográficamente organizado* y “leemos” este holograma al decir.

Los patrones de onda de lo que dice este dominio del “orden implicado” hacen resonar la concepción freudiana del inconciente. ¿Hasta dónde llega su eco?

Para uno de nosotros, “el holograma es un modelo que posibilita pensar la interacción de la percepción-conciencia, el lenguaje y la memoria. El Verbo y la Conciencia son inseparables. Los sujetos comparten el mundo al hablar en una misma lengua. La memoria está anclada en el significante.”

Para otro el holograma “se alinea en el movimiento globalizador y de síntesis del pensamiento contemporáneo con las líneas que postulan la del ser-en-el-mundo (del sujeto encarnado y hablante en una situación que es, sobre todo intersubjetividad y ser-con-otro-entre otros), pensamiento que en el campo del psicoanálisis tiene expresión en las direcciones que colocan a la fantasía (otro concepto integrador) en el centro de ese ser y que es el modo de darse esa unitariedad”.

Entusiasmos que un tercero de nosotros modera (no podría ser de otra manera, estructuralmente hablando), aportando una gota de sano escepticismo: “no creo que por el momento se puedan sacar conclusiones o hacer trasposiciones de lo psíquico a lo biológico, pero sí que nuestro pensamiento pueda enriquecerse frente a un registro mnémico que ha tomado como modelo, hasta ahora, a la fotografía plana. Que además de su

ingenuidad, es también un modelo analógico. Parece mucho más acorde para la comprensión de los fenómenos perceptivo, ilusorio, onírico o alucinatorio y como modelo del almacenamiento del registro, este que comentamos.”

J. L. Bmm; G. Koolhaas; S. Pactuk

REVISTA A LA APU
LO QUE SE HACE LO QUE SE ESCRIBE

W. R. BION

Bion, Wilfred Ruprecht Bion, nació en Muttera, India, en 1897, de familia inglesa.

Murió de 82 años, en Oxford, en 1979 cuando proyectaba un viaje á su tierra de origen. De su padre, ingeniero, y de su madre, admirada por sus cualidades intuitivas, surgieron quizás sus raíces para el rigor teórico y sus aptitudes para formalizar sus conceptos, sus descubrimientos originales y su penetración para investigar en los desconocidos campos del inconciente y de la locura.

Sufrió una temprana separación de sus padres, viajando a Inglaterra a los 8 años, para ingresar al Bishops Stortford School. Enfrentó así muy pronto la soledad. La Primera Guerra interrumpió sus estudios y fue enviado como soldado en los tanques. Obtuvo la condecoración de “Distinguished Service Order” y la “Legión de Honor Francesa”, según sus palabras “por su miedo y su cobardía”, expresión que, desde luego, queda en la penumbra de las asociaciones. .

Terminada la guerra comenzó estudios de historia en Oxford, obteniendo su diploma de “Bachelor of Arts” en 1921. En su adolescencia adquirió las bases de su formidable cultura, que trataba en lo posible de disimular y que

iba desde el conocimiento de los clásicos hindúes a la literatura inglesa, a la filosofía y las matemáticas. Bion no cumplió con la sugerencia, que dio a sus discípulos, de que había que leer para olvidar. En su insólita multiplicidad fue, en su adolescencia, un notable deportista. Poseía excepcionales condiciones para la pintura y un intenso y profundo interés por la música que continuó durante toda su vida.

Una creciente atracción por la psiquiatría y la psicología determinó que comenzara sus estudios de medicina, en la University College Hospital de Londres, que culminaron en 1929. En su época de estudiante conoció a Trotter y se interesó por sus ideas sobre psicología de grupo. Durante el lapso de sus estudios de medicina tuvo una influencia muy significativa, el psicoanalista John Rickman, con quien comenzó su formación analítica en el año 30. Transcurrieron luego 10 años de adquisición de conocimientos de sí mismo, de los otros y de meditación. Comenzó a trabajar en la Tavistock Clinic de Londres, en forma honoraria, y fue secretario de la sección médica de la British Psychological Society entre 1933 y 1939. Escribió algunos trabajos sobre grupos que fueron publicados, en “Human Relations” y que luego aparecieron recopilados en su libro “Experiences in groups”.

A1 comenzar la Segunda Guerra Mundial fue llamado para desempeñar el cargo de jefe de un sector del Military Training del Northfield Military Hospital; trabajó allí algunas semanas con un grupo de psicólogos y psiquiatras y a pesar de lo escaso del tiempo la experiencia parece haber dejado un saldo muy positivo en sus colaboradores y en él mismo.

Pasó posteriormente al World Office Selection Board como psiquiatra “senior”. Ejercía el mismo tipo de trabajo que John Rickman, haciendo estudios con grupos de métodos para la selección de oficiales. Tuvo una influencia decisiva en la democratización de los procedimientos de

selección, -y»; como ocurría en todos los lugares donde trabajaba, dejó una profunda impresión entre sus colaboradores por las excepcionales condiciones de su personalidad.

Terminada la guerra, Bion retomó su formación analítica con Melanie Klein, cuyas obras habían tenido ya una gran influencia en su pensamiento y que serían las bases de algunos de sus desarrollos posteriores. Obtuvo su título de analista en 1947 y presentó su trabajo para ingresar a la Sociedad Psicoanalítica “The Imaginary” Twin”, en 1950.

Su primer matrimonio que había tenido lugar en 1940, terminó trágicamente: su mujer murió muy poco tiempo después de nacer su primera hija. Se casó nuevamente en 1951 y tuvo dos hijos de este segundo matrimonio, un varón que es actualmente médico y una hija especializada en lenguas modernas.

Aquí comienza un período muy particular en la vida de Bion con actividades en dos niveles diferentes. Por un lado, su producción científica comienza a incrementarse en profundidad: y en número: basta decir que en la Sociedad Británica se esperaba siempre, al retomar las actividades en otoño, “el trabajo” de Bion. Por otro lado, desempeña una serie de cargos directivos en diferentes instituciones, realizando también tareas asistenciales en la Tavistock Clinic y desde luego la práctica privada del psicoanálisis. Resulta asombrosa la actividad realizada sobre todo a partir del año 50. Algunos de los cargos importantes desempeñados por Bion durante esos años, fueron los de Presidente del Comité Médico de la Tavistock Clinic, Director de la London Clinic of Psychoanalysis, Presidente de la British Psychoanalytical Society, Presidente de la British Psychological Society, y, presidente, luego de la muerte de Melánie Klein, del Melanie Klein Trust, cargo que desempeñó hasta su viaje a Los Ángeles. Podemos imaginar que esa partida hacia Los Ángeles pudo haber tenido, entre sus finalidades, abandonar el sinnúmero de responsabilidades

que significaban los cargos directivos para dedicarse íntegramente a la investigación psicoanalítica y a la elaboración teórica.

Durante su permanencia en Los Ángeles surgieron problemas con algunos grupos psicoanalíticos norteamericanos, que no incidieron en su actividad. Enseñó, escribió, hizo numerosos viajes por Estados Unidos, Europa y América Latina, dictó conferencias y seminarios, algunos de los cuales están publicados, como los dos tomos de las “Brazilian Lectures”. ,

Volvió nuevamente a Inglaterra y se instaló con su familia en *Oxford*, en setiembre de 1979, donde comenzó a trabajar con un grupo de psicoanalistas. Dos meses después enfermó bruscamente y murió en paz, el 8 de noviembre de 1979.

La obra de W. R. Bion es de una impactante originalidad: es un verdadero creador en psicoanálisis. Su punto de partida es fundamentalmente la teoría kleiniana pero, desde luego, también toma en sus desarrollos partes diferentes de la obra de Freud haciendo, muy frecuentemente, referencias a la misma, sobre todo a “los dos principios del suceder psíquico.

El libro “Experiencia en grupos” (1959) que contiene la reimpresión de varios artículos anteriores, trae conceptos de interés para aquellos que trabajan en el campo del psicoanálisis de grupo, Posteriormente, Bion deja este tema y entra decididamente en lo que constituye, para nosotros, el núcleo central de su investigación. En la introducción de uno de sus libros básicos, “Aprendiendo de la experiencia”, (1963) se delinean los ejes de su búsqueda: “En la práctica psicoanalítica, particularmente con pacientes que presentan síntomas de trastornos del pensamiento, se observa que el psicoanálisis ha llegado a una nueva dimensión en estos problemas [. . .] Este libro se refiere a las experiencias emocionales que se relacionan *directamente* con las teorías del conocimiento en el psicoanálisis clínico [...]” En este mismo libro aparecen, en sus bases, las ideas que van a tener

luego un original y creativo desarrollo: la teoría de las funciones incluyendo la función alfa, su fracaso, con producción de elementos beta y constitución de objetos “bizarros” (estos adquirirán luego una importancia fundamental en la comprensión de los mecanismos de defensa utilizados en algunos tipos de personalidad). Y es así, como, investigando en el psicoanálisis de pacientes psicóticos, llega finalmente a una teoría de la estructura de la personalidad con una parte psicótica y una parte no psicóticas. Se anuncia también y se esboza en este momento, una teoría sobre el origen del pensamiento en relación con la identificación proyectiva, que será objeto de sucesivos estudios en obras posteriores. Conceptualiza distintos tipos de vínculos; L (love), H (hate) y K (knowledge) y sus negativos correspondientes, de los que quizás el más importante sea el famoso —K. Señala también la necesidad de buscar una notación científica para la experiencia psicoanalítica, notación que alcanza en “Elementos de psicoanálisis”* (1963) con la conocida tabla para categorizar enunciados, con un eje vertical, genético, y uno horizontal, de “usos”. Integran esta tabla, en el eje genético, el sistema deductivo científico y el cálculo algebraico, aunque este último aparece, por el momento, vacío. Bion señala que esta tabla es personal, que existen múltiples ausencias y fallas y que cada psicoanalista debe contribuir a desarrollarla, construyendo al mismo tiempo su propia tabla.

En este libro desarrolla nuevos conceptos en el “dominio del mito”, sin el cual, “No puedo concebir la posibilidad de la construcción de un modelo como parte del equipo con que cuenta el analista”. Importan, sobre todo, los mitos personales del analista en relación con el discurso del paciente que forman parte del procedimiento y del método científico psicoanalíticos. De la capacidad de la madre, llamada por él “rêverie”, de poder actuar como función alfa, metabolizando las angustias del niño, crea el modelo continente - contenido. Cuando esta relación tiene una naturaleza negativa,

el vínculo K se transforma en -K. Cuando la angustia es devuelta con angustia, aparece, en el niño, lo que Bion llama el terror sin nombre, hecho de observación frecuente en los niños psicóticos. La relación continente-contenido y la interacción dinámica de la posición esquizoparanoide y de la posición depresiva son factores de “crecimiento mental”. El “decrecimiento” mental se hace con —K utilizando la mentira sobre sí mismo, concepto diferente de la falsedad, que es una simple restricción -de los hechos.

En su libro “Transformaciones” (1965), Bion, en una orientación kantiana diferencia el O de K: existen transformaciones en el analista y en el paciente, que denomina alfa y beta y un “devenir” hacia O, pero, estas no llegan nunca a O, experiencia psíquica incognoscible.

K n su última libro; “Unía memoria del futuro” (1975-1977) en dos volúmenes, Bion cumple con la idea de que la imaginación “debe ser dejada en libertad”. Transcribiremos, sin traducir, para dar una idea del estilo de estos libros, un fragmento de la página 146 del primer tomo de “A Memoir of the Future”, parte I, “The Dream”:

“BION. Are they clearly labelled? Watch out for the Moralists, the biggest robbérs of all!

“MYSELF. «They» know! No doubt ye are the people and wisdom will die with you! Devoured, owned, miserly, locked up in their iron digestive canals and inaccessible to those who could use it. What!, they smile... our names, our deeds... so soon erases Timer upon his tablet where man’s glory...

“MAN... liveth for evermore. The glorious dead Ils gisent là. Sans voix,. sans ouie... come, let us dig them up and, do you remember boy? How shocke your nanny was...

“BION. Poor nanny! wasn't old Ayah, poor old thing, when I asked when we were going to dig up the people in the cementery and eat them!

“ROBIN. An anachronism. Learn it and write it out fifty times for the next exam on Shakespeare. Fifty “times”. The number of times! That will teach them to speak disrespectfully of time! A-chronous indeed! A-nonymous! Fetch me my packet of labels boy. I'll show them who owns what! Where's that war I won?.. .”

Betty Joseph y Hanna Segal, comentando estos libros, señalan que podrían ser interpretados como una autobiografía psíquica de un psicoanalista.

W. R. Bion fue un notable pensador, con insólitas cualidades cuya existencia parece imposible en una sola mente: por un lado, esa capacidad de “aleación” con la locura, que posibilitó su profundidad psicoanalítica y cimentó su poder imaginativo, su creatividad y productividad que no dudamos en llamar poética, y por otro, el rigor de su pensamiento lógico en la construcción teórica y en la búsqueda de la formalización.

Sabía que dejaba una obra imperecedera pero, siempre con humildad, mostraba la in-completud y los límites.

La insondable e inasible personalidad de Bion no sólo tiene efectos de atracción, admiración y respeto sino también de estímulo para proseguir, por los senderos abiertos por él, en los oscuros misterios del hombre.

[Para la realización de esta nota hemos consultado “Wilfred Bion” de Betty Joseph y Hanna Segal (“Boletín de la A.P.I., vol. 12, nº 2, de abril de 1980) y los trabajos “W. R. Bion” de Betty Joseph, “La contribución de Bion a pensar sobre grupos” de Isabel Men-zies Liyth y “Las

contribuciones clínicas de Bion” de Hanna Segal, aparecidos en la “Revista Chilena de Psicoanálisis”, vol. 2, nº 1 de 1980.]

Carlos Mendilaharsu

OBRAS DE BION

Psychiatry at a Time of Crisis (Psiquiatría en un momento de crisis). “British Journal of Medical Psychology”, XXI, 1948, pp. 81 y ss.

The Imaginary Twin (El mellizo imaginario). Leído en la Sociedad Psicoanalítica Británica en 1950, publicado en “Second Thoughts”. W. Heinermnn, Londres, 1967.

Group Dynamics. A Review (Una revisión de la dinámica de grupo). “Int. J. of Psychoan.”, XXXIII, 2, 1952, pp. 2&5 y ss. “New Directions in Psycho-Analysis”, Ta-vistock, Londres, 1955. “Nuevas direcciones en psicoanálisis”, Paidós, Buenos Aires, 1965.

Notes on the Theory of Schizophrenia (Notas sobre la teoría de la esquizofrenia). “Int. J. of Psychoan.”, XXXV, 2, 1954, pp. 113 y ss. “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, II, 1-2, 1957, pp. 185 y ss.; “Second Thoughts”, cit., pp. 23-25.

Language and the Schizophrenic (Lenguaje y esquizofrenia). “New Directions in Psychoanalysis”, cit., pp. 220 y ss. “Nuevas direcciones en psicoanálisis”, cit.

Deoelopment of schizophrenic Thought (Desarrollo del pensamiento esquizofrénico). “Int. of Psychoan.”, XXXVII, 3, 1956, pp. 344 y ss. “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, II, 1-2, pp. 178 y ss., “Second Thoughts”, cit., pp. 43-64.

On Arrogance (Sobre la arrogancia). “Int. J of Psychoan.”, XXXIX, 3-4, 1958, pp. y ss. “Second Thoughts”, cit., pp. 86-92.

On Hallucination (Sobre la alucinación). “Int. J. of Psychoan.”, XL, 5-6, 1959, pp. 308 341 y ss. “Second Thoughts”, cit., pp. 65-85.

Attacks on Linking (Ataques al vínculo), “Int. J. of Psychoin”., XL, 5-6, 1959, pp. 308 y ss. “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, VII, 4, 1965, pp. 335 y ss. “Second Thoughts”, cit., pp. 110-119.

Experiences in Groups (Experiencias en grupos). Tavistock, Londres, 1959; Paidós, Buenos Aires, 1963. Este libro contiene la reimpresión de varios artículos, a saber: *Intergroupal Tensions in Therapy* (Tensiones intragrupalas en terapia), Lancet, 27 de noviembre de 1943; “*Experiences in Groups*” (Experiencias en grupos), “Human Relations”, 1, 4, 1948-1951; *Group Dynamics. A Review* (Una revisión de la dinámica de grupo), “Int. J. of Psychoan”, cit., 1952.

A Theory of Thinking (Una teoría del pensamiento). “Int. J. of Psychoan.”, XLIII, 4-5, 1962, pp. 306 y ss. “Revista de Psicoanálisis”, XXII, 1 - 2, 1965, pp. 1 y ss.

Learning from Experience (Aprendiendo de la experiencia). W. Heinemann, Londres, 1963; Paidós, Buenos Aires, 1966.

Elements of Psychoanalysis (Elementos del psicoanálisis). W. Heinemann, Londres, 1963; Hormé, Buenos Aires, 1966.

The Grid (La Tabla). Inédito; 1964, *Transformations* (Transformaciones). W.

Heinemann, Londres, 1965.

Catastrophic -Change (Cambia catastrófico). Inédito; transcrito en el “Scientific Bulletin of the British Psychoanalytical Society”, 5, 1966.

Notes on Memory and Desire (Notas sobre la memoria y el deseo). “The Psychoanalytic Forum”, II, 3, 1967; “Revista de Psicoanálisis”, XXVI, 3, 1969, pp. 679 y ss.

Second Thoughts (Volviendo a pensar). W. Heinemann, Londres, 1970; Hormé, Buenos Aires, 1970.

“*Volviendo a pensar*” consta de: 1. Introducción; 2. El mellizo imaginario; 3. Notas sobre la teoría de la esquizofrenia; 4. Desarrollo del pensamiento esquizofrénico; 5. Diferenciación de las personalidades psicóticas y no psicóticas; 6. Sobre la alucinación; 7. Sobre la arrogancia; 8. Ataques al vínculo; 9. Una teoría del pensamiento; 10. Comentario; Bibliografía.

En el último capítulo, “Comentario”, se refiere a los cambios conceptuales que tuvo luego de la publicación de los artículos que figuran en este volumen.

Attention and Interpretation (Atención é interpretación), Tavistock, Londres, 1970.

The Grid, Los Ángeles, 1971 (inédito).

Bion Brazilian Lectures, 2-1973; Imago Editora, Río de Janeiro, 1973.

Bion Brazilian Lectures, 2-1974; Imago Editora, Rio de Janeiro/San Pablo, 1974-:

A Memoir of the Future; Part I, the Dream. Imago Editora, Río de Janeiro, 1975.

A Memoir of the Future; Part II, The Past Presented. Imago Editora, Río de Janeiro, 1977.

Two papers: the grid and caesura. Imago Editora, Río de Janeiro, 1977.

Seminarios de psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 1978.

Esta lista fue tomada del excelente libro “Introducción a las ideas de Bion” de Grinberg, Sor y Tabak. Se agregaron dos últimas obras publicadas en Brasil.

Existen grabaciones de los últimos Seminarios dictados en ese país, que posiblemente serán publicados.

Carlos Mendilaharsu

EL DESARROLLO KLEINIANO*

Por

DONALD MELTZER

(LONDRES)

Quisiera hablar sobre la teoría de los espacios mentales, de ciertos fenómenos conectados con ésta y de algunos problemas que considero aún no resueltos. Este libro, “El desarrollo kleiniano”, es la integración personal de mi lectura de Freud, mi experiencia con él análisis y los escritos de la Sra. Klein y mi experiencia de Bion y sus escritos. Se trata de algo muy personal y en un cierto sentido es verdaderamente retrospectivo, pues hago una revisión de mi trabajo de veinte años dentro de este marco. En el proceso de disertar sobre mi trabajo he tenido que descubrir de qué se trataba en realidad, es decir, cuál es el modelo teórico en mi mente que yo uso en el consultorio —y creo que he descubierto un modelo mucho más intensamente integrado que el que yo esperaba.

Antes de emprender esta investigación de mí mismo, siempre pensé que mi trabajo se basaba casi exclusivamente sobre la obra de la señora Klein; no percibí con claridad dónde su obra mostraba una fuerte dependencia de Freud, ni tampoco comprendí qué influencia importante había ejercido la obra del Dr. Bion sobre mí, pues si bien me había interesado profundamente, su lectura me resultó tan irritante, que no llegué a darme cuenta lo hondo que había penetrado en mi mente. En el transcurso de mis disertaciones a través de ocho o nueve años, descubrí que la obra de estas tres personas realmente estaba dispuesta de un modo muy estructurado en

* Versión, corregida por el autor, de la conferencia pronunciada en la APU el 18 de agosto de 1979.

mi entendimiento. Quizás no haya reconocido el impacto que Freud ejerció sobre mí porque gran parte de su posición filosófica implícita me era extremadamente ajena, ya que Freud en su esencia filosófica era un realista, y por lo tanto profundamente neurofisiólogo y propio del siglo XIX en su metodología. Como científico quería explicar las cosas. Yo sabía, en vez, que mi propia petición era antes que nada la posición de un idealista (filosóficamente hablando), porque pienso que el significado del mundo es creado por la mente humana y no existe más allá de la percepción que de él se tiene; y en segundo lugar, creo firmemente; que la fenomenología de la mente no está ligada por ninguna relación de parte a parte con la estructura y el funcionamiento del cerebro. Probablemente un nivel de fenomenología tenga sus fundamentos en la sub-estructura de *las* operaciones del cerebro. Quizás pueda decirse, para formular una analogía* que esta fina capa de vida sobre nuestro planeta, depende absolutamente- de la geología existente por debajo y del clima por arriba, pero sin- embargo e*'un nivel fenomenológico diferente de la geología y de la meteorología.

También me resultó muy ajeno en la obra de Freud su preocupación profundamente cuantitativa y el hecho que la emotividad no fuera muy central en su modelo de mente. La emotividad tendía a tratarse como una especie de ruido, interesante pero esencialmente arcaico e inútil. Si bien tuve conciencia de estas diferencias básicas, no había reconocido cuán profundamente mi trabajo se fundaba sobre Freud, el clínico. Al releer a Freud y a! tener que disertar sobre su obra, descubrí una brecha muy importante entre el científico explicativo del siglo XIX y el psicólogo fenomenológico en el consultorio. Este estudio de Freud me ayudó a su vez a comprender mejor la obra de la señora Klein y a apreciar qué tipo de revolución en el psicoanálisis representaba su obra. También comprendí por qué hubo una controversia tan acalorada, por qué los psicoanalistas

estadounidenses se le oponen tan violentamente, y también por qué ha ejercido tanta atracción en los países latinos.

Asimismo hallé evidente que las razones manifiestas para esta oposición tuvieron muy poco que ver con la verdadera revolución que significó la obra de la señora Klein. La verdadera revolución fue, creo, su primer descubrimiento i es decir, los informes de sus pacientes niños de que hay un interior de los cuerpos de sus madres como hay también un interior de sus propios cuerpos. Estos lugares internos parecen poblados, y las cosas que allí acontecen se vivencian de modo muy concreto, y poseen una influencia predominante sobre los estados mentales. También me ayudó a comprender que las cuestiones acerca de fechar el complejo de Edipo eran irrelevantes pues la cuestión *clave* era la pre-valencia y la concreción de la realidad psíquica. Entonces llegué al punto de vista que esta actitud que ve la realidad psíquica como primaria para la generación del significado y como concreta en su impacto sobre los estados mentales, .equivale a un sistema “teológico”, es decir, implica que todo ser humano tiene una religión, quiéralo o no, y cada uno obedece a ésta, su propia religión privada o de lo contrario cae mentalmente enfermo. Esta religión privada no es idéntica a la religión privada de ningún otro y sólo las personas cuyas religiones privadas se aproximan entre sí, son capaces de entrar en relaciones íntimas.

Así empecé a entender otros aspectos de la revolución implícita en la obra de la señora Klein. Digo “implícita” porque ella no era ni una intelectual ni una teórica. Ella poseía casi puramente una mentalidad científica descriptiva. Su modelo de mente agregó varios elementos importantes al modelo freudiano: que la emotividad se encuentra en el núcleo del

significado en la vida mental; que el valor es un principio económico que gobierna las relaciones objétales; y que la geografía de la fantasía forja una variedad de mundos en que pueden vivir los seres humanos, mundos tan diferentes el uno del otro que esencialmente no hay posibilidad de comunicación entre ellos. Cuando los hombres viven en espacios mentales diferentes entre sí, sus medios de comunicación, todas las palabras que usan, todas las emociones que sienten, se refieren a mundos que son tan divergentes que impiden que sus mentes consigan una verdadera unión. Dentro de ciertos límites es posible que uno mismo se mueva dentro de estos otros mundos, es decir, el mundo de dentro de los objetos como también —se sobrentiende— el mundo dentro de uno mismo, posibilitándose así la comunicación con personas que viven en éstos otros espacios.

La implicancia de este descubrimiento del mundo interno como un lugar concreto cambió totalmente el concepto de transferencia, tal como se usó en el modelo kleiniano, modificándose «1 punto de vista freudiano según el cual es una repetición compulsiva del pasado reprimido. De acuerdo con el modelo kleiniano es una externalización del *presente* inmediato en el mundo interno de la persona. Por consiguiente, la transferencia es esencialmente transferencia infantil —niños y padres—El modelo enmendado también modificó el concepto de mecanismos de defensa. Según el patrón freudiano de la mente los mecanismos de defensa son, en su raíz, mecanismos neurofisiológicos desatados por variaciones en las cantidades de estimulación ó excitación, inducidas por la distribución libidinal, como en los aparatos eléctricos. De acuerdo al modelo de la

señora Klein, los mecanismos de defensa son fantasías inconcientes. * Por lo tanto, los nombres que pueden otorgarse a estos mecanismos son potencialmente tan infinitos como la imaginación. Pero para que tengan uní utilidad estas fantasías deberán clasificarse en grupos que posean una similitud esencial entre sí.

Los mecanismos de defensa en el marco freudiano se basaban esencialmente en los fenómenos mentales, que se suponen ser las consecuencias de mecanismos neurofisiológicos indescubribles. Estos tenían una tendencia a multiplicarse a medida que la gente describía cada vez más la fenomenología del consultorio. En el marco de la señora Klein, en vez, estos mecanismos de defensa tendían a ser cada vez menos, ya que se reconocían factores comunes en las fantasías operativas; Así se produce una simplificación a muy pocos mecanismos: de defensa: los procesos de escisión, la identificación proyectiva, el control omnipotente. Prácticamente se trata de esto y nada más. Casi todos los estados mentales se pueden describir como variedades de las- combinaciones de estas tres categorías, sus modos de empleo, los motivos por los que se despliegan, el grado de sadismo o de gentileza en su uso y el grado de omnipotencia” con que se infunden. En un cierto sentido una mayor precisión en el

* La variación de sentidos de “**Phantasie**” y “**Phantasien**” en Freud ha planteado muchas dificultades. Mientras que en inglés se ha diferenciado “**fantasy**” y “**phantasy**”, en español y en italiano se habla de fantasía y fantasma, pero los traductores no han coincidido en la precisión de sus usos respectivos.

Los psicoanalistas franceses han implantado la expresión “fantasme” con la excepción de D. Lagache que prefiere la amplitud de “fantaisie”. S. Isaacs propone “fantasy” para los “sueños diurnos concientes, las ficciones, etcétera”.y “**phantasy**” para designar “el contenido primario de los procesos mentales”. Sin embargo, en la traducción al español del artículo en que propone estas dos grafías (“Naturaleza y función de la fantasía”), no se emplea la expresión “fantasma”, la que tampoco es usada en la traducción del trabajo de Laplanche y Pontalis titulado “Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía”, a pesar de que el original francés sólo emplea la expresión “**fantasme**”.

Estos dos autores, en efecto, critican la distinción de S. Isaacs, considerando que no concuerda con la complejidad de los puntos de vista de Freud. No hay ninguna duda que no sólo en los textos de Freud sino en toda la literatura psicoanalítica, si se trabaja con dos términos paralelos, la interpretación para saber cuándo se debe emplear cuál resultaría muy discutible.

En las traducciones al español de Melanie Klein se ha usado, casi diría exclusivamente, “fantasía” (singular y plural) y no “fantasma”, por lo cual he adherido a la opción de dicho término. [N. de T]

delineamiento del plano de la escisión gradualmente sustituyó expresiones más vagas tales como “excesivo” o “inadecuado” “amplio”, “profundo”, etcétera.

Me volví pues muy conciente de la revolución que había Ocasionado la señora Klein. Ella no puso esto en claro porque no lo fue para ella misma. La señora Klein no sé vio a sí misma cómo una revolucionaria sino como alguien que ampliaba y complementaba la obra de Freud. Siempre tuve la impresión que ella sintió asombro y dolor respecto del número de opositores que despertó su obra.

Por mucho tiempo no pude vislumbrar cuál era el lugar desde donde las ideas de Bion partieron de la Obra de la señora Klein, pero pienso ahora que el lugar del despegue se centró en el cambio del significado” del concepto de narcisismo que se introdujo con la actitud concreta de la señora Klein hacia la realidad psíquica. En términos freudianos, el narcisismo es fundamentalmente una expresión que se refiere a “la distribución y al despliegue de la libido o de la energía psíquica, si bien este significado se modifica un poco cuando él habla de la “libido narcisista”. Por otra parte, en el modelo kleiniano, el narcisismo se asocia íntimamente con el concepto de los procesos de escisión, lo cual, a su vez, cambia el significado de “estructura”. En la llamada “teoría estructural” de Freud, la teoría del ello, yo y superyó, la reunión de funciones tiene el sentido de una estructuralización. En la teoría de la señora Klein las estructuras son representaciones concretas del “sí mismo” y de los objetos en la fantasía inconciente. Es el concepto del “sí mismo”^{*} con el que se trabaja en el

* La expresión “**Selbst**” se encuentra muy poco en Freud; el uso de “self” se hizo frecuente con los psicoanalistas americanos. La traducción al español que puede leerse comúnmente (también de Melanie Klein) es “persona”, pero por tres motivos me parece más ajustada la traducción “sí mismo”:

1. porque persona es la traducción literal específica de “person” (ingl.), etc.; •
- 2: porque el origen etimológico de “persona”, incluyendo su sentido de máscara, nos aleja en vez de acercarnos al concepto de “self”, y

3. porque lo esencial del concepto de “Selbst” o “self” es el movimiento de reversión hacia o sobre sí mismo. [N. de T.] .

consultorio, realmente condensando los elementos operativos del yo y del ello.

Esta diferencia en el uso de expresiones ha causado mucha confusión.. La diferencia radica fundamentalmente en una diferencia de modelos: se trata de un modelo estructural concreto y de un modelo estructuralizado. En cierto sentido no hay ninguna teoría porque no hay ningún poder explicativo; sólo hay un poder descriptivo. Se trata de un modo que se usa para la clasificación y la organización de observaciones y la descripción de las mismas. No obstante, su introducción causó una revolución porque convirtió el concepto de narcisismo de uno que describía la distribución de la energía psíquica -en uno estructural, lo que se ha llamado “organización narcisista”.

Este es, creo, el punto de despegue de la obra de Bion. La señora Klein y otros más, notoriamente Herbert Rosenfeld, empezaron a usar la expresión “organización narcisista” como una especie de descripción sociológica del mundo interno, que describe modos en que se organizan las estructuras infantiles con relación a los objetos internos, o se organizan a sí mismos en caso de ausencia de, u oposición a, estos objetos. Por consiguiente, el narcisismo llegó a tener algunos rasgos propios de la descripción sociológica de la pandilla juvenil como yuxtapuesta a la organización familiar. El aspecto revolucionario final de la obra de la señora Klein que me parece ejerció el impacto máximo sobre la investigación del narcisismo fue su libro “Envidia y” gratitud” con el cual introdujo en el pensamiento psicoanalítico el concepto que Freud casi introdujo con su “pulsión de muerte”, es decir, el concepto de “maldad”, Con lo cual, en un cierto sentido, imprimió á su modelo la marca de un sistema cuasi teológico. Anteriormente la señora Klein había hablado de “bueno” y “malo”, corrió referencias primordiales a la cualidad gratificante

o frustrante de los objetos y la identificación con tales objetos. Después de “Envidia y gratitud” (1953) se aceptó que había una parte viciosamente destructiva y negativista del “sí mismo” y que ésta era la organizadora del narcisismo. La lucha de la posición esquizoparanoide a la posición depresiva, cuya descripción había introducido la noción de “valor” en el psicoanálisis, se había visto con anterioridad principalmente en función de un movimiento hacia un amor más integrado basado en un movimiento de relación de objeto parcial a total (en el sentido que lo describiera Abraham en su “Breve estudio del desarrollo de la libido”). Pero ahora dicha lucha se modificaría en la pugna entre el objeto bueno y la parte destructiva y malevolente del “sí mismo”, por el control sobre las partes infantiles “buenas” o “idealizadas”. Por lo tanto se perdió el sentido tan propio de los escritos anteriores de la señora Klein de lucha direccional. Él había hablado de “penetrar” la posición depresiva y de “superar” la posición depresiva, como un logro del desarrollo de la temprana niñez, aun de la infancia. Ahora se trataba de una lucha oscilante interminable que se renovaba siempre que surgía un nuevo conflicto en el desarrollo o que tensiones externas nuevas ponían a prueba una resolución anterior. Bion le ha dado a esto la expresión precisa de Ps «——» D (que se lee PSD) con la flecha en ambas direcciones.

Me parece que aquí hallamos el punto de partida de la obra tan original de Bion. Destaca la necesidad de examinar en detalle cómo opera la parte destructiva de la mente. Concibe una guerra constante entre verdad y mentira, debido a la cual el crecimiento y el desarrollo ya progresan, ya permanecen estáticos, o retroceden. Para implementar esta concepción, Bion tuvo que desarrollar una teoría del pensamiento. No existía tal teoría en psicoanálisis porque nunca se había considerado necesaria. Parecía que era suficiente investigar y describir las fantasías inconscientes y los mecanismos de defensa. Esta descripción era terapéutica en su objetivo y

adecuada para promover el clivaje de una orientación esquizoparanoide a una depresiva. Podrá decirse que el modelo de mente de la señora Klein era sumamente optimista. Decía, en efecto: “Siempre que usted tenga una buena madre interna y la ame, todo andará bien”. Antes de “Envidia y gratitud” la señora Klein no contempló la posibilidad de tener una buena madre sin amarla, pero en este libro trascendental enfocó en detalle el problema de que es absolutamente posible odiar a la madre precisamente porque es buena.

Esta evolución de los modelos de la mente desde Freud, pasando por la señora Klein, hasta Bion, es la tesis de mi libro “El desarrollo kleiniano”. Volvamos ahora al concepto de “espacios” y repasemos la historia de su uso clínico, para dar la idea de dónde creo que están las cosas en la actualidad, y para indicar las líneas de desarrollo que pueden abrirse en la investigación futura. El concepto de “espacios” del modelo kleiniano permitió investigar el estado depresivo, la hipocondría y los estados confusionales como no pudo hacerse con el modelo freudiano. También mostró la complejidad de las perversiones sexuales, que en principio había quedado oculta cuando Freud relacionó polimorfismo y perversidad en lo que denominó “disposición polimórficamente perversa de los niños”. Ciertamente que Freud progresó considerablemente en la década de los años 20, cuando inició la exploración de masoquismo y fetichismo, pero estaba tan limitado por su modelo hidrostático, cuantitativo, que llegó a sentirse muy pesimista respecto de la terapia psicoanalítica, como se puede ver en “Análisis terminable e interminable”.

La “reacción terapéutica negativa” era bastante ininteligible en su marco mientras que “Envidia y gratitud” de la señora Klein sugirió una posibilidad para comprender el significado de la misma. De hecho, se podría decir que en los últimos treinta años, exceptuando la obra de Bion, la investigación kleiniana consistió en rellenar con una significación clínica

la obra de la señora Klein sobre los mecanismos esquizoides; es decir, la exploración de los procesos de escisión y la identificación proyectiva a la luz de “Envidia y gratitud”. Se tuvo un enfoque muy osado y optimista de la esquizofrenia en la década de 1950, no sólo en el grupo kleiniano sino en todo el mundo psicoanalítico. Se dio una expectativa optimista creciente, acerca de la psicoterapia de la esquizofrenia, expectativa que sufrió su desencanto. El uso de la expresión de la señora Klein “esquizoparanoide”, indicaba su convicción de que la esquizofrenia estaba relacionada con las perturbaciones de la temprana vida infantil, así cómo la neurosis con el complejo de Edipo genital. Fue sobre esta base que se efectuó un enfoque muy enérgico y optimista de la esquizofrenia, con resultados un poco desalentadores salvo en los casos que se trataba de un diagnóstico equivocado. En ese territorio oscuro de diferenciación entre esquizofrenia y no-esquizofrenia es donde se revela una zona inexplorada de identificación proyectiva.

Retornemos a la gran investigación de Freud “El caso Schreber”, como obra de base. El concepto de “sistema ilusorio” es la clave de aquella diferenciación. Para ilustrar el tipo de psicosis que puede generarse por identificación proyectiva y mostrar cuan diferente es de las enfermedades esquizofrénicas, presentaré las historias de dos pacientes. De la primera tuve conocimiento en Italia; la segunda se refiere a uno de mis propios pacientes.

1. Un hombre joven de 20 años se quitó un día sus ropas en el centro mismo de Perugia y desapareció en las cloacas, de donde fue rescatado y llevado a un hospital para enfermos mentales. Allí explicó que lo había hecho para escapar de Hitler, que trataba de alistarlo en la “SS”. Durante los siguientes seis meses fue hospitalizado en tres lugares distintos porque se fugaba. En el primer hospital se quejaba que era mugriento y tenía un

olor terrible, que la comida estaba envenenada y que ocurrían allí toda clase de crueldades, por lo cual se escapó. Del segundo hospital decía que estaba abyectamente sometida a la sexualidad; que todo el mundo tenía relaciones sexuales en todos lados; que el subsuelo estaba lleno de bebés; que él mismo no podía tolerar una atmósfera tan perversa, sexualmente tentadora, de modo que también se escapó. En el tercero se quejó de que no podía dejar de respirar, que estaba respirando demasiado porque el aire era muy delicioso, muy puro. Que respiraba tanto que agotaba el oxígeno del aire, con el resultado que los niños de allá abajo del subsuelo del hospital ya no tenían oxígeno suficiente y por ello no se desarrollaban.

Pueden apreciar ustedes en esto un relato muy condensado de la subdivisión de los espacios que representan el adentro del cuerpo materno y se corresponden con las subdivisiones externas, o sea, parte inferior trasera, inferior delantera y superior (el recto materno, sus genitales y el interior del pecho o las mamas).

2. El paciente que yo tengo en análisis es un hombre joven, también de veinte años, quien después de salvar el examen de ingreso a la Universidad no tan exitosamente como él esperaba hacerlo, se retrajo de un modo tal que sus padres decidieron enviarlo a Australia para que viviera y trabajara con su padrino como una especie de rehabilitación. Allí trabajó muy duramente en la fábrica del padrino y vivió *en el hogar de éste*, donde parecía estar muy bien y contento, durante cuatro meses, al cabo de los cuales vinieron de visita los hijos del padrino y se le preguntó a este joven si le importaría vivir con otra gente por un mes o dos. Él se mostró de acuerdo y continuó trabajando en la fábrica inclusive con renovado ahínco, al punto que se volvió indispensable allí. No obstante, al mismo tiempo dejó de comer porque se sentía asustado, con temores Vagos de que “se le

echaría”, de que nadie querría saber más nada de su vida ni de su persona. Perdió peso continuamente sin que nadie lo notara porque se rellenaba la ropa para disimular que las cosas andaban mal, hasta que estuvo tan débil que los vahídos lo hacían tambalear. Frente a esto se le embarcó de regreso a Inglaterra, sus padres lo enviaron de inmediato a un hospital para tratamiento urgente y desde hace seis meses está en análisis. En realidad sé muy poco de él aunque sí lo suficiente sobre su estado mental. El joven está viviendo en un mundo que es una prisión, y aunque no está regido por un sistema vicioso sí es tiránico. Se exige la obediencia y su única forma de rebelión consiste en un profundo y secreto cinismo y un desprecio mordaz del sistema y de la gente que lo hace funcionar. Su vida está restringida a ir a trabajar en el subsuelo de un hospital donde es portero, venir a las sesiones de análisis y volver a la habitación donde vive. No puede aventurarse a más porque fuera de estos tres lugares todo parece confuso, las calles angostas, oscuras y tortuosas.

Sufre el temor constante de encontrarse con gente que lo conozca y se siente profundamente avergonzado de hallarse en este estado mental, pues se da cuenta que es algo patológico. Las cualidades de estos tres espacios han emergido gradualmente: su habitación, el hospital donde trabaja, el consultorio. La habitación es un lugar bastante intolerable debido a la tentación constante de masturbarse. El subsuelo del hospital es una especie de mina de trabajos forzados, mientras que se siente en el cuarto del análisis como mirando hacia el mundo a través de la ventana al pie del diván. Si bien es un lugar de esperanza, no deja de ser un lugar de encarcelamiento. El joven es capaz de mirar el mundo y ver algo de su belleza, tal como los pájaros que vuelan o un hermoso árbol en el exterior. Pero si él mira hacia afuera por la ventana de un piso alto en su trabajo, parece caer en una especie de estado de insensatez, y si mira por la ventana de su vivienda todo lo que ve es gente joven, parejas, y sus sentimientos de

envidia y de celos lo anonadan de tal modo que los mira con desprecio y enojo.

Es una historia muy similar a la del joven de Perugia, con los tres compartimientos diferentes, siendo aquí el hospital el recto de la madre, su habitación la vagina, y el consultorio el interior del pecho o de la cabeza materna. Él siente que su estado actual sólo es un agravamiento del estado mental que le fuera propio por lo menos desde los ocho años, cuando su familia se trasladó de su primer hogar. Este hogar era el subsuelo de una casa de apartamentos en una parte elegante de Londres, de dónde se mudaron a una ciudad de la parte central de Inglaterra. Su visión de la vida de familia es la de un despotismo benevolente presidido por su padre, un profesor universitario, el que asignó a los cinco hijos de la familia diferentes formas de pericia y de genialidad potencial. Todos debían ser expertos en campos diferentes. El paciente se presenta su vida de familia cómo centrándose alrededor de la mesa del comedor, con el padre presidiendo y preguntando a cada hijo preguntas propias del campo en que luego se suponía que disertaran espontáneamente, con un debate general a continuación; algo muy similar a una reunión científica. El campo especial de pericia de mi paciente es la música; en virtud de su docilidad y talento muy considerable domina varios instrumentos, toca la trompeta en una orquesta sinfónica juvenil y escribe música, a la vez que posee realmente grandes conocimientos de la historia de la música. Sin embargo, según sus propias palabras *nunca le interesó la música*, y solamente asumió esa dirección para complacer la expectativa familiar.

Después de seis meses de análisis ha comenzado a tener algunas experiencias del “afuera” y les contaré brevemente dos de estas ocasiones. La primera ocurrió alrededor del quinto mes de análisis, cuando en vez de venir diez minutos antes de la hora de la sesión como habitualmente, llegó veinte minutos antes. Decidió no ir directamente a la sala de espera sino

andar en bicicleta hasta donde termina la calle del parque. Empezó a dar vueltas en círculos pequeños con su bicicleta, sintiéndose muy contento, hasta que notó que dos niñas pequeñas en la vereda lo estaban observando y se sonreían. De golpe se sintió espantosamente tímido y se precipitó a la sala de espera, aunque sin dejar de sentirse muy gozoso con la experiencia.

La otra ocasión fue un mes más tarde, andando en bicicleta por Oxford se sentía inusitadamente afable, cuando de repente se encontró con los padres de una joven de la que había estado enamorado brevemente antes de ir a Australia, y por la que aún suspiraba. Esta joven en la actualidad era estudiante en Oxford. Mi paciente, por encontrarse en lo que él llama “su estado actual”, se sintió tremendamente humillado por el encuentro y en cuanto pudo, interrumpió la conversación y se precipitó frenéticamente en su cuarto, dispuesto a suicidarse. Al principio no pudo resolver cómo lo haría; luego pensó usar un cuchillo de cocina para sacarse las entrañas y en cuanto lo hubo decidido, se sintió mejor.

Esta experiencia en particular ilustra algo de los estados mentales “adentro” y “afuera”. Cuando estaba “afuera” sintiéndose contento, tropezó con un dolor mental —en este caso humillación— de modo que se precipitó de vuelta “adentro” de su objeto (“el suicidio”) pero al hacerlo, se topó de repente con un aspecto de la fenomenología de la identificación proyectiva que normalmente no vivenciaba (lo que habitualmente vivencia es aquel aspecto del proceso que implica vivir en el mundo “adentro” de su objeto, o sea, la parte *proyectiva*, no la parte *identificatoria*). Pero aquí, por un momento, como resultado de precipitarse de vuelta hacia dentro, parece que vivenció igualmente la *identifica*” *don* con su objeto, o sea, la identificación con una madre que pensó que se había librado de este pequeño parásito que ahora de golpe volvía a precipitarse dentro de ella. Desesperada, ella quisiera desgarrarlo de sus entrañas.

Este relato sirve para ilustrar algunos de los aspectos de la identificación proyectiva que aún quedan por investigar, y yo quisiera decir sólo una palabra acerca de la diferencia entre este tipo de psicosis que ustedes podrían llamar “psicosis de confusión geográfica” debido a la identificación proyectiva y la esquizofrenia. “Si volvemos al caso Schreber de Freud y enfocamos sus hallazgos en conjunción con el modelo kleiniano de los espacios internos, se puede formular “la fantasía de la destrucción del mundo” de un modo más definido. Freud lo describió como, “Un mundo deshecho en trozos o cayéndose en pedazos como resultado de la retirada de la libido; estos pedazos de mundo luego se reconstruyen en un sistema ilusorio”. Freud llama a esto las fases “quietas” y “ruidosas” de la enfermedad.

Una hipótesis alternativa sería la siguiente: a medida que el niño crece y se desarrolla» los procesos de relación con sus objetos externos buenos lo ayudan a construir un mundo interno presidido por objetos internos buenos. Pero simultáneamente, una parte destructiva de sí mismo está ocupada construyendo otro mundo, un mundo basado en el negativismo y en mentiras, lleno de objetos extraños. Esa parte destructiva de la personalidad siempre está tratando de alejar al niño del mundo de los objetos buenos al mundo de los objetos extraños.

El modo como hace esto es mediante una combinación de amenaza y seducción. Socava la confianza en el objeto bueno; introduce confusión entre amor y odio, especialmente en la forma de perversiones, induciendo gradualmente un estado de adicción. Finalmente la parte destructiva barre con la parte infantil del sí mismo en un estado dilapidado a otro espacio, el espacio del sistema ilusorio. Su cualidad esencial es, en los términos de Freud, que no tiene ninguna conexión con el mundo de los objetos buenos; es decir, se halla en relación con los objetos buenos y el espacio de la

realidad psíquica como él universo se halla en relación con la pequeña zona que está dominada por la fuerza de gravitación terrestre!”

Se podría pensar la esquizofrenia como un proceso que se desarrolla en forma semejante al mecanismo de escape de una nave espacial. Ella gira y gira hasta que llega a la velocidad de escape requerida para lanzarse al espacio. Del mismo modo, una vez que una parte de la personalidad penetra en el sistema ilusorio quizás no sea recuperable. Visto de esta manera, el psicoanálisis o la psicoterapia de un paciente esquizofrénico es esencialmente el psicoanálisis de la parte no esquizofrénica de la personalidad. Me parece que es, posible construir un modelo para la esquizofrenia basado en este concepto espacial al que luego se le podría introducir el concepto de objetos extraños y su origen. De este modo el crecimiento de la personalidad se concebiría como una lucha constante, por un lado entre los objetos buenos que emplean la verdad y la retícula de Bion para pensar; y por otro, la parte destructiva de la personalidad, que emplea mentiras y la retícula negativa; ambos rivalizando por la atención y la lealtad de las partes infantiles de la personalidad.

Me parece que el problema del qué Bion nos ha alertado, es la posibilidad de que lo que el paciente nos presenta en el análisis sea más corrió guijarros de una playa que fragmentos de cerámica correspondientes a una civilización antigua. Si se tratara de usar los guijarros de la playa para construir una teoría arqueológica se estaría haciendo algo que es equivalente a formar un sistema ilusorio. El problema es .cómo diferenciar los guijarros de la playa de los fragmentos de cerámica; obviamente las hay mayor dificultad en este ejemplo, pero piensen en el francés que construyó una teoría sobre criaturas ultra-terrestres que habrían dejado ciertas marcas en las montañas del Perú. Este hombre se acercó a las marcas sólo por vía terrestre, con un sistema ilusorio en su mente y adecuó toda la información que adquirió para que encajara dentro de su sistema. No hizo lo que Bion

dijo que era absolutamente necesario, es decir, no se colocó en diferentes ángulos a fin de someterlo a la prueba de realidad. Por lo que yo puedo deducir, le hubiera bastado obtener una vista aérea de esas mismas marcas para darse cuenta que se trataban de enormes figuras que eran obras de arte de algún tipo; pero al permanecer en tierra aquel pobre hombre podía seguir viendo las marcas como encajando en su sistema ilusorio.

Me parece que el psicoanálisis corre el mismo riesgo con respecto a conceptos como la contratransferencia o los elementos beta; es decir, si uno no los examina desde diferentes puntos de vista es fácil usar los como verificaciones aparentes de preconceptos. Este material clínico me pareció una efusión incomprensible en primera instancia, pero cuando los pedacitos se acomodaron como fragmentos de cerámica combinaban asombrosamente bien. Esto me sugiere que probablemente no sean elementos beta sino fragmentos del pensamiento que una vez tuvieron un significado como partes de fantasías. Mientras lo esencial acerca de los elementos beta es que son fragmentos de una experiencia emocional, las funciones alfa nunca prosiguen trabajando sobre ésta. Jamás se ha desarrollado un significado a partir de ellos.

Lo mismo es verdad con respecto a los sueños. Bion nos ha enseñado que cuando un paciente dice: “tuve un sueño”, nunca puede presumirse que está presentando lo que Freud quiso decir con “sueño”, ni por cierto lo que la señora Klein quiso decir con esa palabra.

En parte por este motivo, mi enfoque sobre el análisis de los sueños pone un énfasis muy Cateórico en la descripción del sueño. Si yo no puedo obtener en mi mente una visión clara del sueño, bastante despojada de espacios vacíos, noto que no puedo analizar. Si el paciente no puede trasmitirme algo que adopte en mi mente la forma de una imagen visual, me siento suspicaz en cuanto a si verdaderamente se me está contando un sueño o no. Por otro lado, si se escucha al sueño de un modo muy visual

pronto se observan las ambigüedades, las zonas de vaguedad en la descripción del paciente. Cuando se señalan éstas al paciente y se le pide que las clarifique, estos mismos puntos oscuros resultan ser como pequeños pozos de petróleo que empiezan a manar de modo que casi no es necesario pedirle asociaciones. Los sueños pueden considerarse cómo un lenguaje visual, - no es necesario enfocarlos como un rompecabezas, como sugiriera Freud. Deben enfocarse como un lenguaje que rehabla imperfectamente pero del cual se puede obtener la impresión del significado, el que puede compartirse y explorarse junto con el paciente, y al cual éste puede responder con más asociaciones y aclaraciones.

Mi enfoque personal en cuanto al análisis de los sueños es en gran parte el artístico. Considero que un sueño es la imagen de un acontecimiento en la realidad psíquica cuyo significado debo discernir no como me empeño en resolver un rompecabezas sino como trato de entender una lengua. Me parece que a medida que se continúa con un paciente determinado gradualmente se comprende mejor su lenguaje onírico. Un experimento interesante para testar vuestra comprensión del lenguaje onírico de un paciente es el siguiente: cuando vean que un paciente está por relatarles un sueño largo, comiencen a interpretarlo parte por parte a medida que se va desarrollando. Frecuentemente hallarán que prosigue tal como acontece con las frases contenidas en una oración larga.

Si logran hacer esto, les dará una sensación de confianza de que han comenzado a comprender el lenguaje onírico de esta persona en particular. Viajando de un país a otro, he escuchado material clínico de culturas diferentes, y me ha impresionado la universalidad del lenguaje onírico. Si bien cada persona tiene su propio “dialecto” podría decirse, hay una base universal muy consistente. Me parece que aquí se halla una importante prueba de la idea de Bion respecto de que la mente comienza con un determinado conjunto limitado de preconceptos sobre el que erige una

estructura piramidal de desarrollo cognoscitivo, tal como sugirió Money-Kirle.

Pregunta: ¿Cómo ve usted la relación entre fantasía, imaginación, pensamiento y vida mental?

Respuesta: Es muy útil recordar que Bion ha dicho de su retícula, más o menos, que el análisis kleiniano es la fila “C”, es decir, el nivel de la vida mental que acontece en los sueños, en la mitología y en el arte. Este me parece ser el nivel de la imaginación y lo que está presente en niveles más sofisticados de su retícula es el nivel de la lógica y de la razón. El lenguaje tiene su raíz en ambos; supone dar la representación a la imaginación y operar mediante un procedimiento lógico llamado “gramática”. Pero no siempre lo hace. La exploración del lenguaje sobre la base de una retícula positiva y una retícula negativa nos ayuda a descubrir los modos como se usa este lenguaje, ya sea como herramienta para representar y desarrollar la verdad, ya sea como método para falsificar y desarrollar mentiras. En la actualidad aún sabemos tan poco sobre el lenguaje y poseemos herramientas tan pobres para explorarlo que pienso que hemos progresado escasamente.

Pregunta: Cuando se lee la literatura psicoanalítica se tiene la impresión que hay una gran proliferación de la creatividad teórica, con multiplicidad de teorías, mientras que, por otra parte, de lo que se ve y oye sobre el material clínico en diferentes partes del mundo, parece que las divergencias son menos que en el campo teórico. También se piensa en las ciencias físicas donde, de un modo u otra, la investigación y la actividad teórica vuelven a las técnicas. En el trabajo analítico, no creo que esto realmente sea así, y esto debe ser algo implícito en las ciencias hermenéuticas. A veces se tiene la impresión de una gran diferencia entre un mundo y otro. ¿A qué se debe esto?

Respuesta: Creo que se debe a dos cosas. En primer lugar, se debe en parte al anhelo de una coherencia científica, es decir el deseo de construir una teoría explicativa. Pero pienso que lo más importante es que estamos tratando de describir fenómenos con respecto a los cuales nuestro lenguaje es totalmente inadecuado, y que no poseemos los medios para discernir, ni en nosotros mismos ni en los demás, cuándo el lenguaje se usa para representar la verdad y cuándo se usa para representar lo falso. De modo que pienso que la situación en la literatura psicoanalítica se halla primordialmente distorsionada de dos maneras. En primer lugar, por ese deseo de una teoría explicativa, y en segundo lugar, por el lenguaje que falsifica. Pero el problema principal radica en que la literatura psicoanalítica está empobrecida porque lo que aparece en ella es ínfimo en comparación con lo que ocurre en la sesión analítica. ¡El analista puede poner en palabras tan poco en comparación con la complejidad de lo que de hecho, comprende! Lo máximo que puede lograr la literatura psicoanalítica, tiene poco más o menos el valor de un mapa de carreteras comparado con el paisaje real. Es una guía tosca.

Pienso que no debe estarse ni muy desilusionado con la literatura psicoanalítica ni tampoco debe tenerse demasiadas expectativas respecto de ella. Todo lo que se puede esperar es leerla como si se estuviera escuchando a un viajero que retorna de un país distante y está explicando cómo llegó hasta aquel lugar, cómo volvió y. un poco de lo que vio.

Pregunta: ¿Puede el problema de la destructividad usarse como un principio explicativo?

Respuesta: Sí, se puede. Por ejemplo, usted podrá ver en mi libro “El autismo” que hemos planteado dudas acerca de si la destructividad es realmente primaria, como obviamente pensó Freud que era, o si es algo que

surge como resultado de una escisión y la idealización que la Sra. Klein pensó que era el primer paso en el desarrollo.

Esto conduce inmediatamente al nivel descriptivo, Si aceptamos que la mente trabaja enteramente sobre la base de la metáfora y de la alegoría y se medita sobre esto, categorizándolo como la fila “C” (como dice Bion), resulta posible tomar absolutamente en serio dicho nivel como el nivel teológico de la mente, sin necesidad de creer en él; como tampoco se cierra la mente a la exploración de otros niveles de funcionamiento mental. Puede lograrse una incredulidad suspendida del mismo modo como puede tenerse una incredulidad suspendida en cuanto a las religiones de los demás, pues puedo fácilmente admitir que para cada uno de los otros sea esencial para su vida mental su religión respectiva, aun cuando sea ajena a la mía.

Pregunta: Sabiendo que hay procesos mentales interdependientes en una familia, ¿no es posible lograr una mejor comprensión acerca de ciertos fenómenos que en el modelo de una sola-mente?

Respuesta: Dentro de la familia las personas pueden o no vivir en mundos congruentes; es sólo si viven en mundos congruentes que pueden comunicarse entre sí y ejercer influencia unas sobre las otras. Si no viven en mundos congruentes, cada uno irá por su propio camino y la otra persona no causará el menor efecto, salvo el de ser una especie de obstáculo animado. Lo único que ejerce acción sobre una mente es el significado que atribuye al comportamiento de la otra persona. La vida de familia para merecer la expresión “familia”, en primer lugar debe contar con una persona o personas que cumplan el papel de padres para los otros miembros de la familia. Estas funciones, en primera instancia; efectúan la modulación del dolor mental. Si no hay ninguna persona que ejerza dicho papel no tiene sentido hablar de familia. Puede hablarse de “pandilla” O “tribu” o “grupo de suposición básica”. Naturalmente puede darse una

familia perfectamente buena con uno o más miembros que viven en mundos diferentes, simplemente que éstos no están integrados al proceso familiar.

Pregunta: Quisiera una aclaración acerca de lo que usted ha dicho. ¿Cuál es la razón por lo cual algunos miembros de una familia quedan afuera?

Respuesta: Una razón se ilustra con el caso del joven del que les hablé. Hasta dónde su visión de la familia corresponde a una descripción razonable no lo sé”. Pero parece improbable que el modo como la vivencia, un claustro regido por un papito omnipotente, sea el mundo en que viven los otros seis miembros de dicha familia. Tampoco es posible que una persona viva en un nivel de dimensionalidad que simplemente esté por debajo del nivel de la relación humana, instalándose solamente en el nivel del mimetismo y de la sensualidad. Una persona así sólo parece integrarse en la familia sobre la base de un comportamiento imitativo de tipo infantil. Si esta persona está en la posición parental, quizás manifieste un comportamiento imitativo de tipo parental. Probablemente éstas sean: las dos formas en qué pueda vivirse en una familia sin una verdadera integración en las vidas: de los otros miembros, de la misma.

Pregunta. ¿Sería esto comparable al “falso sí mismo” (*false-self*) de Winnicott?

Respuesta: Creo que su descripción del “falso sí mismo” se aplica mejor a lo que otros han llamado la seudomadurez, es decir cuando el carácter se ha formado-alrededor de la identificación proyectiva con los objetos internos. Se trata de personas que, puede decirse, son lo opuesto al joven que yo les describí, o sea, personas cuya identificación proyectiva se manifiesta principalmente en función del aspecto identificatorio, mientras que ese joven manifestaba primordialmente el aspecto proyectivo. Creo que las

personas de ese tipo no establecen una integración verdadera con otras personas, sino que ocasionan lo que se llama el tipo de casamiento y de familia “casa de muñecas”, comportándose “como si fueran personas adultas”. Ahora bien, eso es diferente del mimetismo en el nivel bidimensional que reproduce la forma pero no el significado del comportamiento. En el “falso sí mismo”, tal como lo describió Winnicott, la función del lenguaje se perturba de un modo particular que afecta a la sinceridad. Pueden *decir* algo pero no pueden *significarlo*.^{*} Es decir, su comportamiento está en identificación con el estado mental supuesto de su objeto. Su comportamiento, por lo tanto, siempre posee una cualidad de no sinceridad o de fraudulencia.

(Traducido por B. J. de Capandeguy)

* El original inglés dice: “They can **say** something but cannot **mean** it”. El verbo **to mean** se traduce por significar y querer decir, por lo cual aquí se presenta un juego de palabras o un doble sentido: “Pueden **decir** algo pero no pueden **otorgarle tonificado**”, y/o “Pueden **decir** algo pero sin **querer** decirlo.” [N. de T.]

TRANSFERENCE

After kilometers of writings on this subject, I will only point out milestones.

Freud builds up psychoanalysis as a science and as a method with transference as a fact. While Breuer runs away on a second honeymoon, Freud remains in his armchair observing the repetition of the daughter-father attachment in the relationship of the patient with him.

The mystery of dreams is revealed in the actuality of the session.

Melanie Klein observes the unconscious in children's play and points out in interpretation the way unconscious fantasy operates, articulating infantile sexuality.

Jacques Lacan defines the function and field of language and speech.

While speech is the means of psychoanalysis, its hold is discourse, in as far as the field of the transindividual reality of the subject.

The field of analytic experience is a relationship which transcends the dual frame in so far as it articulates in the triadic register polarized through the Other (Maci). Lacan differentiates between a primary and a secondary-function of historization. *What we teach the subject to recognize as his unconscious is his history.*

Freud recognized the primariness of symbolic language. "Hieroglyphics of hysteria, coat of arms of phobia, labyrinths of «Zwangsneurose»/' Such are the hermetisms which our exegesis solves in a release of the trapped meaning.

Repetition focuses the historizing temporality when experiencing transference.

The limit of the historical function of the subject is death. This ever present limit is the past in its real shape. This past shows itself reversed in repetition.

Transference is not an isolated concept but it keeps a necessary bond with the automation of repetition and the so called death instinct. Death reveals a center outside of language. The tower of Babel coils up in an endless dialectic between central and peripheral outsideness (Discourse of Rome).

Therefore the interruption always becomes rethorical: “What do I do now with my life?!” cries out the patient.

But exile elsewhere.

G. K. (Translated by B. J. C.)

THE KNOT OF ANALYTIC DISCOURSE

by Gilberto Koolhaas (Montevideo)

According to traditional dualism, a habitual concept both in metaphysics and common sense, soul and body are made up by spirit and matter, two different existences independent from each other. This can be found from Platon's being of the Idea throughout Kant's thing-in-itself. Nowadays the relationship between sign and reality opened an endless discussion.

Lacan's thinking brings up again Peirce's model of a triadic relation.

The introduction of the "signifiant" in the subject-object structure enables overcoming and interpolating the lack (Fr. Wahl).

The problem of reference exceeds the frame of an empirical point of view of the relationships between discourse and the external facts of language (Sercovich).

Upon Lacan's introduction of three concepts: the Other, the "signifiant" and the lack, Freud's main discoveries becomes crystallized:

transference (meta-phor)

free association (meto-nymia) ‘..

infantile sexuality (repetition).

(Translated by B. J. C.)

POWER, KNOWLEDGE AND TRANSFERENCE

Fragments from the article. “Astolfo and Sancho”

by Octave Mannoni

Knowledge grants power; does this knowledge allow the analyst something like an abuse of power, which would come about by means of the application of a “principle of authority”?

“Orlando Furioso” by Ariosto and “Don Quixote” by Cervantes show two attitudes as regards truth and knowledge. The psychiatrist’s attitude would be the same as Astolfo’s, who expects to return to the sick man the reason which he has lost. Instead, in Cervantes, the man who considers himself the owner of reason is the main character, and the one who helps him is merely a humble fellow who knows nothing nor requests to be listened to. Sancho takes the place of the great Other in front of whom Don Quixote has to examine his sayings.

The analyst’s power lies in analyzing and this power is not granted by knowledge but by transference, the same thing which scared Breuer so much due to the powerfullness of its effects.

Freud will be the one who discovers the nature of this power, when he gives up suggestion since it only grants a false power which is based upon an apparent docility which is such only as long as it does not face resistance.

(Summary by S.P.) Translated ‘by B. J. C.

THE FETISH IN TRANSFERENCE

by Selika A. de Mendilaharsu (Montevideo)

This paper focuses upon some features of the perverse structuring of the analytic session.

A deep ambiguity lies behind every request of analysis: settling into, and by means of a certain lie, there can be, however, a path to truth (Lacan). Stopping at the first premise, avoiding by all means passing to the second one, is the situation which is considered in this paper, followed by a description of the time of creation of an object of desire, fetish-object in transference: the *material*, subtly handled by the analyzed, stops being the way to accede to the field of drives, to become the obstacle which closes the arising of the subject, fulfilling thus the functions of a “compromise formation”.

Thus the fetish-object organizes itself as placed in front of anxiety which therefore remains ignored by the subject, who thus keeps his place in the analytic session safe without running the risks which this one implies. Anxiety, fear or a possible flight are substituted by attraction. The patient becomes interested in his analysis and in the “mechanisms” and it makes him rotate with the objectivity which distance allows him to, but his desire remains aside from the regard he requests.

This paper deals with the themes which come up within the analytic space, such as the splitting of the ego, fetish-object, the function of regard and knowledge and narcissism, with samples from some sequences of clinical material.

(Translated by B.J.C.)

“TRANSFERENCE” LOVE

by Carlos Sopena (Madrid)

Sexual drive is built up as such with the loss of the object, which takes place when the drive is joined with a psychological representative. Desire is the incessant representative of the object which is missing and which no meeting in reality can satisfy. There is a gap between the hallucinated object of desire and the object of perception, a difference which is the result of the division of the subject into subject of perception and subject of desire. In love the divided subject tries to be one with his object, filling the void which is left by sexual insatisfaction. The persistency of the catexis of the object is the corollary of the persistency of insatiable desire. Love covers desire but does not release itself from its effects; the object of desire remains covered, fusing with the object of love, and included in the covering. It is the task of analysis to have separation between the object of love and of desire made over again.

Love is an act of libidinal loosening and of relationship with castration at the same times that it is an attempt of returning lost narcissistic completion, where the object comes to substitute an ideal of oneself which was not achieved.

Love transference bursts into analysis when the patient is struck by the closeness of what was traumatically repressed. It is set off by an event of speech, be it because the patient has said something he did not want to, or by an unexpected interpretation. If being is lost due to a speech which refers to the repressed desire, the mirage of the loving condition returns it into the imaginary.

Transference love is a claim to beloved. It puts the analyst in the place of the ego ideal of the patient, who tries to become lovable to the analyst's

regard and to set an ideal image of himself. The failure of the attempt to satisfy the requirements of the ideal by means of the detour of love and the analyst's mediations, may lead to an identification of the ego with the ideal—ego ideal—and the requirement, this time the patient's, of an absolute recognition of the reality of his love.

Faced with the reality of love the analyst will try to return it to the fantasy scene, changing the acting into staging. He starts by supposing that love is transference love and he awaits without haste the chance which may allow him to relate to other loves of his patient, not because he might find in them the origin of love transference but because of the need of reestablishing a movement which allows love to circulate in time and in speech, so that it may say what it wants to say.

Love is used by resistance from the time at which the patient tenaciously defends the reality of his love, denying the fiction which passes on truth and with which necessarily the analyst has to work. It is because transference love has thoughts which may be stated that it is something beyond an imaginary building and something more than resistance.

Love transference is a resource for old alibis which are ruled by the pleasure principle and tend to beseech insatisfaction, but it is set off by the closeness of what was traumatically repressed and not by the thrust of old loves upon the present.

(Translated by B. J. C.)

BETWEEN REPETITION AND ABSENCE

by Myrta C. de Pereda, Daniel Gil, Fanny Schkolnik (Montevideo)

Early, right from the start of his discovery, Freud was aware that in transference there takes place a phenomenon of repetition, by means of which something from the past becomes actualized in the present through the setting of a false connection with the analyst.

Freud will only be able to handle this “complication” concerning treatment once he can articulate it with the Oedipal structure within the field of fantasy. Regarding this matter, hysterical patients compelled him in a paradigmatic manner to clarify the relationship between fantasy, sexual desire and representation. Transference is the phenomenon which in treatment expresses transgression, but the setting does not allow it to be carried out, and this forbiddance can be considered equivalent to the prohibition of incest, since it authorizes while at the same time it excludes it as an act.

The setting constitutes the scenery which allows the development of transference with the analyst. In transference the patient re-presents in front of Another, that is, he presents himself once again.

The Other has no special place within Freud’s theory, but nevertheless, after Lacan, the presence of an absolute Other can be understood or of Another who sets both forbiddance and law.

The patient forwards his claims to the analyst as the Other, but as long as the human being constitutes himself as existent, that is, as being who can only be as long as he is recognized by Another, he has to leave himself to return to himself, but already shattered. This absence from himself is redoubled by the absence of the desired object since every claim finally refers to a model-object, a psychological reality in relation to a real object

(breast-mother) inscribed and transcribed in several memory traces, an object which is twice absent because when called it is not there, but besides it has not been there.

These absences which are right at the root of the being's constitution, definite and radical absences, which make man a being in the state of defenselessness from the beginning, try to be concealed through an illusory satisfaction of desire and thus we have repetition in search of the* satisfaction of a desire which can by no means be fulfilled.

Transference, cross and lever, while allowing repetition, discovers absence by creating the space of disillusion.

(Translated by B. J. C.)

TRANSFERENCE: TEMPORALITY

by Saul Paciuk (Montevideo)

Freud, owner of a disengaged view of narcissism and able to avoid being *taken* by projective identification with the personage which transference promotes, discovers transference as a "false connection" which distorts the "real situation". He identifies this phenomenon and also grants meaning to it: it implies a *repetition* of the past. Transference as an obstacle is transmuted by Freud, who converts it into a psychoanalytic tool.

The mentioned repetition of the past bears a series of assumptions, such as, that there are finished and isolated facts which had to be kept as traces. Since these are inert, a force is needed to put them on the ego; and this will be the libido or the compulsion towards repetition which revives images.

The explanation of the present lies in the past. But what is actual is a false connection only if we assume that the subject is able to give a

different response to each stimuli he encounters. This implies an unsustainable atomism since even in the senses one can find organization and classification.

Another direction is opened with the conception of transference as a pattern of relating, as a style, understood as a structure *by* Melanie Klein, with her concept of positions. The objet relationships structure each situation and we find structures (schizo-paranoic and depressive) in the manners in which these relationships take place and a certain process according to how these positions joining together.

Structure is a steadiness and the same processes which entailed “past” relationships shape the present ones. What has to be analyzed now is transference neurosis. What is actual (present) is the relationship with the analyst, while the past is simple illustration. By the interplay of introjection-projection, changes within the present relationships are to be spread towards the past, since the analyst does not “reply” as transference expects from him and this allows un-concealing features which had not been noted in the past as well as the complicity and involvement of the subject with that past and how it managed to “*fulfil*” his wishes.

Both hypotheses, repetition and steadiness, assume that transference is actualizing, acting, and since Freud transference is opposed to remembrance. Nevertheless, reflection teaches that there is no way to remember but in act, that remembering implies a principle of performance, an outline whose completion may be unnecessary since the possibility of accomplishing what has been remembered is available. More than images, one should speak of an impelling memory, and consequently transference appears as the most typical manner of remembering, which teaches that *memory is act*.

On the other hand, pure actuality fades away (like the word which is only onomatopoeia or denotation): it says nothing. The past implies roots,

background, continuity with what is un-actual, which is where to what is actual refers to, and to which it grants *meaning*. But the past isn't something which is now *already done* and finished; instead, it contains ambiguities solely unfolded by what is actual. What is actual, transference, teaches the past something it did not know by and about itself.

Present and past imply each other, enlighten each other, and the past stops being the only dimension of what is un-actual. What is actual also implies what is contemporary, outside and future.

There is *temporality* and never straightforward time, and within this course the present is onirized (dreamed up) while the past and future acquire present validity and between these tenses we find a chain of mediations.

Transference is no longer repetition nor pure steadiness, it is the expression of an *internal world* in which we find a copresence of present, past and future, the "absence of time", characteristic of the unconscious. These dimensions of the temporality become articulate as *fantasy* and they do so as a story, as something spoken. Thus fantasy becomes the content of transference and to talk about transference is answering the intuition that temporality lies right in the core of our being.

(Translated by B.J.C.)

ABOUT THE RELATIONSHIP BETWEEN TRANSFERENCE AND INTERPRETATION IN PSYCHOANALITIC THERAPY

by John Klauber (London)

Psychoanalytic psychology is a psychology of drives and interpretation in terms of these is “reducing”, an implication which the ability of the analyst has to balance with other features of psychoanalysis which make this one “releasing”.

Therapy was led towards the discovery and release of latent forces in the patient, directed towards the analyst while interpretation was interpretation of transference. The elements of transference which were interpreted were the unsatisfied components of love impulses and their defenses, as well as the patient’s reaction to their frustration. But therapeutical progress also depends on the introjection of the analyst’s system of values as related to id impulses, which modifies the superego, and these values are not transmitted solely within the context that interpretation details.

One must thus think in some way of unconscious communication, of the kind of transference-countertransference interaction. At this stage emphasis is placed upon the analyst’s response and here (here was something beyond the analyst’s transference and resistance.

Both analyst and patient require some kind of secret love and hate for the relationship to become feasible. This does not deny the value of interpretation which states truth in a system of historical explanation, as the evolution of the patient’s neurosis.

The patient has his capacity to love disturbed, he cannot integrate his libido and his aggression, and the analytic process is the means to restore, acting in a way it encourages recapitulation of what was repressed and it

achieves this partly through interpretation. This, then, excites sexual desire, releases it, and interpretation is a promise of gratification. But it also contains disillusion: instead of a direct gratification it only offers an intellectual statement, which is a contrast to the excited fantasies and their realistic possibilities.

Summary by S.P. Translated by B. J. C.

TRANSFERENCE IN CHILDREN 5 ANALYSES: FROM NOVEL TO HISTORY

by Myrta C. de Pereda, Aida Fernandez, Mercedes F. de Garbarino, Daniel Gil, Vida M. de Prego, Gloria Mieres, Isabel Plosa Montevideo)

This paper tries to draw a theoretical articulation between transference in the analyses of psychotic children with M. Mannoni's technique and the three moments of Oedipus, as understood by J. Lacan.

Mothers of psychotic children have a problem in their own Oedipal structure: the child is not recognized as such, but he *embodies* the phallus. These mothers were not able to symbolize the phallus in their unconscious and consequently they could not fulfil the mediating function by means of which the Name of the Father was introduced. In the same way the child IS the phallus for the mother, the mother is the absolute Other for the child.

In such a situation, where is the analyst placed? The analyst must catexize the mother narcissistically by means of speech and regard, that is, he must recognize her as a mother, and by doing so the child acquires existence. If this achieved, the child stops embodying the phallus and the mother is introduced in the paternal metaphore and faces castration. The analyst, symbolically at the place of the Other, gives words to a familiar

discourse which was not said, or yet it was said but concealed by symptoms.

This stage corresponds to the first moment of Oedipus. Mannoni says that there are several kinds of transference. Since Kaes we believe we can talk of a central transference of the members of the group with the therapist, lateral transfereces of the members among each other and transference of each participant with the group as a whole.

At the first moment of Oedipus, in the cases we are studying, there is a central transference of the member with the analyst, except the psychotic child, in so far as while he *IS* phallus he has no existence, he has not acceded to desire.

Starting from the analyst's action and the introduction of the child and his mother in the symbolic order, one works with the second and third moment of Oedipus. In this structure *ALL* the members develop transfereces among each other, with the analyst and with the group.

Familiar discourse, even in its individual story telling, is a novel, which, when told to the analyst (who stands for the Other) becomes history in so far as it grants the chance to the patient of taking upon himself castration and desire.

(Translated by B.J.C.)

LECTURES AT THE ASSOCIATION

KLEINIAN DEVELOPMENT

by **Donald Meltzer** (London)

He aims at the integration of his readings of Freud, Klein's writings, Bion's influence and his analytic experience, reviewing his work throughout twenty years, where he finally discovers that he uses his own theoretical model.

There are features of Freud's thought which he finds inappropriate (realism, quantitative concern, the secondary place of emotions) but not so Freud the clinician. He finds in Melanie Klein's work an implicit revolution, which adds several elements to the Freudian model: it places emotions in a central place, it proposes value as a principle which governs relationships, it discovers an internal world which is filled up and is a concrete place located inside of the body, and it understands transference as an externalization of the internal world. At the same time it understands defense mechanisms as fantasies and those are simplified, while thus the "negative therapeutical reaction" becomes intelligible.

Bion starts out from the change of meaning of the concept of narcissism such as it was introduced by Melanie Klein. He associates it with the splitting processes within a "narcissist organization", which is related to the concept of "evil" which Klein introduces in "Envy and Gratitude". What is good and what is evil is derived from the either gratifying or non-gratifying quality of the object, and the conflict is established between the destructive and the good parts, allied with the good object, an endless battle which is renewed in front of each conflict which sets a previous solution on trial.

Bion points out the need to examine how the destructive part of the mind works, and he conceives a constant war between truth and falsehood. Herefore he had to implement a theory of thought which did not exist in psychoanalysis before.

Except for Bion's work, Kleinian research during the last thirty years consisted in granting clinical meaningfulness to Klein's writings about shizoid mechanisms, but mainly to the exploration of splitting processes and projective identification. That is, the psychotherapy of shizophrenia went ahead starting out from the conviction that it was related to early childhood experiences. But the psychoses looked upon as shizophrenias were rather of the kind of those which come about through projective identification, and the difference between both is illustrated with the histories of two patients. There also help to show the features of projective identification which are still to be investigated.

Summary by S.P. Translated by B. J. C.

Richard A. Isay

LA AMBIGÜEDAD EN EL DISCURSO

Journal of the

American Psychoanalytic

Association

25 : 427-452-1977

La ambigüedad en el discurso, es decir, la falta de claridad que provoca que una frase (o grupo de frases) se preste a más de una interpretación, puede ser una manifestación de la transferencia. Isay describe cuatro tipos de ambigüedad: 1) En la *ambigüedad pronominal* la falta de claridad de la comunicación del paciente se deriva de la utilización exagerada, o de la incorrecta utilización, de pronombres sin referencias claras. Por ejemplo, un paciente dice “No sé por qué eso parece raro. ¿Qué es lo que ocurre con eso que me hace rechazarlo? Sé que lo sentí como algo aplastante. ¿Sería que no cambió nada y alguien se sintió desilusionado?” 2) En otro tipo, una palabra puede tener más de un significado. Un paciente, por ejemplo, pregunta: “¿Es mi sonrisa ahora una sonrisa loca?”, pero no está claro si quiere decir una sonrisa de enfado o una sonrisa de locura o ambas cosas a la vez. 3) Las *anfíbolos* crean confusión debido a una estructura gramatical incorrecta o poco precisa. Por ejemplo, un paciente habla de “luchar contra un enemigo agresivo, justo como mi padre”. No está claro si es el enemigo o el paciente el que es como el padre del paciente. 4) Una ambigüedad *combinativa* se deriva de una combinación de dos o más frases para formar una tercera declaración. Cuando un paciente afirmó que temía estar “losing his bananas” (“perdiendo sus plátanos”), estaba condensando las frases “losing his marbles” (literalmente, “perder sus canicas”) y “going bananas” (literalmente, “transformándose en banana”), expresiones estadounidenses

para decir que se estaba haciendo estúpido (la segunda) y volviéndose loco (la tercera).

El autor demuestra que estas ambigüedades verbales pueden ser utilizadas como defensa y que también comunican un deseo o intención inconciente. Cada uno de los tipos de ambigüedad expresa temor a la responsabilidad y recriminación por intenciones libidinales o agresivas. La ambigüedad combinativa puede expresar temor a las represalias a través de la transformación en un daño autocausado, como cuando el paciente emplea un despropósito lingüístico y da la impresión de ser estúpido. La ambigüedad pronominal puede expresar una fusión con el analista temida y deseada.

Además de discutir la ambigüedad del paciente, Isay se refiere también a la ambigüedad del analista. Interpretaciones ambiguas son utilizadas de manera apropiada para fomentar las asociaciones, pero a veces reflejan la falta de comprensión y pueden ser una manifestación de la contratransferencia.

Roy Schafer

***LA INTERPRETACIÓN DE LA TRANSFERENCIA Y LAS
CONDICIONES PARA AMAR***

Journal of the

American Psychoanalytic

Association

25 : 335-362 - 1977

En una descripción compleja de los aspectos significativos de la situación analítica, Roy Schafer subraya que las transferencias, como Freud observó, son *nuevas* ediciones de experiencias pasadas. Puesto que el amor y la facultad creadora tienen raíces en el pasado y también dan lugar a experiencias y desarrollos nuevos, las transferencias son progresivas y también regresivas.

En la situación terapéutica, el analizado manifiesta transferencias y el analista “re-describe” el pasado en el presente a través de sus interpretaciones. Esto conduce al paciente a poner en acción transferencias cada vez más concentradas y transparentes. Las interpretaciones transferenciales del analista exponen creencias fuertes inconcientemente determinadas que el paciente puede concebir como certidumbres. Estas creencias provienen del pasado y/o son mantenidas en común. Las interpretaciones sirven para modificar las convicciones del paciente, pero las nuevas experiencias dentro de la transferencia también lo hacen.

Las transferencias son creaciones que pueden ser alcanzadas completamente sólo bajo condiciones analíticas específicas. Schafer da una viñeta clínica vivida de un paciente que rememoraba una escena de la infancia en la que su padre le prohibió hacer algo ya que iba a molestar a su madre. Cuando el niño se marchó abruptamente a su habitación, su padre pacientemente y con calma justificó la prohibición, y trató en forma seductora que su hijo estuviera de acuerdo en que él, como padre, había procedido correctamente. Esta situación, típica de la vida de este niño, condujo al hijo a resistirse furiosa y eróticamente y con culpabilidad. Dentro de la situación analítica el paciente argumentaba al padre y ni analista: “¿*Qué* le podía decir?” Cuando niño no pudo expresarse, pero durante el análisis dio sus respuestas a la pregunta; durante el análisis *no* estaba reviviendo el momento. Como niño había experimentado algunos de los más importantes precursores y constituyentes de su manera presente de

experimentar, aunque no de la manera articulada e integrada del presente. El *insight* se refiere a algo más que a la recuperación de recuerdos perdidos; incluye una nueva comprensión del significado y de las interrelaciones de acontecimientos que son rememorados. Las interpretaciones transferenciales no son únicamente parafrases; son redescpciones con creatividad. A través de su interpretación y del trabajo elaborativo, el paciente llega a ver las transferencias (ya los fenómenos mentales asociados) como invenciones suyas y, por lo tanto, de su responsabilidad. Los síntomas del analizado y sus penas son descritos como acciones y modos de actuar.

Las interpretaciones tienen una función coordinadora. Por consecuencia coordinan términos tanto de los problemas actuales del analizado como de sus antecedentes históricos. Coordinan pasado y presente mostrando continuidad más que secuencia causal.

Lawrence Friedman

RAZONES DE LA REVOLUCIÓN FREUDIANA

The Psychoanalytic Quarterly XL.VI, 623-649 - 1977

Una psicología empírica no sólo requiere una descripción de los procesos de la mente sino también el aislamiento de entidades mentales que sean reales, es decir, que no sean colecciones arbitrarias de adjetivos, que se correspondan con regularidad en el comportamiento de varios tipos de fenómenos que puedan ser conceptualizados en cuanto manifestaciones de dichas entidades-. Freud construyó su teoría basándose en estas entidades. Al construir una psicología de entidades objetivas dentro .de la mente y al proponer un proceso sintetizador acerca de ellas, Freud satisfizo la demanda del siglo XIX de entidades naturales legítimas.

Con tales entidades y un proceso para manejarlas, Freud organizó las enfermedades mentales funcionales de manera no arbitraria y dividió la

vida mental continua seleccionando ciertos aspectos de la vida de una persona como especialmente y específicamente consecuenciales. Las regularidades empíricas implicaban hipótesis, y éstas, regularidades empíricas adicionales, Este modo de proceder podría ser la forma normal que lleva a revoluciones científicas. El hallar nuevas entidades podría corresponder a la emergencia de los paradigmas de Thomas Kuhn.

De los muchos aspectos del siglo XIX que podrían haber provocado la revolución psicoanalítica concebida de esta manera, el de la popularidad de los modelos científicos mecanicistas no es el más importante. La capacidad de Freud para pensar de manera estructural aparece como el factor más importante en tal revolución.

Hoy día las entidades mentales no están de moda. Aquellos que no rechazan enteramente esas entidades tienden a buscar las físicas. Al aplicar los descubrimientos de esas investigaciones, deberíamos ser cautos al sustituir sus términos, tan similares a los términos de las observaciones clínicas psicoanalíticas, ya que los descubrimientos clínicos no son meramente preceptos, sino clasificaciones de entidades seleccionadas por la teoría freudiana.

Willy Baronger

VALIDEZ DEL CONCEPTO DE OBJETO EN LA OBRA DE MELANIE KLEIN

Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires 34, 3, 487 – 1977

Para Melanie Klein, el objeto se encuentra arraigado en el sistema de fantasías inconcientes previas a la experiencia; constituye la materia misma del mundo interno; es definido por las operaciones que rigen su dinámica (clivaje, introyección, identificación proyectiva, etcétera); está en constante intercambio con el sujeto. En ningún caso puede reducirse a un objeto natural o a su representación. No pertenece al orden de la representación.

El concepto kleiniano de objeto oscila entre dos polos extremos; el concepto de un objeto como estructura psíquica que sirve de base para la estructuración de las instancias organizadas (yo y superyó); y el concepto de un objeto dotado, aun si se trata de un objeto parcial, de las características de una casi-persona.

Las dificultades principales del concepto kleiniano de objeto son: la prioridad cronológica y la preeminencia determinante atribuidas al pecho con respecto a toda la serie objetal, por una parte, y por otra, la dificultad en dar cuenta de la constitución de un objeto total a partir de una suma de objetos parciales. Ambas dificultades provienen de la aplicación del enfoque genético a la teoría del objeto, y desaparecerían si se renunciara a tal aplicación.

El concepto de objeto es inseparable del concepto de posición que da cuenta de la dinámica de los intercambios entre sujeto y objeto y del determinismo recíproco de su funcionamiento. Estos intercambios implican una cierta homogeneidad entre sujeto y objeto, es decir un estatus de casi-persona para el objeto.

La teoría del objeto constituye uno de los aportes mayores de M. Klein al psicoanálisis. Le permitió descubrir una gran variedad de objetos introyectados que se encuentran en la experiencia analítica, constituyendo así lo que puede llamarse una “objetología fantástica”.

El estatus de casi-persona implica para el objeto una cierta sustancialidad, correlativa de la del sujeto. El fundamento para admitir esta clase de sustancialidad se encuentra en la observación clínica de las modificaciones del objeto, y de los procesos de unificación o de clivaje que caracterizan el pasaje de una posición a otra.

E. Portella Nunes (h.)

EL SIGNIFICADO DE LA TÉCNICA EN PSICOANÁLISIS

Revista Brasileira de Psicanálise 11, 417 - 1977

Al comienzo el autor desarrolla una encuesta histórica de la evolución del psicoanálisis, con el fin de demostrar que el objetivo de Freud era alcanzar las condiciones que facilitarían la más amplia revelación de la verdad.

Posibilitaba esas condiciones el desarrollo de la técnica, que crearía una situación de suma libertad para el individuo. En este sentido, Freud es un verdadero antecesor de Heidegger, ya que enlaza la libertad con la aparición de la verdad.

Dificultades por parte del analista así como por parte del paciente pueden modificar este objetivo y conducir a una reacción terapéutica negativa, que podría ser llamada más adecuadamente *relación terapéutica negativa*.

Aunque no se pueda llevar a cabo ningún trabajo psicoanalítico sin recuerdos o deseo, estos son frecuentemente la expresión de las resistencias del analista bloqueando el camino a la emergencia de la verdad. A veces es el analista, y no el paciente, el que está interesado en evitar la revelación de cosas verdaderas aunque inquietantes.

El autor subraya la necesidad de desarrollar el proceso analítico por el analista de manera de mostrar continuamente a su paciente las contradicciones entre sus actividades y su pensamiento consciente. Estas contradicciones, a veces, alcanzan el punto extremo de lo que el autor llama un estado de “parapraxia” permanente.

El significado verdadero de la técnica psicoanalítica es el de dar a la situación analítica la mayor libertad y por consiguiente, una verdad más completa.

Inga Villarreal

ASPECTOS DEL DESARROLLO TEMPRANO EN TRASTORNOS DE LA IDENTIDAD SEXUAL

Revista Colombiana de

Psicoanálisis

2, 2 - 1977

Se destaca la importancia del desarrollo temprano en los trastornos de la identidad sexual. Se describe en el material clínico la regresión hacia la actuación de una imagen compuesta en sus relaciones sexuales compulsivas.

Se encontró en este paciente un significado tanto masculino como femenino para cada órgano sexual, que le permitía vivenciarse, a través de la imagen de su cuerpo, como un ser compuesto.

Se estudió la secuencia de la sesión analítica para entender los diferentes núcleos de identificaciones sexuales: al entrar se aseguraba que él era hombre y yo mujer; durante la sesión se vivía él mismo y vivía al analista como seres compuestos y al finalizar, reasumía la representación de su pene peligroso efectuando la separación a través de imágenes agresivas.

Se localizaron los mecanismos que llevan a una identidad sexual perturbada, en parte, en el nivel de los sistemas de identificaciones primitivas, destacando entre ellos los que siguen el modelo “percibir para ver”. Vivir a través de imágenes regresivas era, en parte, cumplir el deseo alucinatorio de re-establecer la fusión con el objeto-madre, excluyendo al padre. También se describió ver (hacia afuera) como identificarse con el padre y no-ver (ver hacia adentro) como “verleugnen”, para vivirse fusionado con la madre.

Paul Parin

EL YO Y SUS MECANISMOS DE ADAPTACIÓN

Psyché

(5, 31, 481-515 - 1977)

El desarrollo reciente de la psicología del yo (Anna Freud, Heinz Hartmann) se basó tanto en el estudio “etno-psicoanalítico” de individuos procedentes de culturas totalmente diferentes como (con atención más concentrada) en el análisis de europeos —utilizando la técnica “clásica” y el cuadro habitual— respecto de las actitudes socialmente significativas de los analizados.

Después de una referencia breve al método, se da una descripción de los mecanismos del yo funcionando automática e inconscientemente y que dan al yo una relativa estabilidad. Su instalación en el yo procede de factoras sociales y de fuerzas que afectan no sólo la estructura del yo en formación, sino al yo de los adultos.

El autor diferencia esos mecanismos de otras funciones de adaptación del yo. A continuación describe tres mecanismos diferentes: el yo de grupo, la conciencia de clan y la identificación con el papel (social). [Los dos primeros han sido descritos ya en trabajos anteriores.] Cada uno de los tres mecanismos está ilustrado con ejemplos clínicos breves, y con referencias a su dinámica, función y génesis. Se discuten efectos típicos psicológicos internos y clínicos de los mecanismos individuales, y se considera su importancia en el análisis terapéutico.

Finalmente, se apunta, basándose en viñetas clínicas, que la frecuencia creciente con que los trastornos narcisistas de la personalidad se han ciado en los últimos años se debe a que las condiciones de vicia en los países industrializados de Occidente fuerzan frecuentemente al yo a “identificarse con el papel (social)”. Esto, se afirma, conduce a cambios de la carga

propia, de diversas funciones del yo y de la libido, tal y como se han descrito en relación con los trastornos narcisistas.

Ralf Zwiebel

**LOS SUEÑOS DEL ANALISTA ACERCA DE SU PACIENTE:
¿EXISTEN SUEÑOS CONTRATRANSFERENCIALES TÍPICOS?**

Psyché

31, 43-59 - 1977

El autor utiliza dos ejemplos clínicos para demostrar la función diagnóstica y terapéutica de los sueños contratransferenciales. El primer sueño analizado por Freud —el sueño de “la inyección de Irma”— también contenía elementos de contratransferencia. Sin embargo estos sueños poco frecuentes y bastante intensos de los analistas acerca de sus pacientes han sido casi totalmente ignorados en la literatura psicoanalítica. Esto se debe en parte al hecho de que los sueños de este tipo han sido considerados hasta ahora como reacciones neuróticas del analista. El presente trabajo desarrolla la hipótesis de que existen sueños altamente específicos por parte de los analistas a propósito de sus pacientes que —basándonos en la definición de la contratransferencia expuesta por Sandler, Daré y Holder, quienes subrayaron la omnipresencia y los peligros y posibilidades de la contratransferencia— pueden llamarse con razón sueños contratransferenciales típicos. Los siguientes rasgos parecen ser típicos:

1. Los sueños son muy intensos y ocurren cuando el análisis se ha desarrollado ya bastante y ha llegado a un punto difícil y lleno de conflictos.

2. El contenido latente y manifiesto del sueño incluye reacciones específicas a cosas dichas y actitudes demostradas por el paciente, pero

también elementos conectados no tanto con el paciente como con la persona del analista.

3. Los sueños contienen referencias a la situación analítica del momento, por ejemplo, simbolismo directo o indirecto de la actividad analítica.

4. Conducen al analista al intenso análisis de sí mismo y a analizar la relación analítica, e idealmente tratar así de resolver la situación de conflicto que existe, especialmente si hay confusión respecto de la transferencia y la contratransferencia.

5. Estos sueños no ocurren a menudo y son probablemente más frecuentes durante el tratamiento de los pacientes con trastornos de la personalidad agudos.

La atención crítica y el análisis esmerado de tales sueños contratransferencial es ayudarán a revelar la dinámica inconsciente y contribuirán a que el analista comprenda e interprete de manera apropiada el proceso analítico.